

# QUEEN SQUARE

BALI ROSENQVIST



Copyright © 2014 Bali Rosenqvist

Ilustración de portada: Masson

Copyright de la ilustración © Masson / Fotolia

All rights reserved. Without limiting the rights under copyright, no part of this publication may be reproduced, stored in or introduced into a retrieval system, or transmitted, in any form or by any means (electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise), without the prior written consent of the copyright owner.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u por otros métodos, sin el previo y por escrito consentimiento del autor.

# AGRADECIMIENTOS

Con amor para mis tres abuelas, reinas mágicas, reinas sabias, todas ellas.

## La enigmática señorita Bailey

Los rumores dijeron después que el baile se había celebrado aquella noche a propósito. Cuando empezaron a caer las primeras nieves, en Diciembre y a escasas horas de que comenzase la velada, pocos en Bath le echaron la culpa al inminente invierno.

Los Herrington eran demasiado ricos. ¿Qué importaba que el dinero no pudiese predecir con exactitud los caprichos del clima o del corazón humano? El baile en la casa de Queen Square solo era una excusa para presumir de la última reforma: la instalación de una monstruosa chimenea adicional; excentricidad que más tarde sería corregida por inquilinos posteriores.

En el exterior, el viento ululaba y la tormenta lanzaba copos de nieve que se acumulaban como mirones curiosos en las ventanas de la mansión. En el interior, ajenos al temporal, los invitados charlaban y las parejas bailaban al ritmo que marcaba la orquesta. Junto a la escalera, un caballero alto y atractivo fingía interesarse por la conversación insulsa de un oficial del ejército con ínfulas de poeta. Asentía de vez en cuando, pero sus ojos buscaban una y otra vez a la señorita Bailey entre los bailarines.

Caitlin Bailey, la dama de compañía de Linda Herrington, había sido el pretexto oficial de los anfitriones para organizar la velada. Los Herrington la querían como a otra hija, una que se marcharía a la mañana siguiente para pasar las Navidades con su auténtica familia. Obligada por la situación, la joven había consentido en ser sacada a bailar. Nunca aceptaba, o casi nunca, y el que hubiese hecho una excepción era algo que llenaba de celos al caballero que en secreto la observaba.

Ella era una incógnita para él: silenciosa y enigmática cual esfinge. Esquiva como los fuegos fatuos que a menudo jugaban con los incautos. Su indiferencia amenazaba con enloquecerle. Se estaba divirtiendo a su costa, o eso creía el caballero.

La verdad era muy diferente.

Caitlin Bailey no era silenciosa, sino tímida. No era enigmática, sino distraída; y todas las saetas que le lanzaba el caballero se estrellaban contra los pájaros que tenía en la cabeza. Tratar de cortejarla era tan efectivo como lanzar una caña en cualquiera de los baños que habían hecho célebre a la ciudad de Bath. Ningún pez iba a morder el anzuelo. La presa flotaba entre las

nubes, y era de las que se olvidaban de comer, e incluso dormir, cuando se abstraía en su mundo de novelas románticas.

Y ese era todo el misterio. El juego de «tira y afloja» que se había inventado el caballero era ficticio. Casi tanto como las novelas que escribía Caitlin bajo un seudónimo; pero no adelantemos acontecimientos.

La orquesta terminó la pieza. Los instrumentos enmudecieron, concediendo una tregua a los bailarines. Linda Herrington y Caitlin Bailey saludaron a sus respectivas parejas. La primera cabeceó y sonrió, enseñando sin pudor sus enormes dientes; había aceptado hacía mucho tiempo que todo su dinero no le compraría una cara bonita ni una figura esbelta. Por el contrario, Caitlin, que era menuda en todo salvo en sus grandes ojos castaños, se despidió con una reverencia rápida. Ser el centro de atención era algo que la mortificaba. Por eso no perdió tiempo y se reunió con su amiga en un hueco que encontraron junto a la escalera. El salón estaba lleno de invitados.

—Le gustas, no lo niegues —cuchicheó Linda.

—¿Qué? ¿A quién?

—¡A Thomas Fairchild! ¿No has visto cómo te miraba mientras bailabais? Caitlin se sonrojó.

—¡No digas eso! Te estás imaginando cosas.

Linda rio de buena gana, pero no insistió en el tema, y eso le arrancó a Caitlin un suspiro de alivio.

La verdad era mucho más vergonzosa. Thomas Fairchild creía que Caitlin no era una simple dama de compañía, sino la hija ilegítima de la familia. Si eso fuese cierto, que no lo era, cabía la posibilidad de que los Herrington entregasen una considerable dote a quien desposase a la joven, con tal de arreglarle su futuro. Al menos, eso era lo que pensaban muchos caballeros casaderos.

—Pues yo creo que le gustas —afirmó Linda.

—Y yo te digo que no —replicó Caitlin con nerviosismo. Sus ojos oscuros barrieron la sala, buscando a Thomas Fairchild. En silencio rezó para que el caballero no regresase en busca de un segundo baile—. Quizá tú deberías hablar con él. Fue muy insistente al preguntar si era cierto que me querías «como a una hermana». Parece muy empeñado en formar parte de la familia.

—Eres imposible —señaló Linda con dulzura—. Deberías casarte y salir de casa de tus padres.

Caitlin frunció el ceño.

—Yo podría decirte lo mismo —contrató. Su amiga era tres años mayor

que ella. Sus padres empezaban a creer que jamás se casaría.

Lejos de amedrentarse, Linda esbozó una sonrisa astuta.

—Deberías hacer como las protagonistas de tus libros —insinuó.

—No... no sé a qué te refieres.

—Claro que sí. Deberías fijarte en un hombre guapo y adinerado, atraer su atención con un par de frases inteligentes y luego ignorarle hasta que caiga rendido a tus pies.

Las mejillas de Caitlin se tornaron más rojas si cabe. Lina tenía razón cuando decía que debería buscar un buen partido que aliviase la situación económica de su familia. Sin embargo, una cosa era escribir sobre personajes, y otra muy distinta comportarse como tales.

—Tus heroínas están dentro de tu cabeza —dijo Linda—. Podrías ser tan ingeniosa como cualquiera de ellas si te lo propusieses.

—Baja la voz, por favor. —Caitlin miró a su alrededor—. Si alguien llegara a descubrir que escribo bajo un seudónimo...

El señor Herrington pasaba por allí en ese momento. Al igual que su esposa, el anciano caballero se achispaba pronto con la bebida. Fue gracias a eso que malinterpretó el rubor que cubría el rostro de su protegida.

—¡Oh! ¡Hola, querida! Hace calor, ¿verdad? —dijo muy ufano—. Ya sabes que esta noche las chimeneas brillan por ti. Estás radiante, y le da en la nariz a este viejo que más de un corazón también arde por tu culpa.

Caitlin bajó los ojos, abochornada. Linda, sin embargo, clavó en su padre una mirada esperanzada. Había pasado horas frente al espejo. Los pendientes y el perfume que llevaba eran los que sus padres le habían regalado. El señor Herrington debería haberse percatado de todo eso. Cualquier comentario habría sido bienvenido, pero su mujer le llamó para que acudiese a su lado.

—¡Querido! —canturreó la anciana—. ¡Los Stanton acaban de llegar! ¡Sufrieron un contratiempo a causa del temporal!

La señora Herrington quería que su marido conociese a sus nuevos mejores amigos. A ninguno de los dos se le ocurrió incluir a su hija en la presentación.

—¡Voy enseguida, querida! —dijo el señor Herrington, y se marchó tan rápido como había aparecido.

Las dos amigas se quedaron a solas otra vez.

—Linda...

—No pasa nada. —La joven se quitó los pendientes y los guardó dentro de uno de sus guantes—. De verdad que no.

Linda era la menor de cinco hermanos ya casados. Su nacimiento había sido una sorpresa tardía, cuando la señora Herrington creía haber dejado atrás su edad fértil. Por todo esto, la joven había sido para sus padres una nieta más que una hija. La consentían, eso nadie lo negaba, pero eran inconstantes y torpes con sus afectos.

—Por favor, no estés triste —dijo Caitlin.

Linda sonrió inesperadamente.

—Thomas Fairchild sigue mirándote, aunque está bailando con otra en este momento. Veamos cuan enamorado esta —dijo, tomando a su amiga del brazo—. Veamos qué haría si decido raptarte.

Caitlin se dejó conducir, protestando y riendo mientras la sacaban del salón.

Al mismo tiempo, junto a la escalera, un caballero que no era Thomas Fairchild apuró su bebida y la dejó sobre la bandeja de un criado. Acto seguido, se separó de su grupo y empezó a abrirse paso entre los invitados.

Se había cansado de esperar. No se contendría ni un minuto sabiendo que la señorita Bailey regresaría a su casa en Fenimore Hill a la mañana siguiente. Si perdía esta ocasión, era probable que no volviesen a coincidir en otro evento hasta pasados varios meses. Eso no podía ser.

Había llegado el momento de dejar a un lado las sutilezas. Caitlin Bailey no se le escaparía otra vez.

## El obstinado señor Mallory

Caitlin y Linda cruzaron varias habitaciones buscando un poco de intimidad. En cada esquina y en cada corredor, las jóvenes sorteaban a caballeros y damas en distintos grados de somnolencia o embriaguez.

—Los zapatos me están matando —dijo Linda, tirando de la mano de su amiga para que se sentase a su lado en el diván—. Aquí estaremos bien.

Caitlin asintió, mirando con aprehensión las cabezas de los animales que adornaban la pared. El saloncito de caza no era uno de sus lugares favoritos. Aborrecía todo lo relacionado con las armas de fuego. De la misma opinión era la señora Herrington, que había conseguido aislar en aquella estancia apartada todos los trofeos de su marido que antes se hallaban repartidos por la casa.

Los únicos que pasaban por allí eran los criados que llevaban las bandejas. Un pasillo daba a las cocinas, y el otro al salón de pintura, que era por donde habían llegado las dos jóvenes.

—Aquí estaremos tranquilas —dijo Linda, masajeándose los tobillos—. Al menos durante un rato. No deberíamos ausentarnos demasiado.

—Yo nunca pedí este baile —dijo Caitlin.

—Ni falta que hace, ya conoces a mis padres. El silencio les pone nerviosos. Cualquier excusa es buena para invitar a sus amistades. Cielos, debo ser la única joven de mi edad que echa de menos el estar a solas un rato con sus padres. Además...

—¿Qué?

Linda sacudió la cabeza, riéndose entre dientes de ella misma, o de algo que solo ella sabía.

Caitlin observó a su amiga con detenimiento. Esa noche no era la misma de siempre. Algo le sucedía, podía intuirlo, pero nunca antes había necesitado preguntarle por su estado de ánimo. Jamás habían tenido secretos la una con la otra.

Al final, Caitlin achacó su estado de ánimo a la inminente separación. Ella misma empezaba a acusarlo: la sensación agrídulce que precede a las despedidas.

—Volviendo al tema de Thomas Fairchild —bromeó Linda.

—Oh, no. Por favor...



—No me digas que vas a ignorarle —rio Linda—. ¿Tú, la Condesa de Clare? —dijo, haciendo alusión al seudónimo empleado por su amiga.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas de Caitlin. Tras cuatro novelas, el ardid del seudónimo seguía avergonzándola. Sus conocimientos sobre la alta sociedad eran como vestidos prestados. Le gustase o no, ella no pertenecía a ese mundo de grandes bailes y más grandes fortunas. Los únicos que conocían el secreto eran su familia y su mejor amiga.

Linda rodeó a Caitlin con los brazos.

—Era una broma, una broma. No sabes lo mucho que voy a echarte de menos cuando te vayas.

—Ya sabes que no soporto las despedidas —protestó Caitlin.

—Chitón. —A su amiga le había cambiado la cara—. Mira quién viene por ahí: el diablo en persona.

Caitlin se giró hacia el pasillo que daba al salón de pintura. Se le cayó el alma a los pies, pues se trataba de Derek Mallory, un primo de Linda que vivía en Londres. Sus visitas siempre eran motivo de gran disgusto para ellas dos.

Derek Mallory era alto y apuesto, y se daba un aire a los ángeles justicieros que a menudo aparecían en frescos y cuadros. Además de engreído era moralista, y un hombre enamorado del sonido de su voz.

—¡Señor Mallory! —exclamó una voz masculina.

Alguien interceptó al caballero en el salón de pintura, saliéndole al paso.

Las dos amigas se levantaron y buscaron una salida. Era lo que siempre hacían cada vez que Derek visitaba la casa: huir y esconderse. El caballero no solo leía sermones, también los escribía, y a menudo empleaba su ingenio para ridiculizar a su prima por su falta de atractivo. Pero Derek Mallory también era el peor y más ferviente enemigo de Caitlin, aunque él no lo sabía.

El caballero censuraba las novelas de corte ligero y romántico escritas por la Condesa de Clare. Herejías sociales, así las denominaba él; obras insidiosas que inducían a la confusión entre las mujeres al tratar con demasiada ligereza temas como la diferencia de clases en el matrimonio o el papel de la mujer en la sociedad y la familia.

—Huyamos de aquí —cuchicheó Linda, tirando de su amiga para que se levantase.

—¿Huir? ¿Dónde?

—Por las cocinas —susurró Linda—. Es nuestra única salida. Mi primo no nos seguirá allí, su orgullo no lo soportaría. No te separes de mí en ningún momento.

Convencidas del éxito de su plan, las jóvenes se lanzaron a la fuga tan rápido como les permitían sus vestidos.

—¡Esperen! —Oyeron a sus espaldas. Derek Mallory se había librado al fin del lisonjero que le importunaba.

Linda y Caitlin siguieron adelante, avanzando con pasitos cortos y presurosos. El pasillo que daba a las cocinas era estrecho y alargado, y quiso la mala suerte que les saliese al paso una criada con una bandeja repleta de copas.

Derek Mallory las alcanzó por la espalda, produciéndose una situación cómica. Parecían tres coches que se hubiesen encontrado en una callejuela angosta. La criada no podía dar media vuelta con la bandeja, pero Derek tampoco podía rodear a las jóvenes y encararlas.

—Ejem. —El caballero carraspeó con fuerza.

Linda dio media vuelta, colocándose entre su primo y su mejor amiga. La criada, por su parte, empezó a recular con mucho cuidado.

—¿Qué se te ofrece? —preguntó Linda, escudando a su amiga—. ¿Estás divirtiéndote?

Derek Mallory apretó los labios.

—Desearía hablar con la señorita Bailey —dijo.

Linda miró a su primo con suspicacia. Caitlin palideció, e incluso la criada pegó el oído con disimulo.

—¿Conmigo? —balbució Caitlin.

—Se lo ruego —dijo el caballero, tres palabras que nunca antes habían salido de sus labios—. Tengo algo muy importante que comunicarle.

—Habla pues —dijo Linda—. Te escuchamos.

Derek Mallory apretó los puños.

—Hablaré con ella a solas —dijo—. He hablado con mis tíos. Tengo su consentimiento.

Linda miró a su amiga con impotencia, pero luego adoptó una expresión suspicaz.

—Eso ya lo veremos —replicó—. Veremos que dice mi padre.

Linda avanzó un paso y tiró de Caitlin con la intención de rodear a Derek. Pero la dama de compañía parecía haber echado raíces. Aprovechando el descuido, y que Caitlin se había quedado atrás, el caballero se situó entre ambas jóvenes.

Las tornas habían cambiado.

—Te esperamos pues. —Derek Mallory sonrió con inocencia. No había

hablado con sus tíos, aunque aquella minucia carecería de sentido en cuanto obtuviese el corazón de la señorita Bailey—. Pero qué sepas que tu desconfianza me hiere, prima.

Linda apretó los puños. Antes de marcharse, le lanzó a su amiga una mirada de aliento. «Volveré, pero tienes que darme tiempo», parecían decir sus ojos.

Caitlin se echó a temblar en cuanto se quedó a solas con el caballero.

## ¿Por qué lo llama devoción, cuando debería decir pasión?

Derek Mallory escogió el que probablemente era el peor sitio para declararse: la biblioteca. Hasta la fecha, Caitlin solo guardaba recuerdos felices de aquel cuarto. Eso estaba a punto de cambiar.

El caballero condujo a la joven sin decir palabra. No le dio órdenes ni trató de persuadirla; él avanzaba, y ella retrocedía como si la quemase con su presencia. Derek Mallory la arrinconó como acorrala el cazador a la presa: persiguiéndola, cortándole el paso cuando lo creyó necesario y sin perder el contacto visual.

La biblioteca estaba más allá del salón de pintura. Las rodillas de Caitlin chocaron contra el sillón, y allí se sentó, mientras el caballero cerraba la puerta a su espalda.

—Le ruego no me torture más —dijo el señor Mallory, acercándose a la joven.

Caitlin estaba aterrorizada, y la declaración empezó con mal pie. Al principio ni siquiera estaba segura de sí era eso lo que pretendía el caballero: confesarle su amor. Derek Mallory abrió su discurso con términos como devoción, veneración y adoración. Caitlin se daba cuenta del lirismo detrás de aquellas metáforas, pero le parecían más propias de un sermón que de una declaración apasionada. Además, aquel hombre no podía estarse quieto, moviéndose de un lado para otro al tiempo que gesticulaba como si se dirigiese a un público numeroso.

Y lo cierto es que había pasión en sus ojos y en su voz; eso, o un estado de exaltación febril.

—Me sigue, ¿verdad? —preguntó Derek Mallory, haciendo una pausa espontánea.

Caitlin asintió por inercia, pero luego sacudió la cabeza. No sabía qué hacer ni cómo reaccionar.

Derek Mallory sonrió, magnánimo.

—Me temo que es culpa mía. Quizá estoy usando términos demasiado abstractos.

*Metafísicos*, pensó Caitlin, retorciéndose las manos.

—Será el hábito de escribir —dijo el caballero—. O su serena belleza, que me enaltece e inspira a partes iguales.

*¿Enaltece?*

—Si es tan amable, permítame que apoye la exposición de mis sentimientos con algún pasaje que haya escrito cuando me hallaba menos enardecido.

*Exposición*, esa era la palabra que Caitlin había estado buscando. Eso era lo que estaba haciendo el caballero.

Animado por el silencio de ella, pues el que calla otorga, Derek Mallory sacó de la estantería dos de las novelas que él mismo había escrito. Caitlin quería morir en aquel momento.

A ratos leyendo, a ratos reflexionando en voz alta, el caballero procedió una vez más a confesar la adoración que sentía por ella. Una devoción tal que el caballero admitió haber llegado a «dudar de su propia fe».

Caitlin se abrazó, tratando de no perder el contacto con la realidad. En silencio rogaba para que todo aquello fuera fruto de un mal sueño.

Parecía imposible, pero Derek Mallory le estaba abriendo su corazón a *ella*, su peor enemigo en el campo de las letras. La situación era incomoda en extremo y no por las formas; ni siquiera por la expresión de suficiencia en el rostro de aquel hombre altanero y mojigato.

¿Con qué excusa podría rechazar ella, una joven sin apenas dote y perspectivas de futuro, a un hombre de buena posición, atractivo y con dinero? ¿Cómo confesarle que le aborrecía y que no tenían nada en común salvo el desprecio que compartían el uno por las novelas del otro?

Caitlin se mordió el labio, preguntándose si sería una descortesía mirar el reloj en mitad de una declaración.

—¿No estáis de acuerdo, señorita Bailey?

Caitlin dio un respingo; había perdido el hilo de la conversación. Su mente había vagado a la deriva.

—¿Os encontráis bien? ¿Tenéis alguna objeción a este planteamiento? —El caballero se acercó al sillón—. Porque si es así, me encantaría oírla. Vuestra opinión me importa y mucho.

Caitlin se levantó, presa de un ataque de nervios. Derek Mallory estaba muy cerca de ella, y le sacaba una cabeza.

—Te... tengo que irme.

El caballero frunció el ceño.

—Aún no he concluido.

—Mañana os daré una respuesta —dijo Caitlin.

—Pero mañana viajáis de regreso a vuestro hogar.

Caitlin tragó saliva. Parecía irse a desmayar de un momento a otro, pero el caballero acabó por dulcificar su expresión. Derek Mallory estaba seguro de cuál sería la respuesta. Era perfectamente comprensible que la joven se hallase desbordada por la emoción; por eso no encontraba las palabras.

—¿Mañana?

La joven asintió con premura.

—Cuando llegue a mi hogar y haya hablado con mi familia. Será lo primero que haga, se lo garantizo.

—¿No estaréis cansada por el viaje? —Derek Mallory avanzó un paso hacia ella, pero Caitlin retrocedió, poniendo el sillón ente ambos. Lejos de molestarse, el caballero estaba complacido por la buena cabeza de la joven, que se resistía a darle una respuesta afirmativa sin antes poner el tema en conocimiento de sus padres.

—¿Al día siguiente? —gimió ella. Su espalda chocó contra la estantería. El caballero estaba cada vez más cerca.

—El día siguiente es domingo. —Derek Mallory parecía contrariado y emocionado a partes iguales—. ¿Seríais capaz? —dijo—. ¿Faltaríais a los sagrados oficios por mi causa?

—No... digo, sí. ¡No deis un paso más!

La puerta se abrió en ese momento. En un arranque de valor, Caitlin rodeó a Derek Mallory y abandonó el cuarto a toda prisa. Linda había regresado, al fin, y junto a ella había un caballero que le cortó el paso a Derek en la puerta.

—¡Caitlin! —dijo Linda.

La joven no se detuvo, siguió corriendo hasta alcanzar su cuarto y allí se encerró. Estaba demasiado nerviosa como para pensar con claridad. Unos nudillos llamaron a la puerta, cuando aún no se había separado de ella.

—Soy yo, Linda. Abre, por favor.

—No —gimió Caitlin, sollozando—. Necesito estar sola.

—De verdad que me gustaría hablar contigo. No es nada sobre Derek.

Caitlin apoyó la frente contra la puerta. Resbalaban lágrimas por sus mejillas. Una parte de ella quería abrir la puerta y lanzarse a los brazos de Linda. Pero también estaba avergonzada, y sabía que su amiga la reprendería por su falta de entereza.

—Mañana. Por favor, Linda.

Caitlin oyó una voz masculina al otro lado de la puerta, y se preguntó si

sería Thomas Fairchild quién estaba con su amiga. No pasó mucho tiempo antes de que el sonido de unos pasos se alejase por el pasillo que conectaba los dormitorios. Caitlin suspiró y se separó de la puerta.

El sueño se apoderó de ella en cuanto se dejó caer en la cama.

Cuando despertó, la luz gris del amanecer se colaba por la ventana. Los ruidos del baile habían desaparecido, y Caitlin se levantó con los músculos agarrotados. Se había dormido con el vestido puesto.

Lo mejor sería que fuese a disculparse con su amiga por haberse negado a abrirle la puerta durante la pasada noche.

Caitlin se dirigió al dormitorio de Linda y llamó a la puerta con los nudillos. Nadie contestó, así que se le planteó un nuevo dilema. Podía esperar a que su amiga se levantase, algo que no ocurriría hasta bien entrada la mañana, o enviarle una carta desde su hogar.

Al final se decantó por la segunda opción, temerosa de que Derek Mallory regresase antes de lo previsto en busca de una respuesta a su declaración.

Haciendo de tripas corazón, Caitlin hizo su equipaje. Escribió una nota para el señor y la señora Herrington, despidiéndose, y luego fue a hablar con el cochero, pues los criados eran los únicos que estaban levantados a aquella hora. Los trabajadores de la casa se movían de aquí para allá, recogiendo y limpiando.

Antes de abandonar la mansión, Caitlin sintió el impulso de regresar al dormitorio de Linda, abrir la puerta y despertar a su amiga para una despedida rápida. Estuvo a punto de hacerlo, pero le faltó el valor necesario.

¿Y si Linda no estaba dormida? ¿Y si se había enojado con ella cuando se negó a abrirle la puerta de su dormitorio la pasada noche?

Al final, Caitlin abandonó la casa de Queen Square con el corazón en un puño. Lo primero que haría al llegar a casa sería escribir dos cartas: una para Linda, pidiendo disculpas, y otra para el señor Mallory, rechazando su proposición.

El coche se puso en movimiento, y Caitlin se asomó a la ventana para lanzar una última mirada a la fachada de la casa. Ni en sus peores pesadillas habría podido imaginar lo que estaba a punto de desencadenarse.

La razón por la que Linda no le había abierto la puerta era simple: no estaba en su dormitorio, ni en ningún otro lugar de la casa.

Caitlin partió de Bath antes de que el sol alcanzase su cenit, pero las noticias no tardarían en perseguirla.





## La tarea de rechazar a un hombre rico y apuesto

Por primera vez en su vida, Caitlin se sintió mejor a medida que se alejaba de Bath. El trayecto hasta Fenimore Hill no era largo, pero lo pasó dándole vueltas al problema que tenía entre manos:

¿Con qué excusa rechazaría la declaración de Derek Mallory?

El asunto requería una contestación urgente. Caitlin no soportaría que el caballero se presentase en su casa en busca de una respuesta; por nada en el mundo quería verse cara a cara con él, nunca más. Una vez había sido suficiente.

Fenimore Hill era un pueblecito pintoresco en la comarca de Somerset. La localidad más cercana era Brideway, con la que mantenían una histórica rivalidad. Los primeros consideraban a los segundos unos chismosos, y viceversa, así que tantos unos como otros hacían ver que se ignoraban mutuamente.

Caitlin experimentó sentimientos encontrados al llegar a su hogar, pero eso no era una novedad. Los Bailey vivían en una mansión señorial pero pasada de moda. La renta que les había quedado después de adquirir y reformar la propiedad apenas daba para mantener una servidumbre reducida.

Su familia no la oyó entrar, pero Caitlin sonrió al escuchar la voz de su hermana, que venía desde la cocina.

—Con mi amor eterno y verdadero, Oswyn Tutton.

Judith le estaba leyendo a sus padres una de las cartas que su prometido le enviaba casi a diario.

Mientras se quitaba el sombrero, Caitlin se asombró una vez más de la suerte que habían tenido con aquel compromiso. Al poco de florecer, Judith se había convertido en la belleza local. Su vitalidad, su risa fácil y su rostro expresivo y luminoso habían cautivado a Oswyn Tutton, el nieto del huraño coronel Tutton.

—¡Caitlin! —exclamó Judith. Se levantó al ver entrar a su hermana.

Las jóvenes se abrazaron con genuino afecto. Era difícil no contagiarse por su carácter vibrante y alegre, sobre todo ahora que estaba enamorada. Caitlin besó a su padre en la frente y fue a abrazar a su madre. La señora Bailey preguntó a su hija si había desayunado, y sin esperar respuesta le pidió a una criada que preparase otro desayuno. Poco importaba si Caitlin sentía hambre o

no; siempre sacaban lo mejor cada vez que regresaba a casa.

Judith releyó la carta en voz alta para su hermana. Cuando terminó, buscó los ojos de Caitlin con entusiasmo.

—Qué ganas tengo de que conozcas a alguien tan especial como el señor T —dijo—. ¿Ninguno se te ha declarado todavía?

Caitlin se sonrojó, recordando el episodio con Derek Mallory.

—¡Mira, papá! ¡Se ha ruborizado!

—¡Bobadas! No hay por qué darse prisa —rezongó el señor Bailey, rebañando su plato—. Primero una, y luego otra.

—Si por ti fuese, no se casarían nunca —dijo la señora Bailey, risueña—. ¿Qué sucede, hija? ¿Te encuentras bien?

Caitlin estrujó el borde de su falda, sintiendo como se le aceleraba el pulso. Por su expresión, diríase que la estaban interrogando con un hierro candente.

—¡Por supuesto que no! —tartamudeó—. ¡Ningún compromiso! ¡Ninguna declaración!

La desilusión que sintió Judith solo fue comparable al alivio que sintió el señor Bailey.

Caitlin dio cuenta de su desayuno sin alzar la vista. Cuando terminó, y tras contestar a varias preguntas con monosílabos, apartó el plato.

—Debería subir a mi cuarto —dijo—. Tengo que redactar unas cartas.

—¡Siempre igual! ¡Siempre con la nariz metida entre páginas!—dijo Judith, riendo—. Lo que daría yo por acompañarte a Bath, si no fuera abusar de la generosidad de los Herrington. Por favor, dime que no has estado todo este tiempo leyendo. El hombre de tu vida podría haber pasado a tu lado mientras tú estabas absorta en las historias que lees o escribes. Y hablando de escribir, ¿cuándo crees que estará terminada la siguiente novela de la Condesa de Clare? Estoy deseando echarle un ojo al manuscrito.

El señor Bailey carraspeó.

—Cariño, no presiones así a tu hermana. Estará cansada tras el viaje.

Caitlin le sonrió a su padre, agradeciéndole su intervención. Judith no le dejaría marchar tan fácilmente, así que puso en práctica el truco que nunca fallaba: desviar la conversación hacia el señor Tutton.

—¿Qué me dices de ti? ¿Ya tenéis fecha para la boda? —preguntó Caitlin—. En tu última carta me dijiste que el coronel había dado su brazo a torcer, al fin.

—Es un cascarrabias, pero de buen corazón. ¿Acaso no lo son todos los

soldados? —Judith dejó escapar una risita—. ¡Qué hombre tan puntilloso! Ha insistido en ocuparse él de todos los detalles del enlace.

—Dicen que gobierna a la servidumbre como a un regimiento —comentó la señora Bailey, y su marido la secundó de inmediato.

—También yo he oído eso. ¿Es cierto, Judith?

Se avecinaba un apasionado debate sobre el coronel y su manera de llevar Tutton Lodge. Como de costumbre, el señor y la señora Herrington expresarían sus quejas sobre el carácter huraño y déspota del viejo oficial. Y Judith, siempre optimista, sería la encargada de hacer de abogado del diablo.

—Todo mejorará tras la boda. —La joven prometida no se cansaba de repetirlo.

El señor y la señora Bailey no estaban convencidos.

—Perro viejo no aprende nuevos trucos —sentenció el padre.

—Si tan solo me dejase ayudarle con los preparativos para la boda —suspiró la señora Bailey—. A sus años no debería exigirse tanto.

—¡No le llaméis viejo! —exclamó Judith, riendo entre dientes—. Tiene vuestra misma edad. Quizá un poco más.

Caitlin pidió permiso para ir a su cuarto y prometió que bajaría una vez hubiese redactado las cartas. Las voces de su familia le persiguieron escaleras arriba. Todavía sonreía cuando cerró la puerta de su dormitorio, pero el gesto se esfumó de sus labios al dar media vuelta y enfrentar su escritorio.

Había llegado la hora de escribir la contestación para Derek Mallory.

Todo cuanto necesitaba era una mentira con la que enfriar la devoción del caballero enamorado.

## La excusa perfecta

Caitlin se recogió el cabello y tomó asiento frente a su escritorio. Se había prometido a sí misma que no saldría de aquel cuarto hasta que no hubiese redactado la contestación para Derek Mallory.

A la luz que se colaba por la ventana, la hoja en blanco parecía reluciente. Casi desafiante.

—Venga —dijo, hablando consigo misma—. Inventar historias es lo que mejor se te da. Es pan comido, y si lo haces bien, ese hombre no volverá a molestarte.

Tomó la pluma y la mojó en el tintero. Empezó a leer a medida que escribía.

—Estimado señor Mallory, créame que lo siento cuando le digo que me es imposible aceptar su proposición. He de confesarle que me hallo enamorada de otro hombre.

La mano que guiaba la pluma se detuvo. Caitlin miró el papel con ansiedad.

—No funcionará. El ego masculino es delicado. Las comparaciones son odiosas, y el señor Mallory querrá saber quién es ese «otro» para medirlo con su propia vara. Además, seguro que se cree el mejor de los hombres sobre la faz de la tierra.

Arrugó lo que había escrito y sacó otra hoja. Se entretuvo escribiendo en un sobre el nombre del señor Mallory y la dirección de la casa de los Herrington.

«Ya se la entregaran ellos a su sobrino», pensó.

—Estimado señor Mallory. Me es imposible aceptar sus sentimientos porque...

Ninguno de los tópicos que se le ocurrían eran adecuados: ni la promesa del padre en su lecho de muerte, ni la madre enferma; ni tan siquiera la hermana mayor y solterona que por fuerza tenía que casarse antes que la hija menor.

—Porque me acaban de diagnosticar una enfermedad incurable. —Continuó escribiendo—. Le ruego mantenga esta información en secreto. Por favor, entienda que esta relación es imposible. Rece por mi alma inmortal, que yo rezaré para que encuentre a una joven que sea merecedora de un hombre de

sus virtudes. Atentamente, etc.

Caitlin firmó la carta, asintiendo con aprobación. Acto seguido hizo una mueca y bajó la cabeza, apoyando la frente en el escritorio.

—Nunca lo creerá —gimió.

Su mente bullía, descartando una excusa tras otra. No arrugó aquella última hoja, pero la hizo a un lado. A la frustración que sentía se sumaba la angustia de estar desperdiciando papel. Sus padres no eran los Herrington; ellos no podían permitirse un derroche semejante.

—Estimado señor Mallory. —Comenzó de nuevo—. Detestado señor Mallory. Egocéntrico señor Mallory. Cretino. Mojigato. —La pluma rasgaba el papel con trazos rápidos y furiosos—. Escritor de media tinta.

Sin darse cuenta, Caitlin vertió en el papel toda la angustia que sentía. Y le gustó.

Era liberador. Parecía cuestión de dejarse llevar.

—Ayer tuve el peor día de mi vida. —Siguió leyendo a medida que escribía—. No solo tuve que ser el centro de atención en el baile que organizaron los Herrington. ¿Baile que pedí para mí? ¡No! Detesto ser el blanco de atención. ¡Cielos, como lo detesto! Casi tanto como a ese... pretencioso que se me declaró.

Caitlin dejó de escribir, sintiendo como su pecho subía y bajaba a toda velocidad. Se sentía violenta y embriagada al mismo tiempo.

—¿Cómo ha podido ese santurrón de tres al cuarto enamorarse de mí? — Su mano parecía moverse por voluntad propia. Cada vez le resultaba más fácil—. De la Condesa de Clare, la escritora que *él* tanto detesta. Si llegase a descubrir la verdad, la expresión de su rostro sería algo digno de ver. Dicen que el que calla otorga, pero yo no creo que eso sea cierto. ¿Acaso cree que por callar, por no tratar de imponer mi parecer a los demás, no tengo opinión propia? No hay nada malo en guardarse los pensamientos de uno, ¿verdad? Quiero decir, no soy narcisista. Mi opinión no tiene por qué importarles a todos los que me rodean. Mis historias reflejan mi forma de pensar, pero no las escribo ni las leo como si pensase que son verdades universales. Yo no soy como él: fatuo y pagado de sí mismo. Y hablando de pagar, ¿qué importa que sea rico? Mi corazón no está en venta. Hay otras cosas en la vida, a parte del matrimonio, y yo quiero...

Caitlin detuvo su mano, titubeando.

—Yo quiero...

La mente se le quedó en blanco mientras escribía; otra sensación nueva.

Desarrollar personajes siempre se le había dado bien; sabía cómo dotar a sus protagonistas de unas motivaciones y una evolución creíbles.

Pero ¿qué quería Caitlin Bailey? ¿Qué era lo que perseguía, aparte de escribir historias y pasar largas temporadas en Bath, en compañía de los Herrington?

¿Podiera ser que durante todo este tiempo hubiese estado volcando sentimientos y deseos reprimidos en sus novelas? ¿Acaso había estado viviendo a través de sus personajes, en vez de narrar su propia historia?

Su mente vagó a la deriva una vez más. Tan ensimismada estaba que no oyó como se abría la puerta de su dormitorio. Un tablón del suelo crujió, pero ya era demasiado tarde. La hoja se deslizó bajo sus dedos antes de que pudiese agarrarla.

—¡Judith!

—¡Ajá! —Su hermana retrocedió, leyendo el mensaje por encima—. ¿Qué tenemos aquí?

—¡Devuélvemela!

Judith alzó el brazo, manteniendo la hoja fuera del alcance de Caitlin.

—¡He leído un nombre! ¿Es una carta de amor?

—¡Basta! —Caitlin estaba al borde de las lágrimas—. ¡No es nada! Por favor, Judith.

La sonrisa de su hermana se borró.

—Caray, lo siento. Toma; no hay por qué ponerse así.

Caitlin recuperó la confesión, sintiéndose culpable. Vigilando a su hermana por el rabillo del ojo, trató de ocultar aquella hoja entre las otras que acababa de escribir.

La excusa de la enfermedad incurable era lo mejor que se le había ocurrido. Tendría que bastar, pensó. Metió la hoja en el sobre que tenía preparado y empujó el resto de papeles al fondo de su escritorio.

Viendo cómo le temblaban las manos a su hermana, Judith trató de disculparse.

—¿Tan importante era? De veras que lo siento.

—No es nada —mintió Caitlin, metiendo el sobre en uno de sus bolsillos.

No se atrevía a hablar con su hermana sobre la proposición del señor Mallory. No era una cuestión de confianza; nada más lejos de la verdad. Judith era demasiado romántica, demasiado imaginativa. Su hermana querría conocer los detalles del encuentro en la biblioteca, pero Caitlin no quería revivir aquel momento incómodo.

Aun tratándose de una consumada lectora, y una escritora de novela romántica, le espantaba pensar en el día en que tuviese que abrirle su corazón a un hombre ajeno a su familia y su círculo de amistades. Tarde o temprano tendría que aceptar el marido que le impusiesen sus padres, pero ahora no. No a corto plazo.

—Queridísima Caitlin —rio Judith, abrazándola—. No sabes cuánto te he echado de menos. Solo quería jugar un poco con mi hermana, nada más. Dentro de poco me convertiré en una mujer casada, pero quiero que sepas que siempre podrás contar conmigo. ¿Entendido?

—Entendido.

—Prométeme que me contarás cosas sobre las personas que has conocido y las casas que visitaste en Bath.

Caitlin asintió, sorbiendo por la nariz.

—Lo prometo.

Judith abandonó la habitación con un revuelo de bucles. La puerta se cerró, y Caitlin dejó escapar un suspiro de alivio.

Estaba hecho: había redactado la contestación. Ahora solo quedaba enviar la carta y rogar para que Derek Mallory se tragase el ardid sobre su enfermedad incurable. Con un poco de suerte, aquel hombre no volvería a acercarse a ella. Tales eran sus esperanzas.

En ningún momento sospechó que el mensaje que había introducido en el sobre era aquel en que desnudaba su alma y el más tierno de sus secretos.

## Un error imperdonable

El desastre llegó a casa de los Bailey en lo que tardaba el correo en ir y volver de Bath. Ese día, la familia al completo estaba reunida en el salón. La señora Bailey acababa de servir el té cuando sonó la puerta.

—¿Quién será? —preguntó el señor Bailey, levantándose del sillón—. ¿Esperas a alguien, querida?

La señora Bailey meneó la cabeza.

—¿Judith?

La mayor de las hermanas estaba escribiendo una carta para su prometido.

—No, mamá. Y no es Oswyn, si es eso lo que te preguntas. Él nunca vendría sin avisar.

Caitlin alzó la mirada del libro que estaba leyendo. ¿Quién sería?

El señor Bailey se desperezó y fue a abrir la puerta. La señora Bailey y las niñas aguzaron el oído, creyendo escuchar una voz masculina.

Al cabo de unos segundos, el señor Bailey regresó al salón.

—El señor Mallory —anunció.

Caitlin sintió que le daba un vuelco el corazón. Derek Mallory entró con una sonrisa encantadora. Era la viva estampa del perfecto visitante inesperado: puntual a la hora del té y relacionado con sus anfitriones lo justo y necesario para que le hicieran pasar de inmediato. A fin de cuentas, se trataba del sobrino de los Herrington, parentesco que él mismo había mencionado al presentarse.

La familia al completo se levantó para recibir al caballero.

—¿A qué debemos este honor? —preguntó la señora Bailey.

Judith fue mucho más directa

—¿Ha venido a ver a Caitlin?

El señor Mallory asintió con la cabeza.

—En efecto. Tengo una noticia que comunicarle.

No hizo falta decir más. Entusiasmados, los Bailey abandonaron el salón en un abrir y cerrar de ojos. Ellos mismos construyeron un romance en su cabeza.

Caitlin reprimió un escalofrío cuanto se quedó a solas con Derek Mallory. Nada en la actitud del caballero daba a entender que su excusa sobre una enfermedad incurable hubiese dado resultado. Si acaso, la sonrisa del señor



Mallory se tornó más aviesa al percibir la desazón que dominaba a la joven.

—¿Le importa que nos sentemos?

—No —contestó Caitlin con un hilo de voz.

El caballero se sentó en el sillón que antes ocupase el señor Bailey.

—Recibí su carta —dijo, sacándose los guantes con parsimonia, dedo a dedo.

Caitlin tragó saliva, rehuyendo sus ojos azules.

—Míreme —dijo el caballero con frialdad.

La joven se agarró a los brazos del sillón, convencida de que se desmayaría de un momento a otro. Derek Mallory se levantó y le mostró una hoja, pero Caitlin desvió la mirada hacia el otro lado.

«Sabía que no funcionaría la excusa de la enfermedad incurable», se lamentó para sus adentros.

—Estimado señor Mallory —leyó el caballero, paseando a su alrededor—. Detestado señor Mallory. Egocéntrico señor Mallory.

Los ojos de Caitlin se desorbitaron. No podía ser verdad lo que estaba escuchando.

—Cretino. Mojigato. Escritor de media tinta. —Derek Mallory rio entre dientes—. Sin duda, está carta llegó a mis manos por un terrible error. Pero un error revelador, ¿no opina lo mismo, señorita Bailey? ¿O debería llamarla Condesa de Clare?

Caitlin se encogió, rogando para que se la tragase la tierra.

—¿A qué ha venido?

Derek Mallory se plantó ante ella.

—Míreme cuando le hablo, si es tan amable.

Caitlin alzó la vista, parpadeando para reprimir las lágrimas. Aquella muestra de debilidad pareció enfurecer al caballero. Lanzó un bufido y se alejó de ella, pasándose las manos por el cabello.

—No puedo creerlo —farfullaba, deambulando por el salón. El caballero parecía más molesto consigo mismo que con ella—. Es inaudito. Estaba tan seguro sobre vuestro carácter.

Sin sospechar nada, Derek Mallory había puesto su corazón a los pies de quién más odiaba. El hecho de que ella le hubiese rechazado le aliviaba y le enfurecía a partes iguales. ¿Acaso no tenía todo lo que una mujer podía desear, aun tratándose de una que le despreciase de antemano?

—Dejaréis de escribir esas cosas —dijo malhumorado—. Se lo advierto: si sale otra novela firmada por la Condesa de Clare, revelaré su identidad.

Caitlin cerró los párpados, sintiendo que el mundo se derrumbaba a su alrededor. Escribir era su pasión, su auténtica vocación.

—Mis tíos mencionaron lo de la boda de vuestra hermana con el nieto del coronel Tutton. Sí, incluso en Bath hemos oído hablar del coronel. —Derek Mallory sonrió con crueldad—. No quiero ni pensar en lo que le ocurriría a ese compromiso si todo esto saliera a la luz.

Caitlin asintió con la cabeza, dejando caer las primeras lágrimas.

—¿Tengo vuestra palabra de que no volveréis a escribir?

Volvió a asentir, sintiendo como caía una losa sobre su corazón. Todo por la felicidad de su hermana y de su familia, que tenían todas sus esperanzas puestas en aquel compromiso. Nunca volverían a tener otra ocasión semejante para escapar de una vida llena de estrecheces. ¿Qué sería de ellas una vez que falleciese su padre?

Derek Mallory se giró, turbado quizás por el rostro demudado de su enemiga. Todavía sentía algo por ella, aunque se negase a admitirlo. Caitlin no vio esta transformación, pues mantenía la barbilla apretada contra el pecho y los párpados cerrados.

—Esta conversación nunca ha tenido lugar —sentenció el caballero, a modo de despedida—. Confío en que mantendréis vuestra palabra en todo momento. Ya conocéis las condiciones de nuestro acuerdo, que se mantendrán hasta que yo diga lo contrario.

—¿Qué le diré a mis padres? —musitó Caitlin, como si hablase consigo misma—. Querrán saber el motivo de esta visita.

Derek Mallory apretó los labios.

—No os preocupéis —replicó desapasionadamente—. No contaba con vuestra entereza para afrontar las consecuencias de lo que habéis hecho. Si os preguntan, decidles que vine a traer la noticia de lo que ha sucedido en casa de Queen Square.

—¿Qué noticia?

—Mi prima Linda ha desaparecido —contestó—. Se fugó con un caballero después del baile.

Caitlin se cubrió el rostro, sollozando con fuerza.

—Ya suponía yo que no sabría nada al respecto —añadió el caballero.

Derek Mallory abandonó el salón y se despidió de los Bailey rápidamente, dejándole a Caitlin la penosa tarea de informar a su familia.

Con palabras entrecortadas, la joven puso a sus padres y a su hermana al corriente de lo sucedido con Linda.

—Voy a escribir una carta para los Herrington —dijo el señor Bailey—. Nos pondremos a su disposición para lo que necesiten.

Con voz ronca por el llanto, Caitlin pidió permiso para salir a que le diese el aire. Sus padres accedieron, pero solo a condición de que Judith fuese con ella.

—No —dijo Caitlin—. Necesito estar sola. No me alejaré mucho.

El señor y la señora Bailey consintieron a regañadientes.

Caitlin abandonó la casa y vagó sin rumbo, carcomida por el dolor y la culpabilidad. Dolor por el destino de su amiga, que había echado a perder su futuro. Dolor por ella misma, atada de manos y amordazada por el acuerdo secreto con Derek Mallory. Pero sin duda, lo peor era la culpabilidad. Los remordimientos de no haber accedido a hablar con Linda después de la declaración del primo de esta.

¿Qué razones podía haber tenido su amiga para dilapidar su buena posición y la reputación de su familia?

Los jardines de la propiedad terminaban en una zanja. Al otro lado se extendía una tierra de labranza, salpicada aquí y allá por unos pocos árboles. Caitlin aceleró el paso, fustigada por una y mil preguntas para las que no tenía respuesta.

¿Por qué Linda no le había hablado sobre sus planes? ¿Es que no confiaba en ella? ¿No le había dado suficientes muestras de amistad y lealtad?

—¿Por qué? —murmuraba una y otra vez—. ¿Por qué?

El cielo tronó sobre Fenimore Hill. La lluvia cayó inmisericorde, y solo entonces reaccionó Caitlin, emprendiendo el camino de regreso. Pero ya era demasiado tarde.

Llegó a casa empapada y con los labios azules. Sus padres se asustaron al verla, y con razón. Judith la había estado buscando, después de redactar la carta para los Herrington, pero no había podido dar con ella. Todo este tiempo la habían creído oculta en alguno de los cobertizos que rodeaban la propiedad.

Caitlin tiritaba cuando la metieron en la cama. En vano frotaron sus miembros y la cubrieron con mantas, después de obligarla a tomar un baño caliente. Los temblores que sufría eran fruto de la fiebre.

Tantos disgustos habían hecho mella no solo en su ánimo, sino en su estado de salud, y ahora tendría que pagar las consecuencias.

## Convaleciente

La enfermedad postró a Caitlin en cama durante varias semanas. Infección de garganta, ese fue el diagnóstico del doctor Thomson. Un pronóstico que no debería haberse agravado en una persona de la edad del paciente.

No solo se le resintió a Caitlin el cuerpo, también el alma, como a menudo pasa cuando se portan cargas de espíritu. Los disgustos que siguieron al baile en casa de los Herrington mellaron su ánimo más allá de la capacidad de cualquier medicina o remedio. Primero la declaración de Derek Mallory, seguido del equívoco con las cartas y la promesa de no publicar más libros bajo el seudónimo, y luego la noticia de la fuga de Linda.

De aquel periodo, Caitlin guardaría recuerdos nebulosos. La fiebre desaparecía y regresaba de forma caprichosa.

—Tendrá suerte si no le quedan secuelas —dijo el doctor durante la tercera semana de la enfermedad.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el señor Bailey—. ¿Qué secuelas?

Sentado en el borde la cama, el médico meneó la cabeza. Sus manos recogían sus útiles, guardándolos dentro del maletín, pero sus ojos no se apartaban de la joven.

—Podría perder la voz —dijo—. Deberían estar preparados para esa posibilidad.

La mejoría llegó con la cuarta semana. La enfermedad fue derrotada, pero a un alto precio. Caitlin perdió peso y el poco color que tenía. Su piel se volvió casi translúcida, haciendo que sus ojos oscuros pareciesen más grandes y profundos.

El primer recuerdo consciente de Caitlin fue el canto de un gallo. La joven abrió los ojos y se incorporó un poco, mirando a su alrededor. Su padre dormitaba en un sillón junto a la ventana. El señor Bailey tenía la barbilla apoyada en el pecho, y un periódico abierto sobre el regazo. Su vista paseó por la habitación, sintiendo un impulso natural de escribir cuando sus ojos recayeron sobre el escritorio.

Entonces se acordó de la promesa que le había arrancado Derek Mallory, y las lágrimas llenaron sus ojos. Estuvo a punto de dejarse vencer por la debilidad, pero se limpió el rostro con el dorso de la mano e inspiró hondo.

En cuestión de minutos, tomó una decisión: encontraría la forma de volver

a escribir. Sus novelas eran uno de los pilares de su vida, junto con su familia. Cumpliría lo pactado con Derek Mallory hasta la boda de su hermana, y luego empezaría de nuevo. Tendría que cambiar de seudónimo, y de editorial, dando al traste con la modesta reputación que había cosechado hasta la fecha, pero al final merecería la pena. Tenía que creer en ello o no reuniría el ánimo para salir de la cama.

—Hasta la boda de Judith—susurró, pues necesitaba oírlo de sus propios labios—. Solo hasta...

Un pensamiento llenó a Caitlin de angustia. ¿Cuánto tiempo había estado enferma?

Se estiró y, con mucho cuidado, tomó el periódico que su padre tenía en el regazo. Al ver la fecha inscrita en la primera página, la joven rompió a sollozar, tapándose la boca con una mano.

El señor Bailey se agitó y abrió los párpados.

—Caitlin, querida...

La joven siguió llorando desconsoladamente. No sabiendo cómo reaccionar, el señor Bailey se levantó y avisó a su esposa y a su hija mayor para que subieran a la habitación.

La familia al completo se reunió alrededor de la cama, mirando a Caitlin con mal disimulada ansiedad. Lo dicho por el médico no se les había olvidado: la posibilidad de que la joven pudiese perder la voz.

—Hija, di algo —imploró la señora Bailey.

Caitlin se cubrió el rostro con las manos, sollozando.

—Me he perdido la boda —dijo con voz ronca.

El señor y la señora Bailey suspiraron de alivio. Judith se lanzó a los brazos de su hermana.

—Tonta —dijo, riendo y llorando al mismo tiempo—. La aplazamos por ti.

—¿Qué? ¡No!

—Basta. —Judith la estrechó con más fuerza, sacándole todo el aire de los pulmones a su hermana—. Aunque pensándolo mejor, no te calles. ¡No dejes de hablar!

Entre todos la ayudaron a bajar al comedor. Una vez se hubo sentado a la mesa, la señora Bailey y Judith fueron a ayudar a preparar un desayuno succulento con el que tentar a la convaleciente. Caitlin se quedó a solas con su padre, que se hallaba sentado a su lado y no había soltado la mano de su hija ni por un instante desde que abandonase el cuarto.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó el señor Bailey.

—Estoy bien, papá. —El mero hecho de hilar tres palabras seguidas le supuso un esfuerzo. Le había quedado una voz ronca y débil—. No tengo mucha hambre.

—No te preocupes por eso. Lo importante es que estás bien y puedes hablar. No sabes cómo nos asustaba la posibilidad de no poder volverte a oír nunca más. Lo que necesitas ahora es pasear y salir a que te dé el sol. Has estado demasiado tiempo en ese cuarto.

La señora Bailey regresó de la cocina.

—Querido, recuerda lo que dice el refrán: no rompas el ayuno con un festín. Caitlin debe andar y ejercitar los músculos, pero sin salir de casa. Si quieres hablar de caminatas, date tú una —dijo sin acritud—. Me he enterado de que el señor Clemens viajará a Bath esta tarde para buscar un abogado por no sé qué asunto de sus tierras. ¿Por qué no te pasas a verle y le das una nota para los Herrington, diciéndoles que Caitlin ya se encuentra bien?

—Es cierto. —Azorado, el señor Bailey fue al salón y regresó con un libro—. Los Herrington se han interesado mucho por ti, Caitlin. Con las cartas enviaron este regalo: Shamela, de Oswyn Fielding.

Caitlin habría botado de la alegría, pero la mención de los Herrington arrojó una sombra sobre su rostro.

—¿Se sabe algo de Linda?

Se hizo el silencio en el comedor. Caitlin miró a su alrededor, pero solo vio rostros consternados

—Todavía nada —dijo la señora Bailey—. Pero ya hace una semana desde la última carta. Los Herrington dejaron caer la posibilidad de venir a hacerte una visita para cuando te encontrases con fuerzas...

Caitlin miró a su padre, preocupada.

—¿Con fuerzas para qué?

—Los Herrington están desesperados, pequeña. Parece que Linda se hubiese esfumado en el aire. Cualquier pista sobre su paradero sería de agradecer, y tú eres su mejor amiga. ¿Lo entiendes, verdad?

—Por supuesto. Pero es que Linda no me contó nada acerca de sus planes... Vosotros me creéis, ¿verdad?

Sus padres calmaron sus recelos; la palabra de su hija era lo único que necesitaban.

—La intención es lo que cuenta —dijo el señor Bailey, levantándose—. Escribiré esa nota e iré a dársela al señor Clemens ahora mismo. Los Herrington se sentirán mejor después de hablar contigo, aunque solo sea por

descartar opciones. No quiero ni pensar en lo que tienen que estar pasando esos padres.

Judith regresó de la cocina con el desayuno.

—¿No comerás algo primero? —le preguntó a su padre.

El señor Bailey meneó la cabeza, levantándose.

—Lo primero es lo primero —dijo, y fue al salón en busca de papel y tinta.

—Suerte que el señor Mallory está ayudando a los Herrington —dijo Judith, tomando asiento junto a su hermana—. Fue muy amable al venir a comunicarnos la desaparición de su prima ¿no crees, Caitlin? Y que tacto tuvo al hablar contigo en primer lugar. Todos en Bath saben que eres la mejor amiga de Linda.

Caitlin frunció el ceño. Le costaba creer que Derek estuviese apoyando a sus tíos desinteresadamente.

Si los Herrington venían a Fenimore Hill, ¿acudiría también su sobrino? Caitlin todavía no se sentía con fuerzas para enfrentarse a él.

—No dejes que el asunto de Linda te deprima —dijo la señora Bailey, creyendo que era eso lo que turbaba a su hija—. Seguro que pronto darán con ella, y entonces se arreglarán las cosas. Ahora tienes que pensar en tu salud.

Caitlin comió un par de bocados para contentar a su madre. Luego se giró hacia a su hermana.

—Siento lo de la boda —dijo—. No tenías por qué haberla atrasado.

—Pues yo creo que sí —replicó Judith, bromeando—. Oswyn y yo lo hablamos y estuvimos de acuerdo en aplazar la fecha. La celebraremos a finales del mes que viene. El coronel Tutton también se mostró conforme.

—Incluso a mí me sorprendió que ese viejo cascarrabias no pusiese pegas —admitió la señora Bailey mientras recogía el plato de Caitlin y se lo llevaba a la cocina.

—Porque en el fondo tiene buen corazón —replicó Judith, girándose hacia la puerta. Cuando su madre salió, se giró hacia su hermana—. Por cierto, ¿cómo no me habías dicho que tenías un admirador?

—¿Perdón?

—Mientras estabas enferma llegaron varias cartas de un caballero. Las guardé en tu escritorio, pero no me preguntes quién es. Nunca antes había oído ese nombre.

Caitlin frunció el ceño. ¿Habría sido Derek Mallory tan hipócrita como para escribirle bajo un seudónimo?

—No tan deprisa. —Judith detuvo a su hermana cuando esta intentó levantarse—. Primero caminemos un poco, sin salir de casa.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Sea quien sea, tendrá que esperar un poco más.



## Un admirador secreto

Caitlin paseó media hora por la casa en compañía de su hermana. Lo justo para que Judith consintiese en dejarla ir a su cuarto. No le hacía ninguna gracia el regresar a la cama, pero estaba intrigada por el tema de las cartas.

¿Se habría atrevido Derek Mallory a enviar cartas bajo un seudónimo, solo para burlarse de ella?

Cerró la puerta de su dormitorio y abrió el escritorio. Las cartas estaban en un cajón: cuatro en total. Una de ellas era muy gruesa, y Judith las había reunido y atado con un cordel.

A Caitlin le faltó tiempo para pelearse con el nudo. Se lanzó al ataque con uñas y dientes, pero nada; podría haberse tratado del célebre Nudo Gordiano.

La razón era mucho más sencilla: aún estaba lejos de haber recuperado fuerzas. Sus muñecas estaban más delgadas que nunca. Obstinada, Caitlin sacó el estilete que usaba para afilar las plumas.

Un par de cortes y el misterio quedaría resuelto, o eso llegó a creer.

El remitente de las cartas era Dylan Hemstock, un nombre que no había oído en su vida. La dirección escrita en el sobre tampoco le ofreció ninguna pista. No habría sabido ubicar aquel pueblo en un mapa, y el nombre se le olvidó en cuanto abrió la primera carta, fechada cuatro semanas atrás.

Sus ojos devoraron una línea tras otra. Sin aclarar la relación que les unía, el autor de la carta expresaba sus deseos para que la señorita Bailey se encontrase “bien y en buen estado de salud”.

Caitlin sonrió con amargura; cuan interesado estaba el caballero que no tenía ni la más mínima idea del calvario por el que había pasado. Las noticias volaban, sobre todo entre Fenimore Hill y Bath. Cualquier persona en varias millas a la redonda habría oído hablar de la infección de garganta sufrida por la hija de los Bailey.

Caitlin cada vez estaba más convencida de que se trataba de una broma de mal gusto. Sin duda, Derek Mallory era el autor detrás del seudónimo.

El tal Dylan Hemstock también demostraba tener conocimientos sólidos sobre los gustos de Caitlin, en lo referente a autores y obras. La joven no se dejó impresionar por esa parte. El señor Mallory tendría acceso a esa información, y a más, con solo preguntar a los Herrington. No dejaba de ser curioso que el caballero se hallase ahora en tan buena relación con sus tíos

tras la desaparición de la hija de estos. Antes de la desaparición de Linda, Derek Mallory siempre había tratado a los Herrington con la condescendencia habitual de las gentes que vivían en la capital.

A modo de despedida, Dylan Hemstock le pedía que le enviase una contestación lo antes posible.

—Encima exigente —murmuró Caitlin.

El tono de la segunda carta era muy similar al de la primera: cortés pero distendido. Confiando en todo momento en que Caitlin se encontrase con buenos ánimos y en mejor estado de salud. Y no obstante, el caballero dejaba translucir su desilusión por no haber recibido respuesta.

Más cínica a cada momento que pasaba, Caitlin abrió la tercera carta, la más gruesa de todas. Tal y como había adivinado, contenía un libro, *Emilio, o De la educación*, de Jean-Jacques Rousseau, un escritor al que se le llenaba la boca—o las novelas—, hablando de la bondad natural del ser humano en una sociedad corrupta.

—Qué apropiado —ironizó Caitlin—. ¿Acaso quiere instruirme, señor Mallory?

Caitlin había leído el libro en casa de los Herrington, o mejor dicho, se lo habían leído cuando era niña. Lástima que las ideas de Rousseau sobre la necesidad de educar a la sociedad excluyesen a las mujeres. Estas, en la opinión del escritor, habían de ser criadas para el disfrute del hombre.

En la carta que acompañaba el regalo, Dylan Hemstock le confiaba abiertamente sus esperanzas para que aquel presente «despertase en ella buenos sentimientos». El tono jovial había desaparecido, sustituido por amargura y desilusión. En palabras textuales, el caballero no alcanzaba a entender la razón de que Caitlin fuese «tan insensible a las atenciones que le dedicaba». Y añadía más: «¿Cómo podía ser tan fría quién antes vertiese tanta pasión a través de su pluma?».

A Caitlin ya no le cabía duda de que se trataba de Derek Mallory. Aquel comentario velado era la confirmación de sus sospechas.

La cuarta carta era la de menor extensión. «Lamento lo que hice. Le ruego disculpe mi intromisión en sus asuntos». Dos frases y nada más.

Caitlin releyó el último mensaje, intrigada. ¿Significaba aquello que Derek Mallory había cambiado de parecer sobre el acuerdo que le había exigido? Esperanzada, se derrumbó en la cama, clavando la mirada en el techo. El recuerdo de lo dicho por Derek Mallory revivió en su memoria:

*Ya conocéis las condiciones de nuestro acuerdo, que se mantendrán*

*hasta que yo diga lo contrario.*

¿Podiera ser que el caballero hubiera tenido noticia de su enfermedad, fruto del desánimo, y le hubiera liberado de su promesa? ¿Era realmente posible?

Se frotó la cara con la palma de las manos. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil últimamente?

—¿Y bien? —preguntó la voz de su hermana Judith.

Caitlin dio un respingo. No había oído como se abría la puerta.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó.

Su hermana cerró la puerta y corrió a tumbarse a su lado. El mueble protestó bajo el peso de las dos jóvenes.

Caitlin sonrió; no podía enojarse con Judith. Además, ya no estaba en la casa de Queen Square. Normas de cortesía tan elementales como llamar a la puerta antes de entrar significaban muy poco en el pequeño hogar de los Bailey. Allí solo vivían los cuatro; tres la mayor parte del año, y casi nunca recibían visitas.

—No me tengas en ascuas. —Judith hizo un puchero de niña pequeña—. Primero el señor Mallory, y ahora ese tal Dylan Hemstock. Y yo que pensaba que mi hermanita llevaba una vida aburrida.

Caitlin reprimió una mueca de ironía y le pasó a su hermana las cartas.

—Lee por ti misma —dijo Caitlin.

—¿Puedo?

—Te lo ruego —respondió, y se aclaró la garganta—. Cuanto menos me hagas hablar, mejor.

Judith no cabía en sí de gozo. Caitlin se abrazó las rodillas, mirando a su hermana mientras devoraba una carta tras otra.

—Pobre señor Hemstock. —Judith se burlaba a su costa—. Él bebiendo los vientos por ti, y tú sin dignarte a contestarte.

—Qué desconsiderada he sido —replicó Caitlin—. Al no levantarme de la cama en todo este tiempo.

—¿Me das tu palabra de que no sabes quién es este caballero? —inquirió Judith.

—Te doy mi palabra.

—¿Sabes qué? Creo que deberías preguntar a los Herrington. Estoy segura de que el señor Hemstock es un visitante de la casa de Queen Square que se ha prendado de ti. ¿No me digas que no te pica la curiosidad?

Caitlin puso los ojos en blanco.

—Pues no, la verdad. Mañana hablaré con los Herrington, pero espero decir lo justo y necesario.

—¿Crees que vendrán tan pronto?

—Puedes apostar a que sí. —Caitlin bajó el tono—. Papá dijo que estaban desesperados.

Se hizo un silencio incómodo en la habitación. Caitlin miró de reojo las cartas del supuesto Dylan Hemstock. Por mucho que le doliese admitirlo, la desaparición de Linda era el menor de sus problemas; poco era lo que podía hacer por su amiga en estos momentos.

La principal preocupación de Caitlin era volverse a encontrar con Derek Mallory.

Pero ¿y si se equivocaba? ¿Y si sus suposiciones sobre las cartas resultaban ser ciertas, y el caballero había cambiado de parecer sobre el juramento?

Intrigada a su pesar, Caitlin se descubrió temiendo y deseando el siguiente encuentro con él.

## Unos padres desesperados

Los Herrington llegaron a Fenimore Hill un día después de recibir el mensaje sobre la mejoría de Caitlin.

El matrimonio, ya de por sí otoñal, parecía haber envejecido. Sin Linda, la ilusión de la juventud se había desvanecido de Queen Square y de todos sus moradores.

La joven quizá no había iluminado el hogar con su belleza, pero sí con su carácter animoso y su buena disposición para hacer felices a sus padres. Sus hermanos estaban casados y vivían en Bristol, circunstancia que privaba a los abuelos de un trato frecuente con sus nietos.

Al fin se daban cuenta los Herrington de lo que habían perdido.

—Mi pequeña —gimoteaba la anciana cada vez que se mencionaba el nombre de su hija—. Linda, ¿dónde estás?

Su marido le apretó la mano, mirando a los Bailey con una expresión de disculpa.

—Todavía estamos tratando de asimilar lo sucedido —dijo—. ¿Cómo te encuentras tú, Caitlin?

—Un poco mejor, gracias —contestó la joven con voz ronca—. Pero estoy preocupada por Linda.

La señora Bailey intervino de manera espontánea:

—Si hay algo que podamos hacer para ayudar —dijo, buscando los ojos de su marido en busca de apoyo—. Lo que sea.

El señor Bailey asintió con premura, igual de predispuesto a ayudar a sus viejos amigos. El señor Herrington se lo agradeció con un cabeceo. Del matrimonio, era el más repuesto de los dos. No podía ser de otro modo, dado el estado depresivo en el que se había sumido su esposa.

Movía a compasión ver el mutismo en que se había encerrado la señora Herrington. Antes de la desaparición de su hija, no había nada que gustase más a la anciana que pasar las horas muertas conversando. Con frecuencia, había sido su marido el que la moderaba para que dejase hablar a los demás.

El señor Herrington carraspeó, atrayendo la atención general.

—Caitlin, hay algo que nos gustaría preguntarte. Por favor, no te sientas obligada a contestar si no quieres. Aún te estás recuperando.

Azorada, Caitlin miró a sus padres, pero ellos la animaron a tomar la voz

cantante. Ya no era una niña, después de todo. Saltaba a la vista que los Herrington estaban en gran necesidad de cualquier cosa que pudiera ponerles tras la pista de su hija.

—Por favor, pregunte lo que sea.

—Gracias, querida —dijo el anciano caballero, soltando el aire que había contenido en los pulmones—. Durante la noche del baile, una de las criadas te vio en compañía de Linda y del señor Mallory. Tú y mi sobrino fuisteis los últimos en estar con ella.

Caitlin asintió, animando al anciano a continuar.

—Más tarde, otro de los criados recuerda haber visto a Linda seguirte a tu cuarto. Daba la impresión de que habíais discutido, porque tú te negaste a abrirle la puerta. Me preguntaba, la señora Herrington y yo nos preguntábamos —corrigió—, si fuera posible que de algún modo Linda te hubiese hablado de sus intenciones.

La joven sacudió la cabeza.

—En ningún momento, señor. Ni una palabra.

—Entonces, ¿no habíais discutido por eso? Porque nos extrañó mucho que te fueras temprano a la mañana siguiente, sin despedirte.

—Nunca hubo tal discusión, señor. Linda solo trataba de consolarme —se le escapó.

—¿Consolarte?

Caitlin bajó la cabeza, mirando de reojo a sus padres y a su hermana.

—A causa de una declaración no correspondida.

El silencio se adueñó del salón, congelando la escena como en una pintura. Las miradas volaron entre los adultos. Judith observaba a su hermana con ojos como platos.

—¿Y por qué no has dicho nada hasta ahora? —inquirió el señor Bailey.

Caitlin se revolvió en su asiento.

—Pues... porque fue rechazada —balbució. Derek Mallory no le había dicho nada sobre guardar silencio a ese respecto. Aun así, estaba segura de que desvelar su identidad no sería lo más prudente en esos momentos. Lo último que quería era predisponer al caballero aún más contra ella—. Lo siento. No creí que tuviese importancia.

El señor Bailey abrió la boca para replicar, pero su mujer se le adelantó.

—Caitlin, una declaración tiene la importancia que una desee darle. En el futuro, quiero que sepas que puedes contar con nosotros para hablar sobre cualquier cosa.

—Yo no... Por favor, ahora no querría forzar la voz. Quizá en otro momento...

—Lo que sea —repitió la señora Bailey—, cuando sea. Y ahora dime, ¿crees tú que esa declaración pudo tener algo que ver con la desaparición de Linda?

Caitlin meneó la cabeza.

—Entonces no hay más que hablar sobre este asunto.

El señor Bailey se inclinó hacia delante.

—Pero...

—Quizá en otro momento, querido —sugirió la señora Bailey—. Lo que ahora nos preocupa es la desaparición de Linda, ¿verdad?

El señor Bailey se cruzó de brazos, farfullando algo ininteligible.

—Disculpe la interrupción —dijo la señora Bailey, volviéndose hacia sus amigos.

—Somos nosotros quienes tenemos que disculparnos —dijo el señor Herrington, azorado—. Nada más lejos de nuestra intención que alterar a Caitlin. No debí preguntar.

La señora Herrington intervino en ese momento, intrigada por el giro de la conversación.

—¿Supongo que no podrías revelarnos la identidad de ese caballero? —Su marido le dedicó una mirada fulgurante, ante lo cual ella añadió—. Solo para descartarle de entre los hombres que pudieran haberse fugado con Linda.

Caitlin enrojeció.

—Responderé si ustedes insisten, pero creo que a ese caballero no le gustaría que se hiciese público el hecho de que su proposición fuese rechazada.

—Eso no será necesario —dijo el señor Herrington, categórico.

Caitlin suspiró por lo bajo, agradecida, pero luego se acordó de algo.

—Señor, me consta que había un caballero con Linda cuando vino a buscarme al cuarto por primera vez. Oí una voz masculina discutiendo con ella, pero nada más.

El señor Herrington se acarició la barbilla.

—Es como decía mi sobrino: se trataba de alguien que ya estaba dentro de la casa. Derek también recuerda haber visto a Linda en compañía de un caballero hacia el final del baile, pero no pudo reconocerle ni tuvo ocasión de hablar con él. Gracias por confirmarnos esto, querida.

—No tienes por qué darlas, señor. Linda es mi mejor amiga. Haría

cualquier cosa por ayudarles a recuperarla.

Los ancianos le agradecieron a Caitlin sus palabras. Llevada por un impulso, la señora Herrington hizo una proposición espontánea.

—¿Por qué no viene la niña a Bath para recuperarse? Los baños podrían ser muy beneficiosos para ella. Hay tanto silencio en la casa —insinuó.

El señor Herrington frunció el ceño.

—Caitlin salió ayer de la cama. Acaba de regresar con su familia. Lo más natural es que quiera estar con sus padres y con su hermana.

—Pues entonces, que vengan las dos —replicó la señora Herrington—. ¿Qué problema hay?

Para qué decir más. Judith se giró hacia sus padres con una expresión suplicante.

—¡Por favor! ¡Me gustaría tanto!

El señor Herrington no sabía a dónde mirar, abochornado por el comportamiento de su esposa y la situación que se había desencadenado. Los Bailey tampoco sabían qué decir ni qué pensar.

Al final, todas las miradas convergieron en Caitlin.

—Pero yo creía que el señor Mallory se había trasladado a Queen Square para ayudarles —tartamudeó—. Sin duda, la casa no puede estar tan silenciosa.

La anciana sacó un pañuelo, fingiendo sonarse la nariz. Tenía los ojos brillantes.

—Es cierto que mi sobrino nos ha estado haciendo compañía. Desde que desapareció Linda, ha sido nuestro principal consuelo y aliado, pero se marchó a Londres ayer mismo para solucionar un tema de una herencia. Se trata de mi cuñado, el tío de Derek, un hombre antipático donde los haya. Nos enteramos hace unos días de que su estado de salud había empeorado.

—Querida...

—Es cierto. No digo que no sea un caballero; son los aires de esa ciudad, que le han agravado su enfermedad y avinagrado el carácter. En estos momentos se encuentra muy delicado. Derek se resistía a dejarnos, pero nosotros insistimos al enterarnos de que mi cuñado pretende nombrarle su heredero.

La noticia le quitó a Caitlin un peso de encima. Aun así, sentía que no era correcto marcharse ahora. Y luego estaba el tema de la boda de su hermana.

—Pero Judith va a casarse al mes que viene —dijo a la desesperada.

Todos los ojos se desplazaron a la mayor de las hermanas.



—¡Por favor! —repitió Judith—. Aunque solo sea por dos semanas.

—Querida. —Incluso la señora Bailey parecía angustiada—. Hay que organizar mil cosas.

Judith hizo un mohín.

—El coronel Tutton es quién se está ocupando de todo. Ni siquiera me dejó elegir el color de las flores. Por favor, papá. Por favor.

El señor Bailey miró a su esposa con resignación.

—¿A ti que te parece?

—Misericordia —suspiró la mujer, dando su brazo a torcer—. Dos semanas para Judith. Caitlin puede venir en día antes de la boda, pero eso es todo.

Judith lanzó un grito de alegría, estrechando a sus padres con un gran abrazo.

## 10

### Los Tutton

Antes de viajar a Bath, las hermanas Bailey hicieron una visita a Tutton Lodge. Llegaron pasada la hora del té, bajo una luz plomiza que no sacaba lo mejor de la vieja mansión. La propiedad, situada a las afueras de Fenimore Hill, se asomaba al pueblo desde un altozano situado en el linde del bosque.

Oswyn Tutton era el prometido de Judith, un caballero tan tímido e inseguro como lo era Caitlin. La cosa cambiaba en presencia de su amada; se le iluminaba la mirada con solo verla. También sus gestos, por lo habitual torpes y desmañados, adquirían esa desenvoltura que solo otorga el amor verdadero y correspondido.

—¡Señorita Judith! —exclamó Rose mientras les abría la puerta principal—. ¡Y la señorita Caitlin también!

Rose Green, el ama de llaves, adoraba a las hermanas. Sobre todo a la mayor. Estaba deseando verla convertida en la señora de Tutton Lodge. Judith tuvo unas palabras amables con ella, y con otros criados con los que se cruzó. Rose se adelantó para anunciar a las recién llegadas.

—Señor Tutton —dijo mientras entraba al salón—, la señorita Judith ha venido a verle.

El coronel compartía mesa con su nieto, que estaba acabando de tomar el té. Al escuchar a la criada, enarcó una ceja. No hizo falta que dijese nada, pero Rose tragó saliva. El ama de llaves había dado por sentado que el coronel estaría llevando a cabo su segundo paseo. Era la hora acostumbrada, pero el viejo soldado llevaba toda la mañana mirando el cielo con suspicacia.

—Lo siento. —Rose se aclaró la garganta—. Las señoritas Bailey acaban de llegar.

Ambos caballeros se levantaron, pero solo Oswyn se acercó para saludarlas. Antes de que abriese la boca, Caitlin ya sabía de antemano las palabras de amor y entrega incondicional que le dedicaría a su hermana. Siempre eran las mismas, con poca o ninguna variación, pero a Judith no parecía importarle.

Tras el saludo inicial, las Bailey se disculparon por haber llegado sin avisar. Siguiendo su dinámica habitual, los enamorados se sentaron en el diván y dejaron que el resto del mundo se desvaneciese a su alrededor.

Indulgente, Caitlin se esforzó por ignorar a los prometidos. Ahora que el

noviazgo tocaba a su fin, se conocía de memoria el fresco de ángeles y ninfas que decoraba la bóveda del techo.

El coronel también hizo caso omiso de los enamorados. Tras el saludo inicial, se instaló en su sillón junto a la ventana y siguió contemplando el cielo.

—Vamos a pasar unos días en Bath —dijo Judith, revelando al fin el motivo de la visita—. ¿Recuerdas que te hablé de los Herrington, los amigos de mis padres?

Las palabras de la joven arrojaron una sombra de preocupación sobre su prometido.

—¿De verdad tienes que ir? —preguntó Oswyn, mirando de reojo a su abuelo—. Ya no queda mucho para la boda.

—Serán solo dos semanas —replicó Judith, arreglándole el nudo del pañuelo—. Antes de que te des cuenta, estaré de vuelta y seremos marido y mujer. Pero por el momento, tengo que cuidar de Caitlin. Soy su única hermana, ¿sabes?

Caitlin sonrió, sin apartar la mirada del techo. El alegato de Judith había sido desenfadado, sin otro objeto que arrancar una sonrisa a su prometido. Oswyn Tutton frunció el ceño, meditó lo dicho por la joven y se sintió más enamorado que nunca de Judith Bailey.

—Caitlin tiene mucha suerte al tenerte como hermana —declaró con solemnidad—. Oh, disculpadme. Olvidé mis modales como anfitrión. ¿Cómo se encuentra, señorita Bailey? Me habría gustado ir a visitarla, pero mi abuelo no lo permitió por miedo a un contagio.

—Estoy mejor, gracias —dijo con voz ronca.

—Siento no haber preguntado antes.

Caitlin parpadeó, bajando la vista.

—Por favor, no se preocupe.

—¿Está segura?

—Sí. ¿No?

Judith meneó la cabeza, sonriendo.

—¡Vaya par! No se os puede dejar solos —dijo—. Lo más probable es que acabaseis disculpándoos mutuamente por el silencio a vuestro alrededor.

Caitlin y Oswyn enrojecieron, pero acabaron riendo y dándole la razón a Judith. Caitlin ya quería al joven como a un hermano.

La puerta del salón se abrió, dando paso al ama de llaves, que traía una bandeja con más té y pastas. Judith tironeó de la manga de su prometido.

—¡Mira lo que nos ha preparado Rose! Eres maravillosa, querida. Sencillamente maravillosa.

El ama de llaves hizo una inclinación y se retiró.

—¿Qué os parece si salimos a dar un paseo? —preguntó Judith—. Después del té y las pastas, por supuesto.

—Me parece una idea excelente —dijo Oswyn. Caitlin también se mostró conforme.

Pasada una media hora, salieron de la mansión.

Los jardines de Tutton Lodge eran conocidos por su belleza y extensión. Tras retirarse del servicio activo, al coronel le quedaban muy pocos placeres en la vida. Controlar y supervisar el crecimiento de las flores y árboles era uno de ellos.

—No me canso de repetirle lo maravillosos que me parecen los jardines de Tutton Lodge, coronel —dijo Caitlin con sinceridad. Cuando su hermana fuese la señora de la casa, le pediría permiso para leer bajo las copas de aquellos enormes arcos de hojas rojas.

—Sí, es lo que dicen todos —replicó el anciano.

Oswyn y Judith marcaban el ritmo del paseo, a un brazo de distancia el uno del otro.

—¿También se ocupa usted de seleccionar las mejores semillas? —preguntó Caitlin.

—No dejaría que fuese de otro modo.

Caitlin suspiró, decidida a mostrarse amable con el viejo soldado. Sin previo aviso, empezó a soplar un viento helado desde el norte, trayéndoles retazos de la conversación entre los enamorados.

—¿Estás segura? —Oswyn tenía una expresión entre divertida y nerviosa—. ¿No te enamorarás de otro caballero más alto y con más arrojo?

El coronel lanzó un bufido, pero la risa cantarina de Judith lo eclipsó. Caitlin vio a su hermana inclinarse hacia su prometido para susurrarle algo al oído, y debió ser algo muy dulce por la sonrisa de oreja a oreja que asomó en los labios de Oswyn.

—Deberíamos regresar —anunció el coronel, alzando la voz.

Los prometidos hicieron un alto y dieron media vuelta.

—¿Por qué, señor? —preguntó Oswyn, que siempre se dirigía a él de aquel modo. Hasta tal punto le intimidaba su abuelo, aun siendo su único familiar desde la prematura muerte de sus padres.

—Se acerca una tormenta —dijo el coronel, mirando al cielo con el ceño

fruncido—. Daremos la vuelta ahora.

Caitlin y Judith también alzaron la vista con curiosidad. El viento era cada vez más frío, pero las nubes parecían tan lejanas que no resultaban amenazadoras.

—Es una orden —dijo el viejo oficial, girando sobre sus talones.

Caitlin se quedó atrás con la joven pareja. Ni se planteó dar alcance al coronel, que se alejaba con zancadas largas y regulares.

Oswyn suspiró, lanzándole una mirada de disculpa a Caitlin.

—Ya le habéis oído —dijo—. No os preocupéis, nos entretendremos de algún otro modo.

—Podríamos jugar a las cartas —dijo Judith, y su prometido la secundó de inmediato, como siempre hacía.

Contra todo pronóstico, el tiempo empeoró rápidamente. El viento ululaba, agitando las ramas de los árboles y doblando los troncos más jóvenes. El cielo se cerró con nubarrones que se llevaron la poca luz que le restaba a la tarde.

Oswyn y las hermanas Bailey entraron en el vestíbulo de la casa segundos antes de que se descargase el granizo. Cuando los jóvenes llegaron al salón, encontraron al coronel aleccionando a los criados.

—Quiero los postigos cerrados y los animales bien atados. Y enciendan la chimenea de esta ala y de la otra.

—Quizá deberíamos irnos —murmuró Caitlin, mirando a su hermana—. Todavía tenemos que preparar el equipaje.

—No se marcharán, señorita Bailey —sentenció el coronel, que tenía un oído muy fino. En el exterior, el viento aullaba y el granizo azotaba muros y ventanas—. Pasarán aquí la noche y regresarán a casa mañana por la mañana. ¡Rose, ocúpese de que preparen dos cuartos de invitados!

El ama de llaves se frotó las manos con nerviosismo.

—¿Cuáles, señor?

—Los del ala oeste, por supuesto. ¿No pretenderás que mi nieto y su prometida duerman en la misma ala a un mes de la boda?

—Sí, señor. Quiero decir, no, señor.

El coronel hizo un gesto desabrido, despidiendo a la mujer de su presencia.

Oswyn y las hermanas Bailey formaron una mesa para jugar a las cartas. Mientras, el coronel fue a cerrar las cortinas del salón.

—¿Está seguro de su predicción, señor? —preguntó Oswyn, que en ese momento estaba repartiendo las cartas—. Judith y Caitlin tenían planeado

partir hacia Bath a primera hora.

—Lo estoy —gruñó el coronel, dejándose caer en su sillón—. Si regresan ahora, tendrán un percance, o enfermaran, y entonces tendrán que quedarse más días.

Judith miró a su hermana por encima de su mano de cartas.

—¿Lo ves? —cuchicheó—. Te dije que tenía buen corazón.

Caitlin no estaba muy segura. Su impresión era que el coronel no deseaba tenerlas bajo su techo más tiempo del estrictamente necesario. Aquellos y otros pensamientos se los guardó para ella, no queriendo predisponer a Judith contra su futuro suegro.

En pocos minutos, la chimenea chisporroteaba y crujía, amortiguando el martilleo del granizo. El coronel, repantigado en su sillón, tenía la mirada perdida en el baile de las llamas.

—No se irán —murmuró, como si estuviese hablando consigo mismo—. Ya he visto antes esta clase de tormentas.

Las palabras del anciano llegaron hasta la mesa de cartas. Oswyn, que era quien mejor le conocía, se dirigió a las Bailey en voz baja.

—Se refiere a la tormenta en la que murieron mis padres. —dijo, con más nostalgia que tristeza. Era muy joven cuando eso había sucedido, y apenas guardaba recuerdos de aquella época—. El barco en el que iban se hundió. Nunca pudieron recuperar sus cuerpos. Mi abuelo rara vez lo admite, pero se culpa por ello. Cree que debería haber anticipado aquella desgracia, siendo como era un marino consumado

—Es absurdo —cuchicheó Judith—. Nadie debería culparse por algo así.

Oswyn hizo una mueca, abatido. Por su parte, Caitlin estaba dándole vueltas a algo que había escuchado hacía poco: algo sobre una persona que estaba viajando en aquel preciso momento, mientras el temporal se descargaba con dureza sobre buena parte de Inglaterra.

Esa persona era Derek Mallory, en su viaje hacia Londres, y la tormenta pronosticada por el coronel cambiaría el destino de las tres familias: los Tutton, los Bailey y los Mallory.

## El regreso a Bath

La tormenta, que se sintió en todo el país, no sobrevivió para ver amanecer. Los nubarrones se convirtieron en jirones blancos y vaporosos con los primeros rayos de sol. De no ser por los destrozos en vidrieras y ventanales, cualquiera habría dicho que todo no había sido más que un mal sueño.

A primera hora, Judith y Caitlin se prepararon para dejar Tutton Lodge. Los Herrington les esperaban para antes del almuerzo, así que no debían retrasarse. Pasarían por casa para hacer el equipaje y partirían cuanto antes. Esa era la idea, pero Oswyn estaba desolado; dos semanas le parecían una eternidad.

Cuando llegó el momento de la separación, el coronel estaba en los jardines, supervisando sus queridos arces. Las Bailey tuvieron que perseguirle de aquí para allá, pues de lo contrario habría sido imposible hilar dos frases de agradecimiento.

Por último, los jóvenes se reunieron en la puerta principal. Después de intercambiar unas palabras con su futuro hermano, Caitlin se adelantó para subir al coche que el coronel había puesto a su disposición.

—No tardes —dijo a su hermana, pues Judith no podía separar los ojos de su amado.

Caitlin aceptó la ayuda del cochero para subir al coche y se instaló en el asiento delantero. No había terminado aún de acomodarse cuando se abrió la puerta del vehículo y subieron no una, sino dos personas.

—He decidido acompañarlas hasta su casa —anunció Oswyn—. Allí nos despediremos.

El coche se puso en camino, traqueteando colina abajo. La visión de los edificios de las afueras de Fenimore Hill sirvió para que los jóvenes se hiciesen a la idea de la magnitud de la tormenta.

La calle principal del pueblo estaba encharcada, y la gente se afanaba sacando barro de la planta baja de hogares y establos. Aunque iban apurados de tiempo, Judith le pidió al cochero que diese un rodeo. En los alrededores no había un vehículo tan lujoso y con las ruedas tan grandes como el del coronel.

—No te preocupes por el coche, querida —dijo Oswyn.

—Me preocupa tu apellido —replicó la joven, saludando a la gente por la ventanilla—. No me apetece que el coche de tu familia salpique a nuestros vecinos.

Caitlin miró a su hermana con sorpresa, admirada por su sagacidad. Oswyn también se deshizo en halagos, afirmando que Judith había nacido para casarse con un lord.

Cuando llegaron a la casa de los Bailey, el coche enviado por los Herrington para recogerlas llevaba un rato esperando.

La señora Bailey estaba al borde de un ataque de nervios. Viendo que sus hijas se retrasaban, había empezado a preparar el equipaje con más velocidad que acierto.

—¡No me parece bien que viajen solas a Bath después de esta tormenta! ¡Podría haber algún árbol bloqueando el camino, y entonces tendrían que dar un rodeo! —Habla en voz alta mientras se movía de un lado para otro. Al señor Bailey lo había enviado al salón para que no estorbase, pero no se atrevía a hacer lo mismo con el prometido de su hija; no tenía esa confianza—. Disculpa, querido. Sí, otra vez voy escaleras abajo.

Sombrero a la espalda, Oswyn Tutton no sabía dónde ponerse. Siendo una casa muy pequeña, el joven parecía estar siempre bloqueando el ir y venir de las mujeres que se afanaban a su alrededor. Cariacontecido, y queriendo resaltar delante de su prometida, se atrevió a decir:

—Yo las acompañaré.

—¿Tú? —dijo Judith, asomando la cabeza desde su dormitorio.

—¿Usted? —preguntó también la señora Bailey, mordiéndose el labio—. Pero ya las ha traído hasta aquí. Además, su abuelo no lo aprobaría.

—Insisto —dijo Oswyn, que siempre se envalentonaba en la ausencia del coronel.

Al cabo de una hora, cuando llegó el momento de partir, la señora Bailey dudaba sobre si debía o no ser ella la que acompañase a sus hijas. Su marido la abrazó con cariño, tratando de calmar sus temores.

—Estarán bien —dijo—. El señor Tutton se ha ofrecido a acompañarlas. Además, ¿cómo vas a ir tú con ellas? ¿Qué haría yo sin ti?

La mujer se mordió el labio, desgarrada entre su devoción a su marido y a sus hijas.

—Sea —dijo al fin—, pero tened mucho cuidado. Mandad una nota cuando lleguéis. Con un par de líneas bastará.

Sonrientes, los jóvenes se despidieron y subieron al coche de los Tutton.



Cuando se hubieron alejado, siguiendo en todo momento al coche de los Herrington, Caitlin se cambió de sitio para que su hermana y Oswyn se sentasen juntos, tal y como habían hecho durante el trayecto anterior.

Los prometidos no dijeron gran cosa durante el viaje, pero las miradas hablaban por sí solas.

Horas más tarde, los dos coches entraron en Bath y se dirigieron a Queen Square. Los Herrington se alegraron mucho al conocer al señor Tutton, de quién tanto habían oído hablar a través de Caitlin. El caballero accedió a pasar y tomar un poco de té, pero nada más.

—¿No se queda a comer? —preguntó la señora Herrington, feliz de tener a tantos jóvenes reunidos bajo su techo.

Oswyn Tutton tuvo que declinar el ofrecimiento. Cada vez le pesaba más el haberse empeñado en venir. Ya no se sentía tan valiente como a primera hora de la mañana. La perspectiva de regresar y enfrentarse a su abuelo en solitario se le antojaba más funesta a cada minuto que pasaba.

Las hermanas Bailey salieron a despedirle. Después de que el coche partiese, Caitlin abrazó a Judith y la condujo de vuelta al salón. Los Herrington sonrieron al ver que la mayor de las hermanas tenía los ojos brillantes. Se había emocionado al ver alejarse a su prometido.

—Te enseñaré el cuarto que he mandado preparar para ti —dijo la señora Herrington, levantándose.

Judith asintió, mirando a su alrededor con nuevos ojos. Ahora que Oswyn se había ido, pequeños detalles en los que antes no había reparado le llamaron la atención. Cada adorno y cada rincón despertaban en ella memorias de su infancia.

—Lo recuerdo todo mucho más grande —confesó, y su desparpajo le arrancó una risa al señor y a la señora Herrington—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que estuve aquí?

—Demasiado —contestó el señor Herrington, afectuoso—. Caitlin, olvide decirte que he comprado más libros, anticipando tu llegada y la de tu hermana.

Caitlin se sonrojó.

—No tenía por qué molestarse —dijo—. Tiene usted más libros de los que podría leer en toda una vida.

—Querida niña —replicó el anciano—. Tratándose de ti, permíteme que lo ponga en duda.

Se escucharon golpes en la puerta. Judith y la señora Herrington, que ya subían las escaleras, hicieron un alto en el rellano.

—¿Será Oswyn? —murmuró Judith, secretamente entusiasmada. Una parte de ella quería que su prometido entrase por la puerta y le dijese que la idea de no volverla a ver durante dos semanas le era imposible.

Tras llamar a la puerta del salón, entró un criado. Este portaba una bandeja en la que había un sobre y un abrecartas.

—Carta para los señores —anunció.

El señor Herrington tomó el sobre y lo abrió. Caitlin se fijó en cómo le temblaban las manos al anciano. Cabía la posibilidad de que el mensaje trajese noticias sobre el paradero de Linda.

—¿Querido? —gritó la señora Herrington, esperanzada.

—¡Un instante! —El anciano sacó la hoja y leyó las primeras líneas con avidez—. El que escribe es un doctor de Speenhamland.

Los demás contuvieron el aliento, intrigados.

—Dios santo —farfulló el señor Herrington, dejándose caer en el sillón—. Se trata de Derek: sufrió un percance durante la tormenta.

## Un incidente desafortunado

La noticia causó una gran conmoción en la casa de Queen Square. Las desgracias se acumulaban sobre la familia Herrington: primero la fuga de su hija, y ahora el accidente sufrido por su sobrino.

La carta era del médico que atendía al herido. Derek Mallory estaba sedado y solo había sabido dar la dirección y señas de sus tíos en Bath. Aquello conmovió a la señora Herrington, que se obcecó en la idea de que su sobrino debía ser trasladado a Bath para su recuperación.

—¡Tienes que traerlo! ¡Tiene que estar aquí, con su familia!

El señor Herrington hizo una mueca.

—Querida, piensa en lo que estás diciendo —dijo con impaciencia—. Speenhamland está junto a Newbury. Eso es casi tan cerca de Bath como de Londres, y Derek aún tiene que resolver ese asunto sobre la herencia de su tío.

—Pero ¿qué direcciones le dio tu sobrino al médico? ¿De quién se acordó en un momento de necesidad?

Caitlin y Judith les contemplaban desde el vestíbulo, acongojadas.

—Derek también tiene familia en Londres —protestó el señor Herrington.

—¿No te estarás refiriendo a ese tío avinagrado? —contraatacó la anciana.

El señor Herrington meneó la cabeza, antes de calarse el sombrero. La puerta se abrió, dando paso al cochero. Todo estaba listo para partir. Una llovizna fina se derramaba sobre Bath.

—Veremos que se puede hacer —rezongó el señor Herrington antes de salir—. ¡Pero no te hagas ilusiones!

La puerta se cerró con fuerza.

—Quizá deberíamos regresar a Fenimore Hill —sugirió Caitlin—. Lo prioritario ahora es que se ocupen de su sobrino. Nosotras no haríamos más que estorbar.

El comentario pareció espantar a la señora Herrington

—¡Se lo ruego, no me abandonen en un momento como este! —La anciana huyó al salón— ¡Mi corazón no lo soportaría!

Judith le lanzó a su hermana una mirada de reproche. Estaban solas en el vestíbulo.

—¿Cómo puedes sugerir una cosa así? No podemos marcharnos en un momento como este. Ahora es cuando más nos necesitan.

—¿Y qué pasa conmigo? —gimió Caitlin—. ¿Qué pasa con mis necesidades? Vine aquí a descansar y a recuperarme.

—¿Y qué mejor ambiente para ello? —Judith no podía entenderlo—. El señor Mallory también está convaleciente, así que no habrá nada de bailes ni reuniones. Incluso podréis hacerlos compañía el uno al otro cuando me vaya.

Caitlin palideció. Por muy debilitado que estuviese Derek Mallory, no se sentía con fuerzas para enfrentarse a él.

—Tú, que acabas de pasar por algo parecido —dijo Judith en tono acusador—. Tú, que has necesitado cuidados y atenciones. ¿Es que no quieres ayudar a alguien en una posición similar?

Caitlin tragó saliva y miró de reojo hacia el salón. La señora Herrington se había sentado y estaba abanicándose con el periódico del día.

—Escucha, hagamos un trato —dijo Judith—. Nos quedaremos solo hasta que traigan al señor Mallory. Ayudaremos a la señora Herrington a acomodar a su sobrino y nos iremos al día siguiente.

—¿Ni un día más?

—Eso es. Newbury está a un día de distancia, pero cabe la posibilidad de que el herido no pueda ser trasladado inmediatamente. Entre una cosa y otra, lo más probable es que tarden tres días o más en regresar. Eso si el señor Herrington decide al fin traer a su sobrino. Piensa en todas las cosas que podrías hacer en ese tiempo: ir a los baños, leer un libro de los que te ha comprado el señor Herrington con toda su mejor intención.

Caitlin alzó las manos.

—Está bien —dijo, claudicando—. Solo hasta que traigan al señor Mallory.

Los siguientes tres días transcurrieron tal y cómo los había descrito Judith. Caitlin repartió su tiempo entre baños y lecturas, sin olvidarse de dar conversación y consolar a la señora Herrington. Solo echaba de menos la escritura.

Una vez, después de redactar una carta para sus padres, intentó escribir unas líneas para ella misma. Pensó que plasmar sus pensamientos en el papel la ayudaría, pero le acosaba el recuerdo del terrible error que había cometido al redactar aquella otra carta que terminó en las manos de Derek Mallory. Estaba bloqueada.

Judith se dedicó a lo que mejor sabía: brillar con luz propia. A pesar de lo dicho sobre reuniones y bailes, no faltaron en la casa de Queen Square las visitas. Habiendo pasado ya un tiempo prudencial, vecinos y amigos se

acercaron a los Herrington para expresar su apoyo y preocupación.

En dichos encuentros, Judith llevó la iniciativa con habilidad. Gracias a ella, las visitas se encadenaron. Pronto corrió la voz de que había en la gran casa de Queen Square una joven muy hermosa y desconocida para la sociedad de Bath; aun tratándose de una pueblerina de escasa dote.

La sonrisa de Judith llegó a sugestionar a varios caballeros, que se convencieron de que el compromiso de la joven con un tal Oswyn Tutton no era más que una excusa para guardar las formas mientras se resolvían los problemas en casa de los Herrington.

—¿No es maravilloso que tanta gente venga a visitar a la señora Herrington? —le comentó Judith a su hermana después de una velada en compañía de los Thomson y el hijo de estos.

La señora Herrington dormitaba en el sillón desde hacía más de diez minutos. Las dos hermanas se habían levantado para acompañar a los invitados a la puerta; era lo menos que podían hacer, dada la indisposición de la anfitriona.

«Es su dinero lo que estima la gente», pensó Caitlin, mirando a su hermana de reojo. «¿Es que no te das cuenta? ¿No ves por qué acuden tantas visitas?»

—Me parece lamentable que sus hijos no vengan nunca a verles —dijo Judith, apoyando la espalda en la puerta. Ahora que la casa se había vaciado, la voz de la joven levantaba ecos en el vestíbulo—. Bristol no está tan lejos.

Caitlin esquivó los ojos de su hermana y se dirigió al salón. No quería discutir con ella, y mucho menos contarle la verdad. El buen humor de Judith era lo único que mantenía a flote los ánimos de la señora Herrington.

Al día siguiente llegó carta desde Speenhamland. Era del señor Herrington, anunciando que había llegado a su destino. Junto con su sobrino, se estaba alojando en George y el Pelicano, una posada muy frecuentada por aquellos viajaban a Londres desde el oeste del país. Al final, el anciano se había plegado a los deseos de su esposa: llevaría a Derek a Bath.

—Aún tardaran dos o tres días en regresar —dijo la anciana, sin percatarse de la expresión de ansiedad en el rostro de Caitlin—. Viajaran despacio debido a una lesión en la pierna de Derek. El viaje de regreso debe ser lo más tranquilo posible. Así lo ha prescrito el doctor local.

Las visitas siguieron sucediéndose en la casa de Queen Square. En ellas, la señora Herrington hizo saber a todos lo mucho que le entusiasma la idea de volver a acoger a su sobrino bajo su techo. Diríase que se había olvidado de su hija fugada, ahora que su sobrino estaba en camino.

Todas las noches, Caitlin le hacía a su hermana la misma pregunta.

—¿No te parece extraño que no hayas recibido carta de Oswyn?

—Ya llegará —contestaba Judith con despreocupación.

Pero quienes llegaron fueron el señor Herrington y un debilitado Derek Mallory, pasados los tres días. Aparecieron a última hora de la tarde, varias horas después de lo que esperaban.

Caitlin no quería, pero miró hacia las escaleras mientras subían al caballero. Hizo falta la fuerza de varios hombres para trasladar al herido a su dormitorio. Derek Mallory lucía pálido y desmejorado. Su mirada se cruzó durante un instante con la de Caitlin. Hubo un destello de reconocimiento en sus pupilas, y luego cerró los párpados y perdió el conocimiento.

Una hora después, una criada regresó a casa en compañía del doctor Stevenson. Caitlin le conocía de otras veces.

Después de examinar al herido, el médico bajo al salón para informar a la familia.

—Tiene una pierna muy lastimada —dijo el doctor, pero eso ya lo sabían—. El vendaje que trae está muy bien hecho. Esperaremos a ver como evoluciona.

—¿Podemos hablar con él? —preguntó la señora Herrington.

—Quizá mañana. El viaje no le ha sentado del todo bien. Yo mismo no hubiese aconsejado moverle hasta pasada otra semana, y por eso le he administrado láudano para que duerma. Creo que ya se lo comenté al señor Herrington: el reposo es vital en esta etapa de la recuperación. Si evoluciona favorablemente, y estoy convencido de que lo hará, ya hablaremos de dar paseos cortos por la casa con la ayuda de unas muletas.

El señor Herrington acompañó al doctor a la puerta. A su regreso, se dirigió a las hermanas.

—Volveré a hacer uso del coche mañana. Pero no os preocupéis, alquilaré otro vehículo para que os lleve a Fenimore Hill.

La señora Herrington dio un respingo.

—¿Te marchas de nuevo?

—Debo hacerlo. En Speenhamland coincidí con uno de mis contactos en Londres. Venía para avisarme de una nueva pista sobre el paradero de Linda.

La anciana recibió aquellas noticias con sentimientos encontrados. Por su expresión, era obvio que no esperaba quedarse sola y al cargo de la recuperación de su sobrino.

—Está decidido —dijo el señor Herrington, atajando cualquier protesta—.

Mañana saldré a primera hora y mandaré un coche para que recoja a las niñas. Te mandaré una carta todos los días. El doctor Stevenson se pasará por casa todo lo que sea posible, y espero que me mantengas al tanto del estado de Derek. Tienes que ocuparte de nuestro sobrino. Sé que puedes hacerlo, porque no es la tarea más adecuada para dos jóvenes, y creo que sus padres estarían de acuerdo conmigo.

La señora Herrington apretó los labios y desvió la mirada. Su marido tuvo que conformarse con eso.

A la mañana siguiente, todos se levantaron temprano para acompañar al señor Herrington en el desayuno. Cuando llegó el momento de la despedida, Caitlin le deseó suerte al anciano de todo corazón. Judith imitó a su hermana, más efusiva, y la señora Herrington abrazó a su marido antes de que se separasen.

Cuando se cerró la puerta, las tres mujeres se acomodaron en el salón. Ahora solo quedaba esperar a que llegase el coche que recogería a las jóvenes.

A los pocos minutos, una criada bajó las escaleras con una noticia sorprendente.

—El señor Mallory está despierto... y ha pedido ver a la señorita Caitlin.

## 13

### El acuerdo

La petición de Derek Mallory para ver a Caitlin no molestó a la señora Herrington. Le pareció una idea estupenda.

¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¿Cómo no lo había visto el señor Herrington? Caitlin acababa de pasar por algo parecido. Una enfermedad la había obligado a permanecer en cama tal y como ahora lo estaba Derek.

Además, si el destino era propicio, cabía la posibilidad de que su protegida pasase a formar parte de la familia con todas las de la ley. ¿Y no sería esa una forma estupenda de reparar la mala decisión de la madre de Caitlin al casarse con un hombre cariñoso pero pobre? ¿Por qué tenían que pagar los hijos por los pecados de sus padres?

—Serás algo así como una intérprete —dijo la señora Herrington, y se sintió muy orgullosa de la metáfora—. Alguien capaz de entender el lenguaje de su dolor. Cuando mi George fue atacado por un sabueso, siendo un niño, le ayudó mucho pasar tiempo con el hijo de los Holford, que había sufrido una experiencia similar.

Caitlin no le escuchaba. No podía creer lo que estaba sucediendo. En un abrir y cerrar de ojos, estaba siendo arrastrada escaleras arriba entre su hermana y la anciana. Apenas si acertaba a poner un pie delante del otro para no irse de bruces.

—Espera aquí —dijo la anciana cuando llegaron al pasillo, soltándole la mano a Caitlin—. Me aseguraré de que Derek esté visible.

Caitlin asintió con la cabeza, sintiendo que se le iba a salir el corazón por la boca. Se aferró con fuerza a su hermana, que le devolvió el apretón. Estaba oscuro, pero le pareció detectar una sonrisa en los labios de Judith.

¿Cómo se podía tener tan mala suerte? Caitlin se sentía como un reo camino del patíbulo. Lo más probable es que Derek Mallory descargase contra ella todo el dolor y la vergüenza que le había ocasionado el accidente. Bastante esfuerzo le había costado tratar de olvidar los detalles de su último encuentro; el recuerdo de sus palabras hirientes y su mirada cruel no se habían desvanecido por completo de su mente.

—Pasa, querida. —El rostro de la señora Herrington se asomó por la puerta.

Caitlin se separó de su hermana y entró en la habitación. Las cortinas



estaban echadas y una única vela iluminaba la estancia.

Tumbado bocarriba, el caballero tenía el rostro ladeado hacia la pared del fondo, hacia la mesilla. La llama arrancaba destellos dorados en su pelo. Un juego de luces y sombras bailaba en su rostro.

—Derek, cielo. —La señora Herrington se sentó en una de las dos sillas junto a la cama, la que estaba más próxima al cabecero. Caitlin ocupó la otra, lanzando miradas esquivas al hombre que se hallaba tendido en la cama y excesivamente arropado—. ¿Cómo te encuentras?

Derek siguió inmóvil y en silencio. La intimidad de la escena espoleó la imaginación de Caitlin, eso y la aparente docilidad del caballero.

¿Y si Derek Mallory no tenía intención de torturarla de nuevo? ¿Y si había cambiado de parecer con respecto a ella antes o después del accidente?

Caitlin se descubrió pensando en las cartas que había recibido mientras estaba enferma. Cartas escritas tras un seudónimo, tal y como ella hacía con sus novelas. Aún recordaba el último mensaje, una frase críptica cuanto menos:

«Lamento lo que hice. Le ruego disculpe mi intromisión en sus asuntos».

Derek Mallory se aclaró la garganta. No volvió el rostro, pero su voz estaba cargada de emoción y vergüenza. Sus primeras palabras fueron de agradecimiento, para con sus tíos, y luego se disculpó por añadir otra carga a los pesares de la familia.

—¿Se sabe algo de mi prima?

—Aún nada —dijo la señora Herrington—. Pero no dejes que eso te aflija. Tu tío partió hacia Londres esta misma mañana. Tenemos otra pista sobre el paradero de Linda.

Derek asintió con lentitud. Su pecho se alzó bajo las sábanas cuando tomó aire.

—Tengo una petición, y sé qué puede sonar inusual, así que lo entenderé si es desestimada.

—¡Bobadas! —exclamó la anciana con ligereza—. Pide lo que quieras.

—Me gustaría hablar un momento a solas con la señorita Caitlin. Este accidente me ha hecho plantearme muchas cosas, pensamientos que me turban mientras me veo obligado a guardar cama bajo la amenaza de unas posibles secuelas. El doctor dijo que mi movilidad podría verse mermada.

La señora Herrington se levantó, lanzándole a su protegida una sonrisa de triunfo. Su teoría sobre la utilidad de Caitlin en calidad de «intérprete» acababa de verse confirmada.

—Entonces, os dejaré a solas unos minutos. —La anciana retrocedió sin dejar de sonreír—. Solo unos minutos. Estaré justo al otro lado, en el pasillo.

La puerta se cerró, antojándosele a Caitlin como el chasquido de un candado. Como si le hubiesen encerrado con un animal salvaje. Derek Mallory estaba herido y debilitado, pero la joven sintió que se le aceleraba el pulso.

Aquello nunca habría sucedido de haberse encontrado en casa el señor Herrington. Caitlin se habría negado a quedarse a solas con aquel hombre de no verse comprometido el secreto de su seudónimo.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó el caballero.

Caitlin alzó la mirada, entre horrorizada e incrédula. El tono en que había sido formulada la pregunta fue un anticipo de la transformación. El hombre dócil y compasivo que había creído entrever jamás había existido.

La realización llegó como el rayo: todo había sido una pantomima. Derek Mallory no iba a disculparse, porque no estaba arrepentido en absoluto. El hombre que tenía delante era muy parecido al que la había chantajeado sin piedad. La estratagema de las cartas con seudónimo no había sido más que otra forma de castigarla por el despecho que sentía el caballero a causa de la negativa de Caitlin a aceptar su proposición.

—Apuesto a que soñaba con esto. —Derek Mallory se apretó contra el colchón, buscando una postura más cómoda. Su voz destilaba amargura en estado puro—. ¿Se alegró cuando oyó la noticia de mi desgracia? Conteste, señorita Bailey. ¿Cuando escuchó la noticia de mi accidente, le faltó tiempo para venir a Bath a compadecerse de mí?

Caitlin se estremeció, sintiendo que algo le abrasaba por dentro. Era más que indignación. Dolía y embriagaba al mismo tiempo. Algo dentro de ella se proyectó hacia fuera y chocó contra el muro que constituía su propio carácter, apocado y retraído por naturaleza.

—Vine para recuperarme de mi enfermedad —murmuró—. Llevó aquí más de una semana, en compañía de mi hermana. Después de que usted se marchase a Londres, sus tíos vinieron a verme en busca de noticias y consuelo. Se sentían solos después de su marcha. Fueron ellos los que me ofrecieron la posibilidad de venir para descansar y acudir a los baños.

Derek Mallory rio entre dientes, desviando la mirada al techo.

—¿Por qué habría de creerla? Toda su persona y sus escritos están rodeados de mentiras.

—Porque ni el placer de verlo sufrir me haría querer estar bajo el mismo techo que usted.

La llama de la vela se agitó, como sacudida por una corriente invisible.

Caitlin se arrepintió de sus palabras. Era horrible lo que había dicho. Habría querido retractarse, pero lo que vio causó en ella una honda impresión.

Una expresión de dolor cruzó el rostro del caballero. Un ramalazo intenso y fugaz. Caitlin jamás habría creído posible que sus palabras pudieran tener ese efecto sobre una persona; mucho menos sobre Derek Mallory.

—Ya veo —dijo el caballero, hablando con dificultad. Todo el color había abandonado su rostro—. ¿Y cuándo tenía pensado marcharse?

—Hoy —contestó Caitlin con un hilo de voz—, cuando usted llegase. Señor, le prometo que nunca pretendí...

—Cancélelo.

Un presentimiento hizo encogerse a Caitlin.

«No será capaz», pensó. Pero se equivocaba.

—¿De qué está hablando?

—Las condiciones de nuestro acuerdo han cambiado, señorita Bailey. Permanecerá aquí hasta que me haya recuperado. De lo contrario, revelaré su secreto.

Caitlin sintió que el mundo se tambaleaba bajo sus pies. Un pensamiento como una oración acudió en su ayuda:

«Solo hasta la boda de Judith. Hasta la boda de Judith, ni un día más».

—¿Puedo marcharme ya, señor?

Las manos del caballero se transformaron en puños sobre el cobertor. El mero hecho de contestar pareció suponerle un esfuerzo titánico.

—Váyase, pero está advertida. Las condiciones han cambiado.

Caitlin abandonó el cuarto con el corazón encogido. ¿Hasta dónde llegaría Derek Mallory con tal de seguir castigándola? La incógnita espoleó su imaginación, sus peores temores, pero otra pregunta más acuciante y perturbadora yacía bajo la primera.

¿Hasta dónde estaría dispuesta a llegar ella con tal de preservar su secreto?

## Todo se complica

*Las condiciones han cambiado.*

La advertencia de Derek Mallory persiguió a Caitlin durante los días siguientes. Al final se quedaron en casa de los Herrington.

¿Qué otra cosa podía hacer la joven? Derek la tenía atrapada gracias al secreto del seudónimo. La boda de su hermana Judith estaba demasiado cerca, así que no le quedó más remedio que hacer de tripas corazón. No podía permitirse un solo paso en falso.

A la mente le vino el recuerdo de la expresión de dolor en el rostro de Derek Mallory cuando le dijo aquellas duras palabras en la intimidad del dormitorio.

«Se trataba de orgullo», pensó Caitlin. «Nada más que orgullo herido. ¿Qué otra cosa podía importarle a aquel hombre?»

—Derek está mejor esta mañana —anunció la señora Herrington como lo había hecho el día anterior, y el anterior.

A diferencia del caballero, que pasaba dormido la mayor parte del tiempo debido al láudano, Caitlin no pegó ojo. ¿A qué esperaba Derek para mandarla llamar? ¿Qué sucedería la próxima vez que se encontrasen?

—¿Se puede saber que te ocurre? —acabó por preguntarle Judith una mañana. Se había dado cuenta de que su hermana brincaba cada vez que un criado entraba en el salón.

—No es nada —contestó—. No he pasado una buena noche.

—Pues yo te veo un pelín alterada —cuchicheó Judith—. ¿No será por el señor Mallory?

Caitlin enrojeció.

—¡Pues... pues claro que no! Es solo que todo este asunto del accidente me ha afectado más de lo que esperaba.

La sonrisa de Judith se hizo más amplia. Fue a decir algo más, pero la puerta del salón se abrió en ese momento.

—El doctor Stevenson —anunció el criado.

Aquel día, el médico pasó más tiempo del acostumbrado en la habitación del herido. Cuando bajó al salón, la señora Herrington estaba tan impaciente que se levantó y le abordó al pie de la escalera.

—¿Cómo se encuentra, doctor? —preguntó.

Caitlin bajó el libro que estaba leyendo y se asomó sobre las páginas. Pero al ver la sonrisa de su hermana Judith, volvió a cubrirse el rostro.

—Todo marcha perfectamente —dijo el médico—. La recuperación sigue su curso. Es más: me ha parecido detectar en él una nueva determinación. Sin duda, el estar rodeado de familiares y amigos debe estar ayudándole.

—Mi hermana habló con él hace unos días —apuntó Judith—. El día después de que usted viniese por primera vez. Ella también acaba de salir de una convalecencia, y creímos que eso podría ayudar al señor Mallory.

Caitlin le lanzó una mirada a su hermana para que se callase. Luego, al sentir los ojos del médico posados sobre ella, se apresuró a mudar su expresión.

—Creo que es una idea estupenda —dijo el doctor—. Con la debida corrección y siempre que la señora Herrington de su consentimiento. He disminuido la dosis de láudano, así que el señor Mallory pasará más tiempo despierto a partir de ahora. Hablen con él, si les place. Distráiganle para que la recuperación le sea más llevadera.

—Estaremos más que encantadas —dijo la señora Herrington—. ¿Verdad, Caitlin?

«Solo hasta la boda de Judith. Hasta la boda de Judith, ni un día más», se prometió la joven mentalmente.

El doctor Stevenson se despidió y dio media vuelta, pero se lo pensó mejor.

—Lo olvidaba —dijo, sacando un sobre de uno de los bolsillos de su abrigo—. Viniendo de camino me crucé con un mensajero que traía esto para la señorita Judith.

La mayor de las hermanas se levantó para tomar la carta que le tendía el médico.

—Gracias, doctor —dijo, y regresó al diván.

Caitlin se inclinó para leer el remitente escrito en el sobre. Un suspiro manó de sus labios al leer el apellido: Tutton. Al fin. Quizá ahora podría concentrarse en la lectura, o eso creía.

—Qué extraño —dijo Judith, todavía sin abrir el sobre.

—¿Qué sucede, querida? —preguntó la señora Herrington.

—Esperaba que fuese de Oswyn... Pero es de su abuelo.

Judith rompió el lacre y devoró las líneas en silencio.

—¿Qué es? —inquirió Caitlin, incapaz de contenerse—. ¿Qué dice el coronel?

—Oswyn no se encuentra bien —balbució Judith—. Ha estado enfermo estas dos semanas, por eso no contestaba a mis cartas. El coronel dice que no es nada grave, pero hace alusión al estrés que le provocó el viaje cuando nos acompañó a Caitlin y a mí hasta Bath.

Caitlin y la señora Herrington se miraron con preocupación.

—También dice... —Judith tragó saliva—. Dice que llevará a Oswyn a Bournemouth, bajo recomendación del médico, por el aire del mar. Pero entonces ¿qué pasa con la boda?

Caitlin sufrió un escalofrió. Se repitió a sí misma que aquello era un contratiempo. Nada más que un contratiempo.

—¿Sabes qué, querida? —dijo la señora Herrington—. Yo creo que deberías ir a Bournemouth.

Caitlin secundó la propuesta de la anciana, aunque la idea de quedarse a solas en compañía de la señora Herrington y Derek Mallory no la seducía en absoluto.

—La señora Herrington tiene razón. Deberías ir a ver a Oswyn. La boda no debería retrasarse por segunda vez. Ya sabes lo que pasa cuando los noviazgos se alargan demasiado.

Judith se mordió el labio, releyendo la carta.

—Pero el coronel no me ofrece el ir a visitarles en ningún momento. ¿Cómo voy a presentarme en Bournemouth sin más?

—Los hombres rara vez piden lo que necesitan —dijo la señora Herrington, categórica—. Siempre nos toca a nosotras intuir esa clase de cosas.

Caitlin asintió con premura, mirando a su hermana a los ojos.

—Ahora más que nunca tienes que estar al lado de Oswyn.

Judith se estremeció. Se sentía preocupada, pero sobre todo estaba arrepentida. Ahora se daba cuenta de que no debería haberse marchado de Fenimore Hill a tan escasos días de la boda. Se había dejado llevar por un deseo infantil y egoísta.

—Iré a casa para hablar con nuestros padres. Luego partiré hacia Bournemouth.

## 15

### Trampas

Las primeras visitas a la habitación del paciente fueron inofensivas.

—¿Cómo te encuentras hoy? —Era el saludo habitual de la anciana. Seguido del cual, y sin esperar respuesta, siempre añadía un oportuno—: ¿Tú cómo le ves hoy, Caitlin?

—Mejor —era lo que siempre respondía Caitlin, sin cruzar su mirada con la del señor Mallory.

Las conversaciones en el dormitorio del paciente habían sido monólogos durante los últimos días. A la señora Herrington nunca le había empalagado el sonido de su propia voz. Recibir de los jóvenes monosílabos y palabras sueltas—en el mejor de los casos—, no le incomodaba en absoluto. Hicieron falta tres días, con sus mañanas y sus tardes, para obtener alguna recompensa a sus esfuerzos. Derek Mallory estaba a punto de hacer otra petición en apariencia inocua.

—¿Podría leerme algo, tía? —preguntó el caballero.

—Por supuesto, querido —contestó la señora Herrington—. ¿Qué libro te gustaría?

Caitlin tuvo que hacer un esfuerzo para no poner los ojos en blanco. Conocía de sobra los gustos del paciente: autores moralistas y filósofos. Estaba segura de que escogería cualquier sermón aburrido para fastidiarla.

Nada más lejos de la verdad.

De haberse atrevido a alzar la vista, la joven habría visto un brillo de astucia en los ojos del caballero.

—A decir verdad, preferiría el periódico. Llevo ya varios días en cama, y me gustaría saber que está sucediendo fuera de estas cuatro paredes.

—¡Por supuesto! —exclamó la señora Herrington—. Qué magnífica idea. Siento que no se me haya pasado por la cabeza antes, querido. Y creo recordar que mi marido dejó el último periódico que compró en el salón. ¿No te importa que no sea el de hoy? Desde que tu tío marchó a Londres, ninguna de nosotras ha seguido comprando el diario.

—No es problema —respondió Derek.

—Estupendo. Querida, ¿te importaría ir a por él?

—Ahora mismo —contestó Caitlin.

Bajando por las escaleras, la joven reflexionó sobre las auténticas

intenciones del señor Mallory.

Que ella recordase, por las pocas veces en que habían coincidido en el pasado, el caballero había manifestado de forma pública su desprecio por los diarios de toda clase. Para él, la prensa era un medio de comunicación banal y estrecho de miras. Nada que ver con los clásicos inmortales e intemporales. Así pues, ¿qué tramaba Derek Mallory con aquella petición?

De regreso a la habitación del paciente, Caitlin le tendió el periódico a la señora Herrington sin decir palabra.

—Gracias, querida.

La joven asintió, forzando una sonrisa mientras regresaba a su asiento. La curiosidad era como una campanilla tintineando en el fondo de su mente. Derek Mallory maquinaba algo, su intuición se lo decía.

—¿Quieres que te lea yo el periódico? —ofreció la señora Herrington, dirigiéndose a su sobrino.

—No querría que fuese de otro modo —contestó Derek, sonriente—. El doctor Stevenson lleva ya varios días reduciendo los calmantes. Pero me temo que mis sentidos están aún muy dormidos como para leer. No sabes cuánto te lo agradezco.

Henchida de orgullo, la señora Herrington comenzó la lectura con entusiasmo, y de cada noticia tenía algo que opinar. De cada hecho era capaz de extraer brillantes conclusiones de las que hacer partícipes a sus jóvenes e inexpertos acompañantes. Así pasó el tiempo.

Caitlin miró el cielo a través de la ventana. Por la posición del sol, dedujo que sería mediodía.

«Solo una hora más en el cuarto de torturas», pensó.

Las visitas al paciente nunca se prolongaban más de dos horas. El temor a cansar a Derek era lo que refrenaba a la señora Herrington, no la medida natural. De haber sido por ella, aquel día en concreto lo habría pasado leyéndole a su sobrino.

Pero había dos cosas que la anciana no había calculado antes de lanzarse a leer. En primer lugar, su vista, que ya no era la de antes. Y en segundo lugar, las letras del periódico, más pequeñas que las de las novelas y distribuidas en renglones más apretados entre sí.

Desde el principio, la idea del caballero era cansar los ojos de su tía, y la estratagema dio resultado.

Al día siguiente, cuando el señor Mallory repitió su petición para que le leyesen el periódico, la señora Herrington se detuvo a la media hora de haber



empezado. Fijar la vista por más tiempo le producía mareos y dolor de cabeza.

—Caitlin, ¿querrías leer tú? —pidió la anciana.

—¿Yo? Pero mi voz...

Antes de que pudiera reaccionar, la joven se encontró con el periódico en las manos.

—Gracias, querida —dijo la señora Herrington, buscando una posición más cómoda—. No sabes cómo echo de menos las veces en que tú y Linda os turnabais para leerme cuando erais niñas. ¿Cuál era el título de aquel libro, el primero que le regalamos a mi hija? ¿Emerald? ¿Emerson?

Reprimiendo un suspiro, Caitlin retomó la lectura por donde la había dejado la anciana. Su voz, aún rasposa y grave, la avergonzaba profundamente; pero aquello no pareció disgustar a ninguno de sus dos oyentes.

Al igual que sucediera antes, la señora Herrington no dejó de hacer comentarios sobre cada noticia. De todo tenía que dar su opinión.

—Ya estoy cansado del periódico —dijo el señor Mallory—. Ahora querría escuchar otra cosa. Una novela, si es posible.

—Faltaría más —contestó la anciana—. Como ya sabes, disponemos de una amplia biblioteca. Tu tío siempre está trayendo nuevos libros. ¿Tienes algún título en mente?

—La Colina de Drinkwater —pidió el caballero, cuya idea era que la señora Herrington dejase de interrumpir cada dos por tres—. Es una de mis novelas.

Resignada, Caitlin se levantó y fue a por el libro en cuestión. Aquel era el momento que tanto había estado temiendo: la hora del sermón. Estaba convencida de que no podría permanecer despierta por mucho tiempo si se prolongaba una lectura como aquella.

Ya en el pasado, y por petición expresa de la señora Herrington, Caitlin y Linda había tenido que soportar un capítulo entero de una de las novelas del señor Mallory. Párrafos y más párrafos, páginas y más páginas escritas no para ser leídas, sino para ser recitadas o declamadas.

Y no obstante, no entraba en los planes de Derek que la señorita Bailey se quedase dormida. Tratándose de una obra de lenguaje culto, llena de abstracciones literarias y de metáforas, la señora Herrington apenas podía intervenir para comentar tal o cual idea.

Bastante orgullosa se sintió Caitlin de poder seguir el hilo de la narración. Estuviese o no de acuerdo con las ideas que se exponían en la novela, la forma

de expresarlas era brillante; hasta ahí podía alabar la habilidad de su enemigo. Pero el mensaje era de un rancio insoportable.

Sin previo aviso, un ronquido sobresaltó a la joven. La señora Herrington dormitaba plácidamente con la mejilla apoyada en la palma de la mano. Aquel era el momento que tanto había esperado Derek Mallory.

—Disculpe —interrumpió el caballero—. ¿Podría repetir eso último?

—¿Perdón? —dijo Caitlin.

—No he oído la última frase. Será por los ronquidos de mi tía.

Indulgente, la joven consintió en volver a leer la última línea. No sospechaba que la situación volvería a repetirse.

—Disculpe otra vez —se excusó el caballero. No habían pasado ni dos minutos desde la vez anterior—. ¿Os importaría repetir esa última línea?

Haciendo acopio de paciencia, Caitlin le releyó un par de frases más. Por alguna extraña razón, el caballero siempre se perdía en párrafos relacionados con su particular versión del amor.

—Casi no os oigo desde aquí —dijo el señor Mallory—. Tal vez, si hablastes un poco más alto...

Caitlin bajó el rostro para ocultar el rubor de sus mejillas.

—No puedo hablar más alto. Por favor, el doctor me recomendó que no forzase la voz.

Fingiéndose inocente, a pesar de que lo tenía todo planeado, Derek Mallory desvió la vista hacia la ventana. Una sonrisa se abrió paso en sus labios.

—Entonces deberías sentarte más cerca —replicó con suavidad.

Caitlin estrujó el libro, preguntándose cómo podía un hombre ser tan cruel, tan taimado, y al mismo tiempo parecer tan encantador. No le parecía justo. No lo era en absoluto.

## Por el placer de discutir

Las sesiones de literatura continuaron, cada vez más largas a medida que la voz de Caitlin iba ganando fuerza. La joven leía, el señor Mallory hacía observaciones y la señora Herrington dormitaba en su butaca.

Las discusiones no se hicieron de esperar; disputas de lo más peculiares porque se producían en distancias cortas y a media voz.

Al principio, y acorde con su forma de ser, Caitlin hacía todo lo posible por evadir cualquier conflicto. Se guardaba sus opiniones para sí misma y solo en caso de tener que contestar, por insistencia del señor Mallory, respondía con monosílabos.

Después, la cosa fue a peor. Aunque quizá no fuese esa la palabra más adecuada.

Derek Mallory parecía deleitarse obligando a la joven a leer obras que se oponían a la concepción que ella tenía del mundo y la sociedad. A Caitlin cada vez le costaba más ocultar la indignación o el desagrado que le provocaban aquellas lecciones encubiertas. Por si fuera poco, el señor Mallory estaba muy pendiente de las expresiones que se translucían en el rostro de ella a medida que leía. De continuo le cuestionaba cada vez que la joven hacía una mueca o sonreía de forma irónica en mitad o al final de una frase.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó el caballero, durante una de esas sesiones—. No, no sigáis leyendo. Por favor, decidme lo que opináis de esa idea. ¿Rechazáis la forma en que ha sido expresado, o solo el contenido?

Caitlin bufó por lo bajo. La mayoría de los libros que le obligaba a leer habían sido escritos por él, Derek Mallory. Como todos los escritores, el caballero era picajoso a la hora de encajar críticas. No obstante, Caitlin tenía la impresión de que no era esa la razón por la que él le cuestionaba cada dos por tres.

—Ya habéis expuesto ese razonamiento en varias novelas —dijo Caitlin—. Al principio, como una hipótesis. Pero aquí os referís a ello como a una verdad universal.

Derek Mallory se incorporó un poco y se apoyó sobre un codo.

—¿Acaso no estáis de acuerdo?

—¿Cómo podría, señor? —contrató, con un matiz de sarcasmo en su voz.

—El romanticismo actual se basa en el ideal del amor cortés, un concepto que se originó en la Provenza durante el siglo once con ciertos toques místicos y platónicos. ¿Me seguís?

—Le escucho —corrigió Caitlin—. Pero estoy muy lejos de seguirle.

—El amor cortés solía darse entre la aristocracia y tenía un origen secreto. La aristocracia simboliza al pueblo o la comunidad elegida. Y el secreto se refiere a la persecución religiosa de que fueron objeto los cristianos desde la Roma de Nerón. La simbología es muy simple, pero os diré más. En la pareja, la Dama siempre pertenecía a una elite. Ella es el ser superior, un compendio de virtudes físicas y morales, pero distante.

—Creo que ya entiendo —ironizó Caitlin—. Debió ser ese concepto del amor el que os empujó a declararos en la forma que lo hicisteis. Sin apenas haber cruzado palabra conmigo con anterioridad, y habiéndome atribuido virtudes que ni siquiera yo sabía que tenía. ¿Qué diréis a eso, señor Mallory?

Ahora fue ella la que sacó de sus casillas al caballero. Derek Mallory abrió la boca para contestar, pero Caitlin alzó las cejas, una expresión de reto en sus bellos ojos que pareció divertir y deleitar al caballero.

—En el amor cortes, este sentimiento es visto como un estado de gracia que ennoblece a quién lo practica.

—Así que no es un acto desinteresado y espontáneo —contraatacó Caitlin—. Es un medio para alcanzar ese estado sublime.

—¿No estaréis insinuando que el amor es un fin en sí mismo? Vamos, señorita Bailey. Sea sincera. Es como si un marino se enamorase de su propia embarcación, el vehículo que le transporta de un lado a otro.

—Y no obstante, el amor transporta a las personas a lugares donde nunca han estado.

Derek Mallory lanzó un bufido, echándose el cabello hacia atrás con los dedos de una mano. No era la primera vez que Caitlin veía ese gesto tan característico. Algo de lo que había dicho había tocado una fibra sensible en el caballero.

—¡Confunde usted amor y pasión! El amor es algo puro y hermoso, mientras que la pasión embrutece los sentidos y la perspectiva. Forma parte de nosotros, eso lo admito, pero como una materia prima que debe ser moldeada hacia algo más profundo y sensato.

—La sensatez es anatema de la pasión, señor. Nada de lo que me diga conseguirá hacerme cambiar de parecer.

—¡Por el amor de Dios! Las pasiones, en sí, no son condenables;

únicamente es preciso dominarlas<sup>[1]</sup>. ¿Qué sentido tiene sacarse el corazón y lanzarlo a la hoguera de una pasión desmedida? ¿Qué sentido tiene querer pasar el resto de tu vida con un espíritu afín, un cómplice en el crimen de amar sin reservas, cuando la llama que arde más intensamente es la que antes se consume?

Caitlin se quedó boquiabierta. Ni en un millar de años habría creído que Derek Mallory fuese capaz de poner tanto ardor en un alegato que tenía al amor como pieza angular. Malinterpretando su silencio, el caballero extendió el codo sobre el que se apoyaba y se dejó caer sobre los almohadones.

—No sé por qué me molesto —gruñó—. Las personas de baja extracción a menudo caen en la indulgencia de entender el amor como un medio para evadirse de una realidad que no pueden cambiar porque son demasiado ingenuos o incultos.

Caitlin se encogió, lastimada y enfurecida a partes iguales. El temor a esa clase de rechazo era lo que le había impulsado a ocultarse tras un seudónimo. Sintió dolor en la yema de los dedos. Los estaba clavando en la cubierta del libro que tenía entre manos. Al darse cuenta de esto, Derek Mallory intentó dar un paso atrás.

—Yo no...

La joven cerró el libro de golpe, haciendo que la señora Herrington se agitase en sueños. Alzó la mirada hacia el reloj de pared. La visita debería haber terminado hacía ya más de diez minutos. Caitlin no sabía que le enfurecía más: las insinuaciones hirientes del caballero o el hecho de que se hubiese entretenido hablando con él.

—Señorita Bailey.

Ignorándole, Caitlin extendió un brazo hacia la anciana, que dormitaba con la mejilla apoyada en la palma de la mano.

—Señora Herrington —murmuró.

—¡No! —siseó Derek—. Aún no hemos terminado esta discusión. Se lo advierto...

Caitlin estuvo a punto de amedrentarse. Pero el eco de las palabras del caballero resonaba en su cabeza.

—Señora —repitió, zarandeando a la anciana con suavidad. No quería pasar un minuto más en compañía de aquel hombre odioso.

—¡Oh, querida! —La señora Herrington abrió los ojos y parpadeó un par de veces—. Otra vez he dado una cabezadita. No sé cómo ha podido suceder de nuevo. Quizá debería mandar que revisasen la chimenea. Tú no tendrás

mucho sueño últimamente, ¿verdad, sobrino?

Derek Mallory apretó los labios, mordiéndose la lengua.

—¡Pero qué cosas digo! —exclamó la señora Herrington—. Si el doctor Stevenson te ha estado dando el láudano. ¿Y tú, querida? ¿Te sientes somnolienta?

La joven sacudió la cabeza, apretando el libro contra su pecho. Estaba tan alterada que salió del cuarto sin ofrecer su brazo a la anciana.

Caitlin apenas podría creer lo que había hecho. Una parte de ella se sentía exultante; realmente había desafiado al caballero.

Aquella noche, cuando se apagó el calor de la rebeldía, sintió miedo.

¿Y si Derek Mallory tomaba represalias de la peor forma? ¿Y si le arruinaba la boda a su hermana sacando a la luz el tema del seudónimo en un momento tan delicado?

A la mañana siguiente, Caitlin estaba tan atemorizada que cometió una locura: se saltó la sesión diaria de lectura. Cercana la hora acostumbrada, a pocos minutos de que sonase el reloj, sufrió un ataque de pánico y salió de casa.

Por espacio de una hora estuvo dando vueltas por las calles aledañas a Queen Square. Cuando regresó, la señora Herrington estaba tomando el té en el salón.

—¿Dónde estabas, querida? —preguntó la anciana—. Te busqué por todas las habitaciones, pero no hubo forma de dar contigo.

—Tenía ganas de pasear —balbució Caitlin, sujetando su taza con ambas manos. Había salido de casa sin el abrigo. Tenía tanto frío que apenas sentía la punta de los dedos.

—Oh, entiendo. Solo quería que supieses que te hemos echado de menos. Los dos.

Al día siguiente, a la misma hora, Caitlin sufrió otro ataque de pánico.

Había caído en un círculo vicioso sin darse cuenta. Con cada visita que se saltaba, se sentía con menos valor para afrontar la siguiente. No quería ni imaginar lo enfurecido que debía de estar Derek Mallory a aquellas alturas.

¿Qué voy a hacer?, se preguntaba una y otra vez. Su hermana Judith se había ido hacía ya una semana, y seguían sin recibir noticia de ella. Caitlin llegó a pensar en la posibilidad de que Derek Mallory hubiese enviado ya una carta al coronel Tutton.

La siguiente noche fue incluso peor que las dos anteriores. El temor causado por la incertidumbre dio origen a horribles pesadillas que acosaron a

Caitlin.

Lo peor fue cuando soñó que se levantaba, bajaba al salón de la casa de Queen Square y se encontraba reunidos a los miembros de las tres familias: los Bailey, los Tutton y los Herrington. Y todos la miraban con decepción.

Un golpe despertó a la joven en su cama. Solo quedaban dos horas para el amanecer. Asustada, Caitlin se levantó y abrió la puerta de su dormitorio.

Una criada pasaba por el pasillo en ese momento.

—¿Qué sucede? —preguntó Caitlin.

—Es el sobrino de la señora —cuchicheó la joven—. Intentó levantarse sin ayuda y ha sufrido otra caída. Dicen que está más intratable que nunca.

Caitlin cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella, temblando de la cabeza a los pies.

## 17

### Excusas

Caitlin no quería ni pensar en lo enfurecido que debía estar el señor Mallory por la caída. Estaba segura de que el caballero la culparía a ella por lo sucedido.

Decidida a no demorar lo inevitable, reunió el coraje necesario para acompañar a la señora Herrington a la habitación del herido.

—Derek, querido —saludó la anciana, entrando del brazo de su protegida—. Mira quién ha venido a verte hoy.

Por su tono, diríase que la anciana se estaba dirigiendo a un niño pequeño.

Caitlin entró con el miedo metido en el cuerpo. Daba por sentado que el caballero la atravesaría con la mirada nada más entrar, pero se equivocó. Con aquel mohín en los labios, cruzado de brazos y con la vista clavada en la ventana, Derek Mallory parecía un rey infantil. La venda alrededor de su frente y los rizos rubios creaban la ilusión de una corona.

Viéndole de tal guisa, Caitlin se arrepintió de no haber venido antes. Incluso reprimió una sonrisa.

—Estoy desolada —dijo la anciana, con auténtico pesar en su voz—. No sabes cuánto lo siento, querido Derek. Pensar que te hemos desatendido de tal manera que tuviste que levantarte a por algo que no habíamos previsto con antelación.

—Por favor, olvídalo —dijo el caballero, y parecía sincero. Sincero y abochornado. Sus ojos azules se desviaron fugazmente hacia Caitlin. En ellos, la joven creyó detectar un brillo acusador—. Tengo todo lo que podría necesitar —añadió de mala gana—. No ha sido culpa de nadie.

La señora Herrington sacudió la cabeza, inconsolable.

—Quizás fue un error el que me empeñase en traerte aquí. Tal vez, hubieras estado mejor atendido en tu casa de Londres, con tus criados.

Aquella insinuación lanzó una sombra de congoja sobre las facciones de Derek. Nada más lejos de su intención que causar pena y vergüenza a los familiares que tantas atenciones le habían dedicado. Pero había algo más. Una emoción que subyacía a las anteriores.

Temiendo una acusación, Caitlin bajó la mirada hacia sus manos, apoyadas en su regazo. Estaba segura de que el caballero le echaría en cara el haber instigado ese pensamiento en la señora Herrington: el de enviarle a él de



vuelta a su hogar en Londres.

En contra de lo esperado, Derek Mallory tragó saliva y se humedeció los labios. Guardó silencio mientras sus ojos se movían de un lado a otro sin mirar a nadie en particular.

—Si alguien tiene la culpa de todo esto, ese soy...

Llevada por un impulso irracional, Caitlin decidió salir en ayuda del caballero. Aun a sabiendas de que se arrepentiría por ello.

—¡Quizás el señor Mallory camina en sueños! —dijo, interrumpiendo a Derek.

Aquello sí que no se lo esperaba ninguno de los dos. Tía y sobrino miraron a Caitlin con perplejidad.

La joven no tenía la menor idea de si aquello era cierto o no. Había dicho lo primero que se le había pasado por la cabeza.

—¡Claro! —exclamó la señora Herrington, esperanzada. A la anciana le faltó tiempo para hacerse sus propias ideas, a pesar de que no tenía el más mínimo conocimiento sobre medicina—. ¡El láudano! Al principio, Derek no se movía por los calmantes que le administraba el doctor. Pero al ir reduciendo la dosis... ¿Cómo no se me pasó antes por la cabeza, sobrino? Una forma de evitar que te movieses sería atarte a la cama durante la noche. No sé me ocurre otra solución.

El caballero palideció. Caitlin se llevó una mano a la boca, ocultando una sonrisa irreprimible. Por alguna razón, la visión del señor Mallory maniatado de pies y manos a la cama le parecía extrañamente gratificante.

—Yo no... —La cabeza del caballero rebotó contra los almohadones. Un gruñido escapó de entre sus labios—. Está bien.

—¡Asunto resuelto! —La anciana dio palmas de contento—. No te preocupes, querido. Seremos muy discretas. Ven conmigo, Caitlin. Saldremos a comprar cuerda ahora mismo.

La joven se levantó, ofreciéndole el brazo a la anciana. Ni siquiera se despidieron del caballero.

Ya se cerraba la puerta cuando oyeron la voz del señor Mallory a sus espaldas.

—Señorita Bailey, ¿sería tan amable de devolver este libro a la biblioteca?

Caitlin se volvió con curiosidad. Recordaba haberse llevado el libro que le había leído la última vez.

Derek Mallory miró a la joven a los ojos mientras esta volvía sobre sus

pasos. Cuando ella trató de tomar el libro, lo retuvo entre sus dedos un segundo.

—Todo esto es culpa suya —susurró.

Una vez más, Caitlin hizo un esfuerzo para no sonreír.

—Sí, señor Mallory —dijo.

—Pero lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto, señor Mallory.

«¿Y ya está?», pensó Caitlin. «¿No más amenazas ni condiciones?»

—¡Querida! —llamó la señora Herrington desde el pasillo—. ¿Vienes o no?

La joven giró sobre sus talones y salió apresuradamente.

Tras bajar las escaleras, Caitlin se separó de la señora Herrington y fue a dejar el libro en la biblioteca. La cabeza le daba vueltas, así que no se percató de la novela que estaba devolviendo a la estantería: una de las que ella había escrito. Derek había estado leyendo una de las novelas de la Condesa de Clare.

De vuelta al salón, Caitlin vio al señor Herrington entrando desde el vestíbulo. Como era de esperar, la anciana se lanzó a los brazos de su marido. No hizo falta que fluyesen las palabras entre ellos; se conocían y se querían desde hacía muchos años. La anciana miró a los ojos de su marido, esperanzada, pero este meneó la cabeza.

La búsqueda de Linda no había dado resultado.

Una vez más, el señor Herrington volvía a casa sin noticias sobre el paradero de su hija. Enternecida, Caitlin también abrazó a aquel padre derrotado.

—Parece que se la hubiera tragado la tierra —dijo el anciano, dejándose conducir al sillón por las dos mujeres—. ¿Qué tal ha ido todo por aquí? ¿Cómo está mi sobrino?

La señora Herrington estuvo encantada de describirle a su marido los progresos que estaba haciendo Derek. A medida que desgranaba la narración de los hechos, destacó en varias ocasiones la ayuda que le estaba prestando su protegida.

—A Derek le encanta que le lea Caitlin —dijo la anciana—. Por supuesto, conmigo siempre presente en la habitación.

El señor Herrington sonrió con aprobación. No le importaba que los jóvenes trabasen amistad, pero ignoraba que la anciana se dedicaba a dormitar durante la mayor parte del tiempo.

—También yo recuerdo con cariño cuando ella y Linda nos leían a nosotros —dijo el anciano—. Solo eran unas niñas, pero cómo recitaban.

La señora Herrington apretó el brazo de su marido.

—¿Cuál era el título del libro? —preguntó—. Llevo toda la semana tratando de acordarme

—Emilio, O de la Educación —contestó el señor Herrington—. Fue el primer libro que compramos como un regalo conjunto para las dos niñas. Así fue como conseguimos que Linda se interesase por la lectura.

Caitlin frunció el ceño al escuchar el título de la novela. Se acordaba del libro. Es más, tenía la sensación de haberlo tenido entre sus manos recientemente, pero no recordaba cuándo ni dónde.

Un criado anunció la llegada del doctor Stevenson. El médico había recibido una nota aquella misma mañana en la que le informaban sobre la caída de Derek Mallory.

Caitlin siguió dándole vueltas al tema de la novela mencionada por el señor Herrington.

Entonces cayó en la cuenta: se trataba del libro que había recibido junto con las cartas que le había escrito Derek Mallory haciéndose pasar por un tal Dylan Hemstock.

¿Cómo era posible que el caballero supiese que Linda y ella solían leer el libro cuando eran niñas?

—Linda —murmuró de improviso, abriendo mucho los ojos.

Caitlin se cubrió la boca, ahogando una exclamación.

Linda. Dylan. Dylan... Linda.

## La verdad sale a la luz

—Tarda mucho el doctor —se extrañó la señora Herrington, mirando escaleras arriba—. Espero que Derek no se lastimase mucho con la caída de anoche.

Los minutos pasaron mientras el señor Herrington le hablaba a su esposa sobre las pesquisas que había hecho tratando de encontrar a su hija.

Entre tanto, Caitlin se mordía las uñas. Ardía en deseos de hablarle a los Herrington sobre las cartas que había recibido mientras estaba enferma. Si no era el señor Mallory quién se las había enviado, entonces tenía que tratarse de Linda.

—Ah, ¡ahí baja! —exclamó el señor Herrington, levantándose del sillón.

Caitlin también se incorporó, estrujándose las manos. La señora Herrington, que nada sabía de las sospechas de su protegida, interpretó favorablemente el nerviosismo de la joven.

—No tienen de que preocuparse —dijo el médico, refiriéndose a la caída de la noche anterior—. Salvo un pequeño corte en la frente, todo marcha perfectamente. La pierna se está curando bien. Mejor incluso de lo que esperaba. Si está de ánimos, debería probar a andar con muletas. Nada de paseos largos, no queremos que sobrecargue la articulación, pero hay que fortalecer esos músculos.

—¿Cuándo podría empezar? —preguntó el señor Herrington.

—Mañana mismo, si él quiere.

—Gracias por haber venido con tan poca antelación, doctor.

Cuando se fue el médico, Caitlin contempló la casa con nuevos ojos. Si el señor Mallory empezaba a caminar, ¿dónde podría esconderse de él? ¿Cómo le evitaría a partir de ahora?

Sacudiendo la cabeza, Caitlin apartó aquellos pensamientos. Era imperativo que resolviese el tema de las cartas. Si sus temores resultaban ser ciertos, podría darse la posibilidad de que tuviese una pista crucial sobre el paradero de Linda. Pero si Derek Mallory era el autor tras el seudónimo, despertar falsas esperanzas en los Herrington podría ser muy doloroso para ellos.

Caitlin pidió permiso para abandonar el salón con la excusa de tomar un libro que había dejado en su dormitorio.

Dos criadas, una joven y una anciana, estaban limpiando la habitación del herido. Derek Mallory se sorprendió al ver a la joven en su puerta.

—Señor, ¿le dice algo el nombre de Dylan Hemstock?

Derek Mallory frunció el ceño.

—¿Quién es ese Hemstock, y por qué no me has hablado de él?

Caitlin alzó las cejas, perpleja. Parecía imposible, pero el caballero había sonado como si estuviese celoso.

Por suerte o por desgracia, no tenía tiempo para entretenerse con tales consideraciones. Mirando de reojo a las criadas, Caitlin murmuró:

—Es muy importante. El destino de Linda podría estar en juego.

Derek Mallory torció el gesto. Parecía molesto, pero la preocupación también era patente en su rostro. Al final, se pasó la mano por el pelo, echándose hacia atrás.

—Es la primera vez que oigo ese nombre —respondió—. ¿Quién es él y que significa para usted?

Caitlin sonrió de oreja a oreja.

—Gracias, señor. ¡Muchas gracias!

La joven se marchó rauda, dejando al caballero con la palabra en la boca.

Ahora estaba segura: las cartas se las había enviado Linda para saber cómo estaba y que sentía con respecto a su decisión de fugarse. El libro que le había regalado, el que leyeron juntas de niñas, era la clave que Caitlin no había sabido desentrañar.

Antes de hablar con los Herrington, se recordó la necesidad de revisar las cartas cuando se las enviaran desde Fenimore Hill y antes de ponerlas en manos de los desconsolados padres. Que ella pudiera recordar, su identidad como la autora detrás del seudónimo de la Condesa de Clare se menciona de una forma muy sutil. Linda había sido muy cuidadosa al hacer alusión a ello.

—Señor Herrington, señora Herrington, creo que les debo una disculpa.

Los ancianos se miraron entre sí, atónitos.

—¿Por qué dices eso? —inquirió el señor Herrington.

Caitlin tomó asiento y procedió a desgranar todo el asunto de las cartas. Cuando terminó, la emoción que embargaba a los ancianos no se podía describir con palabras. Tan grande era su agitación, que la joven llegó a asustarse, temiendo que le llovieran reproches y acusaciones por su falta de visión.

—Mi querida Caitlin —exclamó la anciana, extendiendo sus brazos—. ¡Mi queridísima niña!

Aquella pista les había devuelto a los Herrington un rayo de esperanza.

—Ojalá pudiese hacer más —dijo Caitlin, avergonzada—. Ojalá no sea demasiado tarde y se haya enfriado el rastro. Ahora mismo voy a escribirles a mis padres para que nos manden esas cartas cuanto antes.

Emocionado, pero más racional que su esposa, el señor Herrington abordó una cuestión importante, algo que a Caitlin no se le había pasado por la cabeza.

—Pequeña, es cierto que podría tratarse de Linda. Todo parece apuntarlo, pero ¿y si no lo fuese?

—¡Tiene que ser Linda! —exclamó la señora Herrington—. Dylan... Linda, ¿Es que no lo ves, querido?

El señor Herrington tomó la mano de su esposa.

—Déjame hablar, por favor. Podría darse la casualidad de que existiese un caballero con ese nombre interesado en la felicidad de Caitlin. De ser así ¿no crees que podría sentirse molesto por el hecho de que una correspondencia tan delicada se hiciese pública? Dios sabe que me agarraría a un clavo ardiendo con tal de encontrar a nuestra hija. Aun así, me gustaría que estuvieses segura antes de dar este paso.

Caitlin consideró la cuestión planteada por el señor Herrington. Entendía perfectamente a qué se refería. Una joven en su situación económica no recibía muestras de interés todos los días.

—Linda ha sido como una hermana para mí —afirmó Caitlin—. Si existe la posibilidad de encontrarla, haré todo lo que esté en mi mano.

El señor Herrington se aclaró la garganta, conmovido.

—No se hable más. Esperaremos a que lleguen esas cartas y me pondré en camino.

Un movimiento atrajo la mirada de Caitlin hacia lo alto de la escalera. Allí estaba el señor Mallory, apoyado pesadamente contra el pasamano.

El señor Herrington subió a ayudar a su sobrino. Derek Mallory se había vestido e insistió en que le ayudasen a bajar al salón.

—Estoy cansado de estar tumbado día y noche —dijo, entre avergonzado y desafiante.

El señor y la señora Herrington le acomodaron en uno de los sillones.

Feliz de tener un nuevo oyente, y una nueva historia que contar, la señora Herrington le habló a su sobrino sobre el asunto de las cartas. Durante la narración, Derek Mallory miró a Caitlin de reojo en un par de ocasiones. La joven mantuvo la vista baja en todo momento, abochornada por los continuos

agradecimientos que le dedicaba la anciana.

En esas estaban, cuando se abrió la puerta y el criado anunció una visita. Eran los Evans, que venían a interesarse por la salud del sobrino de los Herrington.

El señor Evans, un hombre delgado y de avanzada calvicie, era párroco. Y un asiduo seguidor de las novelas escritas por el señor Mallory. Solo había otra cosa a la que el sacerdote fuese más devoto: las generosas donaciones de los Herrington. Por eso acudían con frecuencia a la casa de Queen Square.

—Es una pena que se encuentre lesionado en estos momentos —dijo la señora Evans, una mujer alta y estirada en todos los sentidos—. A final de la semana que viene, nuestro hijo mayor celebra un baile para presentar en sociedad a su hermana. Nos pareció mucho más adecuado que se celebrase allí, y no en la casa rectoral. Será algo más íntimo que ostentoso, pero nos habría encantado tenerles presentes.

—Y yo estaré encantado de asistir —dijo el señor Mallory, decidido.

Caitlin miró al caballero con incredulidad. Era obvio, al menos para ella, que la mención del evento había sido una mera cortesía.

Edward Evans, el hijo mayor de los Evans, era un simple capitán de la Armada. Ciertamente era que estaba bien relacionado, gracias a un matrimonio ventajoso, pero su casa era pequeña y su servicio reducido; al menos, para lo que los Herrington estaban acostumbrados.

Si la mujer del párroco lo había mencionado, había sido solo en la confianza de que la herida del señor Mallory obligaría a la familia a declinar el ofrecimiento.

El señor Herrington también se dio cuenta. Abrió la boca para romper el tenso silencio, pero su mujer fue más rápida.

—Estaremos más que encantados de ir —declaró, y todos los esfuerzos de su marido y su protegida para que cambiase de idea cayeron en saco roto. No en vano, la señora Herrington no había asistido a ningún baile desde la desaparición de su hija, y lo echaba de menos.

Entre tanto, Derek Mallory miraba a Caitlin y sonreía disimuladamente. Lo había decidido: en el transcurso de una semana y media sería capaz de caminar y bailar con un mínimo de decencia. Quizá no lo haría con la soltura ni la confianza como para sacar a una desconocida a bailar.

Pero la señorita Bailey no era una desconocida para él.

## Disculpas atrasadas

Las estratagemas de Derek Mallory aumentaron día tras día. Ahora que podía caminar, poco o nada suponía un obstáculo para su ingenio. Así inventaba una y mil excusas con tal de robarle a Caitlin unos minutos de su compañía.

Una vez más, las cosas en la casa de Queen Square habrían sido muy distintas de hallarse allí el señor Herrington. Pero el anciano se marchó el mismo día en que llegaron a Bath las cartas firmadas bajo el seudónimo de Dylan Hemstock.

A finales de la semana siguiente se celebraría el baile en casa del capitán Evans, y Derek Mallory había decidido que no asistiría en calidad de inválido o tullido.

—No les veré turnándose para hacerme compañía —solía decir el caballero, desafiante.

Por eso se obcecó en subir y bajar las escaleras de la casa una y otra vez. Por eso convenció a la señora Herrington para que, junto a Caitlin, le permitiese pasear por el salón de la casa y, si el tiempo acompañaba, alrededor de Queen Square.

En la intimidad del salón pequeño fue donde el caballero le dio más problemas a Caitlin. Derek Mallory engatusó a su tía para que sacase casi todo el mobiliario de ese cuarto, incluidas las sillas.

—Así no correré el riesgo de tropezar cuando me mueva cruzando la estancia o pegado a las paredes.

Gracias al ardid, la señora Herrington no podía pasar mucho tiempo de pie en compañía de los jóvenes. Se veía por tanto obligada a vigilarles desde el salón grande, con las puertas abiertas de par en par, pero había muchos ángulos ciegos que el caballero aprovechaba de manera constante.

Caminando junto a la ventana, por la que entraba la luz del mediodía, Derek Mallory sorprendió a la joven con una confesión inesperada. Caitlin caminaba a su lado, sosteniendo una de las dos muletas, y el caballero usaba la otra.

—Yo no creo que sea usted ingenua o inculta.

—¿Disculpe? —Caitlin no sabía de qué estaba hablando.

El caballero resopló, dejó la muleta contra la ventana y se apoyó en el



alfeizar para mirar a la joven a los ojos. Estaba molesto, por tener que repetirse, pero sobre todo estaba avergonzado.

—Me refiero a aquello que dije el otro día, sobre las personas que concebían la pasión y el amor como una forma de evasión porque eran demasiado ingenuas o incultas. Quiero que sepa que no era mi intención ofenderla. Cualquiera que lea sus novelas por encima podría ver que no es usted inculta, y mucho menos ingenua.

Caitlin estaba estupefacta. No había vuelto a pensar en aquella discusión. El paradero de Linda y el compromiso de su hermana seguían robándole el sueño. Lo último que sabía sobre Judith era que había llegado a Bournemouth en compañía de su madre.

Le costaba creer que Derek hubiera estado dándole vueltas a ese tema durante tantos días. Haciendo un esfuerzo, lo que acudía a su memoria con más nitidez era el alegato del caballero sobre el peligro de entregarse a la pasión sin medida. En aquella ocasión no solo había demostrado un ardor contagioso, también una inusitada vulnerabilidad.

En momentos como aquel, cuando salía a la luz un hombre muy distinto que el que ella creía conocer, Caitlin se preguntaba si Derek Mallory podría estar engañándola sobre quién era él o cual era su verdadero carácter.

—Me cuesta creer que le preocupe lo que piense o pueda opinar alguien como yo —dijo, con más acritud de la que realmente sentía.

El caballero pareció decepcionado por su respuesta, pero Caitlin se adelantó a cualquier queja.

—Recoja la muleta, señor Mallory —dijo, cambiando de tema. Estaba demasiado turbada como para explicarse—. Debe usted caminar si desea recuperarse antes del baile. Mi compañía no obedece a ningún otro motivo, eso puedo asegurárselo.

—Está deseando perderme de vista, ¿no es cierto?

Caitlin no ocultó su sorpresa. El desconcierto que le producía aquel hombre no dejaba de aumentar.

—Señor Mallory, en numerosas ocasiones me ha dejado claro que le desagrada mi forma de pensar y de escribir. Para serle franca, no entiendo porque se empeña en retenerme aquí. Por mucho que me esfuerce, me cuesta creer que extraiga usted un placer real en torturarme, aun considerándome su enemiga.

—Yo no la considero una enemiga —murmuró el caballero—. Ni me produce ningún placer atormentarla.

—Entonces ¿por qué? —preguntó Caitlin—. ¿Por qué no me deja ir con mi hermana? Judith me necesita ahora más que nunca.

—¿Y qué necesita usted, señorita Bailey?

La pregunta tomó a la joven a contrapié.

—¿Perdón?

—Siempre justifica su lealtad a nuestro acuerdo mediante el amor que siente por su hermana. Pero nunca ha hablado en su propia defensa. ¿En algún momento me ha pedido que revoque las condiciones por motivos puramente egoístas?

Caitlin sintió de nuevo el calor de la indignación.

—Yo no soy como usted —contestó.

—Se empeña en malinterpretarme. No hablo del egoísmo como un sentimiento negativo. Es posible que me haya expresado mal, pero atienda lo que voy a preguntarle. Ponga sus cinco sentidos, se lo ruego. ¿Alguna vez me ha pedido que anule nuestro acuerdo en favor de la vocación de escribir que ambos sentimos? Le pondré otro ejemplo. ¿Alguna vez se ha atrevido a insinuar que no merece las condiciones que le he impuesto?

—Yo... quizá no lo dijese con esas palabras.

Derek Mallory hizo un gesto tajante con la mano.

—Tenía razón cuando me acusó de haberle atribuido virtudes que usted no poseía. —El caballero avanzó un paso hacia ella—. Pero no me negará que muchos otros han caído en el mismo error que yo. La «misteriosa señorita Bailey», así la llaman muchos. La joven de la que se dice mucho pero se sabe poco, porque nunca dice nada ni expresa su opinión a menos que se le pregunte.

—Señor, estoy en esta casa en calidad de dama de compañía.

—Basta. No siga por ahí. Sabe que los Herrington la tratan como a una hija.

Caitlin retrocedió un paso, tragando saliva. El caballero le sacaba una cabeza. Sus respectivos rostros distaban poco más de un palmo.

—Tampoco me negará que en las ocasiones en que visité esta casa, un escritor con ideas opuestas a las tuyas, todo cuanto hizo fue correr y esconderse en numerosas ocasiones. ¿Por qué no me dijo lo que pensaba de mi forma de escribir?

—Yo no...

—Sea sincera —dijo Derek, avanzando—. Ahora no puede esconderse de mí, señorita Bailey.

Caitlin frunció el ceño, notando como la indignación se apoderaba de ella. Quiso replicar, y el caballero se dio cuenta de ello. Es más, Derek Mallory parecía esperarlo, pero les interrumpieron.

—¡Caitlin, querida! —canturreó la señora Herrington desde el salón—. ¿Ya se ha cansado Derek?

La joven miró hacia la puerta y descubrió que la anciana podía verla. Huyendo del señor Mallory, había abandonado la protección del ángulo ciego donde habían empezado la discusión.

—Todo va bien —contestó, alzando la voz todo lo que fue capaz con su ronquera.

Derek Mallory agarró la muleta y pasó al lado de Caitlin sin dedicarle una mirada. La expresión de su rostro era satisfecha; el fantasma de una sonrisa le alzaba la comisura de los labios.

Las dudas acosaron a Caitlin con más fuerza que nunca.

¿Si Derek Mallory no quería atormentarla, que era lo que buscaba de ella? ¿Podiera ser que todo este tiempo hubiese estado torturándola, llevando su paciencia y su docilidad naturales hasta límites nunca antes conocidos, solo para sacar a la luz lo que había dentro de su corazón?

Caitlin reflexionaba mientras seguía al caballero con la segunda muleta. De tanto en cuando alzaba la mirada, contemplando su espalda ancha y su nuca.

—¡Querida! —exclamó la señora Herrington de improviso. —. ¡Ven, rápido!

Caitlin fue al salón grande, en el cual estaban la señora Herrington y un mensajero. El paquete que acababan de traer era un vestido. La talla y el corte no dejaban lugar a dudas sobre quién era el destinatario del regalo.

—¡Qué maravilla! —exclamó la señora Herrington, admirando la tela—. No sabía que tus padres pudiesen permitirse algo así.

Caitlin se mordió el labio. El vestido era precioso, y muy por encima de las posibilidades de los Bailey.

La señora Herrington insistió en ser ella la que subiese el vestido al cuarto de la joven. No podía dejar de admirar la tela mientras la recorría con los dedos.

Caitlin regresó entonces al salón pequeño. Derek Mallory había soltado la muleta y tenía las manos apoyadas en el alfeizar de la ventana. Parecía distraído, observando a una pareja que paseaba por la plaza, pero una sonrisa traicionaba la aparente serenidad de su semblante.

—¿Sí, señorita Bailey? —preguntó sin mirar a la joven.

Caitlin guardó silencio, escrutándole hasta que él acabó por encogerse de hombros. Con ese gesto parecía admitir su derrota; ella le había descubierto.

—¿Qué puedo decir en mi defensa? —dijo el caballero con tono burlón—. En mi actual estado, no sería justo para ninguna dama tener que soportar ser mi pareja de baile. Pero si no os agrada la idea, podemos esperar a que baje mi tía y contarle toda la verdad acerca de cierta escritora que...

—Gracias —dijo la joven.

—¿Perdón?

Ahora fue Caitlin la que se acercó a él.

—Gracias, señor Mallory.

Derek Mallory se giró hacia ella, confundido por la aparente docilidad de la joven. Sonriendo, Caitlin retrocedió con las manos a la espalda.

—¡Esperad! —imploró Derek, aturdido.

El caballero avanzó hacia ella, tanteando con la mano en busca de la muleta, y a punto estuvo de caer de bruces.

—¡Señorita Bailey! —exclamó, agarrándose al marco de la ventana.

Caitlin dio media vuelta, revelando lo que llevaba a la espalda. Aprovechando el descuido del caballero, le había robado la muleta. Ahora que tenía ambas en su poder, el caballero no podía seguirla por mucho que quisiese. Su pierna aún no estaba lo bastante fuerte.

—¡Señorita Bailey, se lo advierto!

Caitlin siguió sonriendo mientras salía del salón pequeño, ignorando la enojada súplica del caballero.

## Un descuido revelador

En pocos días, el señor Mallory fue capaz de caminar sin ayuda. Pero no por ello abandonó la precaución de tener cerca a la señorita Bailey con una de las muletas.

Por su parte, Caitlin tenía que soportar las estratagemas y ardides con los que el caballero ponía a prueba su carácter. Los duelos verbales, que a menudo versaban sobre temas literarios, también eran constantes entre ellos.

—¡Qué ganas tengo de verte con ese vestido! —La anciana no parlotaba de otra cosa que no fuera del baile en casa de los Evans—. ¿Ya te lo has probado?

—¿Qué? —preguntó Caitlin, alzando la vista del libro que estaba leyendo—. Oh, lo olvidé.

La anciana dejó escapar una risa de incredulidad. Estaban solas en el salón. Derek Mallory había salido a comprar el periódico sin la ayuda de nadie.

—No esperes más. Ya queda muy poco para el baile.

Caitlin pidió disculpas y subió a su dormitorio. Como en anteriores ocasiones, le sobrecogió el mero hecho de sacar el vestido y acariciarlo. Parecía tan delicado que le asustaba la idea de romperlo.

Se probó la prenda y se contempló en un espejo de cuerpo entero. Una sonrisa de genuino deleite se abrió pasó entre sus labios. Sin pararse a pensar, Caitlin abrió la puerta y salió al pasillo. Quería enseñarle el vestido a la señora Herrington.

—¡Señorita Judith! —Oyó decir a su espalda.

Extrañada, Caitlin dio media vuelta y se topó con uno de los criados de la casa: un anciano cuya vista había empezado a menguar.

—Judith se marchó hace días —replicó con extrañeza.

—Disculpe —se apresuró a decir el viejo criado—. Creí por un instante que su hermana había regresado.

Cohibida, Caitlin regresó al dormitorio y se enfrentó nuevamente al espejo. La comparación con Judith le había causado una gran desazón.

Pensó en Judith, en su carácter extrovertido y en el sonido de su risa alegre. Haciendo un esfuerzo, Caitlin trató de recordar la última vez que se había reído. Así fue como acudió a su mente el traspies de Derek Mallory tras

haberle agradecido el regalo del vestido. Caitlin le había robado las dos muletas, y el caballero había estado cerca de irse de bruces.

Sin proponérselo, dejó escapar una carcajada dulce. Y el resultado la asustó.

El parecido con su hermana se le antojó perturbador. De las dos, Judith siempre había sido la más vibrante y luminosa. Por primera vez en su vida, Caitlin se preguntó cuánto de todo aquello tenía que ver con el aspecto físico, y cuanto tenía que ver con la forma de encarar la vida.

¿Y quién era el culpable de que se plantease algo así? Aquel hombre tonto y orgulloso. Él y nadie más.

Lentamente, la sonrisa reapareció en su rostro. Caitlin se sentía realmente bien con aquel vestido. Se sentía confiada y valiente, y por eso se animó a ser ella la que por una vez urdiese una estratagema contra Derek Mallory.

Se quitó el vestido y lo guardó con mucho cuidado. Cuando bajó al salón, el caballero ya había regresado. La sonrisa de Caitlin se ensanchó al observarle. Derek Mallory tenía la cara roja por el esfuerzo, pero se le veía satisfecho mientras leía el periódico que acababa de comprar. Él, que en no pocas ocasiones había declarado el desprecio que sentía por los diarios y el sensacionalismo que rodeaba a la prensa.

—¿Cómo te queda el vestido, querida? —preguntó la señora Herrington.

Al oír aquello, Derek Mallory bajó el periódico y miró a la señorita Bailey con interés.

—Como un guante —contestó Judith.

Derek Mallory trató de disimular una sonrisa. La señora Herrington fue menos comedida, como era habitual en ella.

—¡Lo sabía! —exclamó, pero luego meneó la cabeza—. Cómo desearía que Judith también estuviese aquí. Le habría encantado venir al baile, y a mi Linda también...

Aquellos cambios de humor eran frecuentes en la anciana. Aunque no lo expresase, llevaba a su hija en el pensamiento a todas horas.

—Ya verá como pronto tenemos noticias de ella —dijo Caitlin.

Derek secundó a la joven de inmediato.

—Mi tío se mostraba muy optimista en su última carta. Por primera vez, un testigo recordaba haber visto a un caballero en compañía de una joven que coincidía con la descripción de Linda.

La señora Herrington esbozó una sonrisa y miró con cariño a ambos jóvenes.

—No sé qué haría sin vosotros —afirmó—. De verdad, no sabéis hasta qué punto me hace feliz teneros aquí.

Caitlin y Derek se miraron en un acto reflejo. Como de costumbre, la joven fue la primera en apartar el rostro. Los ojos azules y penetrantes del caballero seguían intimidándole, así que Caitlin trataba de concentrarse en otra cosa cuando conversaba con él. Había descubierto que le gustaba la forma de su boca, y también aquel gesto recurrente de echarse el cabello hacia atrás cuando estaba alterado.

El reloj del salón dio las campanadas, y Caitlin se acordó del ardid que había planeado contra Derek. Cuando el caballero le pidió que fuese a por uno de los libros de los que era autor, la joven rehusó.

—Lo siento —dijo Caitlin, con una mezcla de audacia y docilidad—. Quedan solo dos días, y creo que la perspectiva del baile no me dejaría concentrarme en la lectura.

—Eso no tiene sentido —protestó Derek—. Es una velada como cualquier otra.

—¡Sobrino! —exclamó la anciana, de muy buen humor—. Un baile siempre es importante para una joven de la edad de Caitlin. Siempre recordaré el día en que bailé por primera vez con el señor Herrington.

Derek Mallory frunció el ceño. No quería dar su brazo a torcer, y menos en esta ocasión. Estaba muy interesado en leerle a Caitlin un pasaje que había escrito sobre las cualidades del baile.

—Sin embargo —dijo Caitlin—, si variásemos de autor por una vez, sería como un soplo de aire fresco. ¿No cree, señora Herrington? Podríamos leer algo de la Condesa de Clare. A Linda le gustaban mucho sus novelas.

—Sí que le gustaban —dijo la anciana, con un arrebató de nostalgia—. ¡Anda ve!

Caitlin no esperó a que se lo dijese dos veces, dejando a Derek Mallory con la palabra en la boca.

Su corazón latía con fuerza cuando llegó a la biblioteca. Conocía aquellas estanterías como las líneas de su mano, así que sacó una de sus novelas a toda prisa y regresó al salón. Se trataba de *Nunca digas adiós*, una de sus primeras obras.

Los dedos de Derek tamborileaban con impaciencia sobre el brazo del sillón.

—¿Cuál nos has traído, querida? —preguntó la señora Herrington.

—*Nunca digas adiós* —dijo Caitlin, plantándose delante del caballero y

tendiéndole el libro con timidez—. Solo un poco, señor Mallory. Estoy segura de que no le hará daño.

Derek le lanzó una mirada penetrante. Sus ojos prometían venganza, pero Caitlin no se amedrentó; no demasiado. Antes de que empezasen a temblarle las manos, el caballero le arrebató el libro y lo abrió.

A toda velocidad, pero con voz alta y clara, el Derek Mallory leyó el primer y extenso párrafo. Luego cerró el libro de golpe y se lo tendió a Caitlin.

—¿Satisfecha? —preguntó con tirantez.

—¿Cómo? —preguntó la señora Herrington—. ¿Ya?

El caballero rehusó la mirada de ambas mujeres. Por la expresión de su rostro, era obvio que no daría su brazo a torcer.

Enfurrugada, Caitlin tomó el libro y se lo llevó de regreso a la biblioteca. Había sido una victoria pequeña, pero una victoria al fin y al cabo. Sus dedos acariciaron la cubierta del libro como si tratase de una mascota que hubiese sido tratada de forma injusta.

—Espera un momento —murmuró.

La sorpresa llegó cuando fue a devolver el libro a la estantería. Al leer el lomo, descubrió que no se trataba de *Nunca digas adiós*. Era *Un secreto inconfesable*, otra de sus novelas.

Caitlin desplazó su mano por la estantería hasta encontrar el libro que había querido sacar en un primer momento: *Nunca digas adiós*. Al leer el primer párrafo, la joven sacudió la cabeza con incredulidad.

Derek Mallory lo había leído de memoria y sin un solo error.

Pero ¿cómo era posible? ¿Cuántos secretos ocultaba el caballero?



## 21

### Alas

Llegó la noche del baile y Caitlin se sintió mal nada más entrar en la casa de los Evans.

—No deberíamos haber venido —murmuró—. Mira lo que hemos provocado.

Derek Mallory estaba al lado de la joven. Al oír el comentario, echó un vistazo a su alrededor.

No había otra alma en el vestíbulo. Buena parte de los invitados les observaban y murmuraban. Otros seguían con la mirada a la señora Herrington, que se estaba abriendo paso hacia donde estaban los anfitriones.

—Es normal que hablen —replicó Derek, sonriendo con superioridad—. Nuestra familia es la más prominente de cuantas han acudido. Si a eso le sumamos el magnífico gusto que tuvo la persona que le regaló ese vestido —bromeó.

El comentario hizo enrojecer a Caitlin. No le pasó desapercibido el que él la incluyera a ella con aquello de «nuestra familia». Aturullada, bajó el rostro y se adentró en el salón, forzando al caballero a seguirle. Derek Mallory aún cojeaba ligeramente.

—No me refiero a eso —susurró Caitlin mientras avanzaba—. Fijaos de nuevo.

—Hay muchos adornos de mal gusto —murmuró el caballero—. Varios de los muebles parecen nuevos, pero no estoy seguro.

El caballero frunció el ceño.

—Espera... ¿Nosotros hemos provocado esto?

—A eso es a lo que me refería —contestó Caitlin—. No hay tantos invitados como parece. Es la casa, que es pequeña y está ahora más llena de muebles. Esto debería haber sido una reunión más íntima, casi familiar. Al aceptar la invitación, obligaron a los Evans a realizar un desembolso para que todo estuviese a la altura de *vuestra* familia.

Derek miró de reojo a la joven, impresionado por su perspicacia.

—Como peces sacados de un estanque y metidos en una pecera pequeña —dijo en voz baja—. ¿Por eso nos miran todos?

—En efecto.

Después de saludar a los Evans, Caitlin y Derek tomaron asiento en el

salón. Al enterarse de la reciente lesión del caballero, varios de los invitados se acercaron para interesarse por su estado de salud.

Derek se mostró sorprendido por la falta de doblez de aquellas personas. Caitlin le estaba mirando de reojo, y un brillo divertido le bailaba en los ojos. Cuando se percató de que estaba siendo observado por la joven, Derek recuperó su expresión adusta y solemne.

—Todo esto debe de parecerle muy divertido, señorita Bailey.

—Jamás me atrevería a insinuar algo así, señor Mallory.

—Mire como murmuran; me toman por un tullido. Pero espere a que me vean bailar.

Caitlin meneó la cabeza, risueña.

—No murmuran, señor. No como usted cree.

Derek miró a su alrededor, y descubrió a qué se refería la joven. Entre los que le rodeaban no había lores, ni señores, ni terratenientes. Si acaso, alcanzó a ver a un par de oficiales de bajo rango.

—Me temen.

—Les intimida —corrigió Caitlin—. Y aun así se han mostrado atentos y sinceros.

Derek Mallory guardó silencio unos instantes.

—Ahora me doy cuenta de que usted tenía razón. No deberíamos haber venido —dijo en voz baja—. Acepté la invitación por motivos puramente egoístas, al igual que mi tía. No obstante, hay algo que no me cuadra sobre su postura, señorita Bailey.

—¿Qué es? —preguntó Caitlin con curiosidad.

—Sus novelas están repletas de humor y romance que se producen en esta clase de situaciones, cuando se producen fricciones debido a la diferencia de clases.

Caitlin meditó lo que el caballero había dicho.

—*Touché*.

Pasaron unos minutos sin que ninguno de los dos dijese nada. Los bailes comenzaron, pero Derek no quería danzar las primeras piezas. Pretendía que su recuperación fuese un golpe de efecto entre los invitados.

—¿Cree que se reirán, cuando me vean bailar con esta cojera?

La pregunta tomó a Caitlin por sorpresa. Aquella faceta de Derek Mallory seguía fascinándola: la vulnerabilidad que en ocasiones translucía. ¿Pudiera ser que aquel hombre hubiese construido una imagen a su alrededor basada no en cómo era él en realidad, sino en cómo quería que le viesan los demás?

—¿Por qué sonrías? —preguntó Derek con acritud—. ¿Cree que se reirán o no?

—No está acostumbrado a que le compadezcan, ¿verdad?

—¿Qué estás insinuando?

Caitlin desvió la mirada.

—Nada. Solo que creo saber cómo te sientes.

Derek torció el gesto, cruzándose de brazos.

—A ti también te observan.

—Ya me he dado cuenta, y por peores motivos. A usted le visten sus privilegios, y a mí un vestido regalado. En casa de los Herrington, yo era un pez entre aves. Ellos me miraban desde arriba, a sabiendas de que nunca podría alzar el vuelo.

El caballero frunció el ceño, desconcertado por el giro de la conversación.

—Aquí está entre peces, si me permite usar su analogía.

—Obligada a vestir un traje de plumas —replicó Caitlin sin mirarle, y sin pensar en lo que estaba diciendo—. Pero se olvidó de regalarme alas, señor Mallory.

Derek miró a la joven con intensidad, notando una punzada en el pecho que superaba con creces al dolor de la pierna.

—Así que esto es lo que hacía en los otros bailes, señorita Bailey —murmuró—. Ahora lo veo claro.

—¿A qué se refiere? —preguntó Caitlin a la defensiva.

—Quedarse callada y aparte del resto del mundo —dijo Derek—. Lanzar dardos silenciosos a personas que se compadecían o se burlaban de usted.

Caitlin apretó los labios.

—¿Y qué otra cosa esperaba que hiciese, dada mi situación?

—Hacerles ver que no te importa lo que piensen. Dejar de soñar con la aprobación de personas que no te conocen. —Derek se levantó y le ofreció su mano—. Bailar, eso es lo que quiero que haga.

Caitlin miró al fin al caballero. Algo de lo que había dicho había tocado una fibra sensible en su interior.

—Lo haré —dijo con sencillez—. Bailaré con usted, si me lo pide como un caballero.

## 22

### Amistades

Derek Mallory no ocultó su sorpresa. No le importó que buena parte de los invitados les estuviesen mirando en ese momento.

—¿Le importaría repetir eso?

—Bailaré con usted —dijo Caitlin—. Si me lo pide como un caballero.

—¿Sin más?

Caitlin asintió, muy seria.

—Señorita Bailey, ¿sería tan amable de concederme el siguiente baile?

Sonriendo con timidez, la joven se levantó y aceptó la mano que él le ofrecía. Derek condujo a Caitlin a la pista de baile y se alejó unos pasos, alineándose con los otros caballeros. Sonaron los primeros compases, y las parejas de baile se aproximaron.

Caitlin se dejó llevar por los movimientos que le imprimía el señor Mallory. Le sorprendió la combinación de fuerza y gentileza en su forma de conducir los pasos, giros y rotaciones. A su vez, el caballero se mostró deleitado por la suavidad y ligereza con la que ella fluía a su alrededor.

—No lo hace mal, señor Mallory —se atrevió a murmurar Caitlin—. ¿Quién lo hubiera dicho, que alguien tan rígido en sus posturas supiese moverse de esa manera?

Derek rio entre dientes mientras se alejaba. Cuando volvieron a acercarse, él dijo:

—Tampoco yo creía que aceptaría bailar conmigo sin mencionar nuestro acuerdo.

Caitlin sonrió y apartó la mirada mientras giraba.

—¿Sabe qué? —preguntó ella, cuando volvieron a encontrarse en el centro de la pista—. Creo que no lo haría. No delataría mi secreto por tan poca cosa.

El caballero adoptó una mueca entre burlona y preocupada.

—¿Eso cree? —preguntó.

—Me atrevería a decir que me he vuelto una experta con sus estratagemas —respondió Caitlin con embarazo—. Siempre se arriesga esperando ganar algo, pero si me delatase, los dos tendríamos algo que perder.

El rostro del caballero fue víctima de sentimientos encontrados. Sus labios se apretaron, al tiempo que sus ojos devoraban el rostro de la joven. Caitlin sintió que se le aceleraba la respiración, y no solo por el ejercicio que

suponía el baile.

La música terminó con una nota larga y sostenida. Las parejas se separaron, y el señor Mallory se vio rodeado de caballeros que le felicitaban por su recuperación. Caitlin se alejó un poco, vislumbrando miradas venenosas por el rabillo del ojo. Muchas jóvenes en su misma situación rabiaban por el vestido, pero más por la complicidad que había demostrado tener con el señor Mallory.

Caitlin se dio cuenta de que no le importaba lo que pensasen de ella. La realización de aquel hecho le dejó aturdida y satisfecha. Cuando cerraba los párpados, solo veía la sonrisa de Derek Mallory. Esa visión bastaba para llenarle el pecho de una calidez difícil de ignorar.

Salió del salón, por la puerta que daba al comedor, y se apoyó al otro lado de la puerta.

Al poco, escuchó la voz del señor Mallory. El caballero preguntaba por ella, buscándola, pero dos hombres le interceptaron, viejos amigos a juzgar por la familiaridad con la que se dirigieron a él. Su acento era propio de las gentes más al sur.

—¡Derek, dichosos los ojos! No esperábamos encontrarte aquí.

—¡Yo podría decir lo mismo!

Caitlin se asomó con cuidado. Junto a Derek había dos jóvenes de aspecto licencioso.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —protestó el más alto de los dos, el que tenía una cola de caballo—. Ya nunca bajas a Bournemouth. No sabemos nada de ti desde que huiste a Londres para encontrar una esposa rica y tonta. Oímos que cambiaste de círculos.

—Y de registro de escritura —apunto el otro, más bajo y esbelto que su compañero—. Llegó a mis manos uno de tus últimos libros y me asusté. Vaya si me asusté. Llegué a creer que habías tomado los hábitos.

Derek dejó escapar una risa estrangulada.

—¿Qué me decís de vosotros? —preguntó para cambiar de tema.

—Subimos a Bath por placer —dijo el joven de la cola de caballo—. Albert se casa el mes que viene, así que pronto estará fuera de juego. Por eso le arrastré hasta aquí, para que viese lo que iba a perderse, pero se nos acabó el dinero antes de lo que esperábamos. ¿Crees que estaríamos aquí, mojando el gaznate con vino barato, si aún nos quedase dinero en el bolsillo?

—Pregúntaselo, Tom —insistió el joven de menor estatura, antes de que Derek pudiese contestar.

—Es cierto, lo olvidaba. Esa joven con la que bailabas, ¿no era la dama de compañía de tu prima?

Caitlin se escondió, pero aguzó el oído.

—Sí, es ella —contestó Derek con reticencia.

—¡Lo sabía! Albert y yo hemos hecho una apuesta, y todo porque él dijo que, por tu forma de mirar a esa chica, acabarías declarándote, si no lo habías hecho ya. Y yo me reí y le dije que eso jamás sucedería. Estoy seguro de que bailaste con ella a causa de la cojera producida por tu lesión. Mejor pisar a una dama de compañía que a una dama de verdad, ¿verdad?

Caitlin apretó los labios, sintiendo un dolor sordo en el pecho.

—Tengo que irme —se excusó Derek—. Lo siento. Hablaremos en otro momento.

—¡Espera! Aún tenemos que resolver esa apuesta. Tú jamás le pedirías matrimonio a una chica como esa, ni a ninguna otra sin una buena dote de por medio.

Caitlin contuvo el aliento, acordándose de la declaración en la casa de Queen Square.

—No, claro que no... —balbució Derek.

Aquella mentira se clavó en el corazón de Caitlin. Sin pararse a pensar en lo que hacía, abandonó su escondite y se dirigió hacia la salida. Situado de espaldas a la puerta, Derek no habría visto a la joven mientras esta cruzaba el salón. Pero quiso la mala suerte que Caitlin chocase contra la mano de un caballero que sostenía una copa.

Al oír el estallido de cristales, Derek Mallory dio media vuelta. Le bastó con ver las lágrimas en las mejillas de la joven para hacerse a la idea de lo que había sucedido. Ella lo había escuchado todo.

—¡Caitlin! —exclamó el caballero, lanzándose en su persecución. Todos en el salón se volvieron para mirarles. Todos menos la señora Herrington, que había tomado un par de copas de más y no dejaba de parlotear con el señor Evans—. ¡Señorita Bailey!

Caitlin se abrió camino hasta la puerta principal. Una corriente de aire helado invadió el vestíbulo cuando la joven abrió la puerta para salir y bajó los escalones a toda prisa.

El coche que les había traído no estaba lejos. El conductor se asustó al ver a la joven. Era un hombre mayor, pero saltó del pescante y se apresuró a abrir la puerta.

—¡Señorita Bailey! —jadeó Derek, alcanzando a la joven mientras esta

subía al vehículo—. ¡Espere, se lo ruego!

—Suelte la puerta. —A Caitlin le temblaba la voz—. Se lo pido por favor.

—No dejaré que se vaya —declaró el caballero, jadeando—. No sin antes hablar de lo que ha sucedido.

—No tenemos nada de qué hablar. Sus amigos, por el contrario, deben estar esperándole.

—¡No son mis amigos! —exclamó con una mueca. El dolor se reflejaba en sus facciones, a causa del esfuerzo físico que había hecho al seguirla a ella.

Caitlin se limpió las lágrimas con brusquedad.

—Sea sincero —dijo, mirándole a los ojos.

—¡Hacía años que no les veía!

—No me importa —replicó la joven—. Hubo un par de veces en que creí vislumbrar algo bueno en usted. Algo digno de admiración, y no me estoy refiriendo a su posición o su dinero. La primera vez creí que usted pretendía engañarme. La segunda vez, pensé que era usted el que se engañaba a sí mismo. Pero la que se engañaba era yo.

Derek apretó los dientes.

—No pretendía...

—Y ¿qué era lo que pretendía? —Caitlin jamás había estado tan enojada—. ¿Qué pretende desde un primer momento? ¿Torturarme por despecho?

—¡No!

—¿Castigarme por haber rechazado su proposición?

—¡Basta! —exclamó él.

Caitlin y Derek se miraron sin pestañear. La expresión en el rostro del caballero era terrible. La joven estuvo a punto de venirse abajo, pero no lo hizo.

Cansada de la terquedad de él, hastiada de verse reflejada en sus ojos como una criatura tímida y apocada, Caitlin reunió el coraje para hacer algo impensable.

Cambió las reglas del juego por su cuenta.

—Voy a cerrar esta puerta, señor. En lo que a mí respecta, la fiesta ha terminado.

—¿Y si me niego?

—Entonces volveré y pondré en conocimiento de sus amigos la ardiente declaración que me hizo en casa de sus tíos. También le pediré a la señora Herrington que escriba una carta a mis padres para darles las gracias por el vestido que ellos me regalaron.

Derek Mallory palideció.

—No será capaz de algo así. No se atreverá.

—He tenido un buen maestro.

Eso sí que no se lo esperaba el caballero. Aprovechando el estupor que le había causado, Caitlin tiró de la puerta y la cerró.

El carruaje se puso en movimiento, dejando atrás a un Derek Mallory estupefacto.

Aquella noche, Caitlin había ganado una pequeña batalla. Pero el conflicto estaba lejos de terminar.



## Una demanda de auxilio

Caitlin no tuvo mucho tiempo para pensar en lo que había sucedido durante el baile en casa de los Evans. A la mañana siguiente, un mensajero trajo una carta de Judith. Presa de la emoción, Caitlin tomó asiento antes de abrir el sobre.

Sus peores temores se hicieron realidad. En Bournemouth, su hermana y su madre se habían topado con la negativa del coronel Tutton para dejarles ver a su nieto. El viejo oficial había tratado a Judith como a una desconocida.

Caitlin terminó de leer la carta y se abrazó para contener los temblores. Sabía que debía ir a Bournemouth cuanto antes. No quería ni imaginar lo mal que debía de estar pasándolo su hermana.

Derek y la señora Herrington bajaron casi al mismo tiempo. Al primero se le notaba resacoso, y malhumorado, pero la anciana se dio cuenta nada más sentarse de que algo había sucedido.

—Caitlin, ¿qué ocurre?

Al escuchar la voz afectuosa de la anciana, Caitlin se desmoronó y rompió a llorar. Había estado aguantándose hasta ese momento.

Minutos después, cuando acabó de desgranar su historia, se calmó un poco.

—Judith me necesita —murmuró—. Debería estar con ella en este momento.

—Mi dulce niña —dijo la señora Herrington—. Tu madre y tu hermana ya están haciendo todo lo posible. Piensa en que tendrán un presupuesto escaso para su estancia. Tu presencia allí mermaría sus ahorros más rápidamente, acelerando la vuelta antes de que se resuelvan las cosas.

Caitlin tragó saliva, mirando al caballero. Pero este mantenía la vista baja y los puños apretados. No le había dedicado un solo gesto de compasión, así que supuso todavía estaría enojado por lo sucedido durante el baile.

Una vez más, Caitlin se veía obligada a tomar una decisión que pondría en juego no solo su felicidad, si no la de toda su familia. Como le había sucedido en veces anteriores, las dudas la acosaron.

¿Y si la situación se resolvía por sí sola? ¿Y si su hermana y Oswyn se cruzaban por la calle, o en mitad de un paseo por la costa, y todo se solucionaba en cuanto se mirasen a los ojos?

Caitlin ya había forzado los límites del señor Mallory durante la noche anterior. ¿Cómo reaccionaría el caballero si seguía presionándole?

—Díselo tú también, Derek —dijo la señora Herrington—. Todo en este mundo tiene solución, ¿verdad?

El señor Mallory se acarició el puente de la nariz. Tenía grandes bolsas bajo los ojos, como si hubiese trasnochado.

—¿Puedo ver esa carta? —pidió con aspereza.

Caitlin le alargó el mensaje al caballero, esperanzada.

—Su hermana no le pide específicamente que vaya —señaló Derek.

—¡Esas cosas no se piden! —dijo la señora Herrington, escandalizada.

Derek Mallory le lanzó a su tía una mirada penetrante, pero no dijo nada. No en ese momento. Cuando acabó de leer la carta, la lanzó sobre la mesa y se levantó con brusquedad.

—¡Pues nada! —exclamó, alzando los brazos—. ¡Vayamos *todos* a Bournemouth! ¿Puestos a perder la cabeza, por qué no los tres a la vez?

Caitlin y la señora Herrington miraron al caballero con confusión. No entendían una sola palabra de lo que estaba diciendo.

Derek se movía de un lado para otro del salón. Era tal su enojo que parecía incapaz de estarse quieto.

—La casa de mis padres sigue en Bournemouth —dijo con acidez—. Lo crean o no, no se ha movido de allí todos estos años. ¡La señora Dixon se ha ocupado de ello!

—¿La buena señora Dixon sigue a su servicio? —preguntó la señora Herrington.

—¡No se iría aunque la echase! Esa mujer ha estado dilapidando mis ahorros para mantener en pie esa ruina de casa. Año tras año mandándome cartas, pidiéndome dinero para mantener los jardines y el resto de las habitaciones igual que cuando vivían mis padres. ¡Bah!

—Derek, eso sería maravilloso —dijo la señora Herrington—. ¡Iré a dar orden para que preparen el equipaje!

Cuando quería, la anciana no necesitaba ninguna ayuda para levantarse del salón ni subir las escaleras.

Derek Mallory se dejó caer en uno de los sillones. Caitlin parecía conmocionada e incapaz de reaccionar. Le parecía estar soñando, presa de la más tierna de las fantasías o de la pesadilla más terrible.

—Señor Mallory...

—No me lo agradezca —replicó el caballero—. O mejor dicho: hágalo.

Usted tenía razón. Tenían razón en todo: solo quería castigarla. Durante todo este tiempo, no he querido otra cosa que torturarla por haberme rechazado. ¿Y ahora está contenta? ¿Era eso lo que quería oír? Pero se lo advierto: esta estratagema con la carta de su hermana no le permitirá escapar de mí.

Caitlin se levantó, siguiendo un impulso, pero Derek se puso en pie y abandonó el salón con grandes zancadas.

Estupefacta, Caitlin se dejó caer en el sillón.

¿Qué había sido ese arrebató de ira? ¿Cuánto había de cierto, y cuánto de teatro en lo que acababa de presenciar? Cada vez que creía saber cómo era Derek Mallory en realidad, el caballero le demostraba lo contrario.

## 24

### Mallory Hall

El viaje a Bournemouth fue todo lo tranquilo que podía ser, dada la situación. Caitlin ardía en deseos de reunirse con su hermana y con su madre.

La señora Herrington amenizó el trayecto con su cháchara, describiendo cuantos detalles recordaba de los jardines de Mallory Hall. Derek, por el contrario, se encerró en un mutismo impenetrable. Contestaba con monosílabos, y su ceño se fue haciendo más pronunciado a medida que se acercaban al sur.

La propia Caitlin no dejaba de darle vueltas al tema de los Tutton. Resultaba obvio, a la luz de los últimos acontecimientos, que el coronel volvía a oponerse de forma abierta al compromiso. Pero ¿qué opinaba Oswyn de todo esto? ¿Seguiría sintiendo algo por Judith, o se había resentido su corazón tras la estancia de la joven en Bath a escasas semanas de la boda?

¿Había sido la pasión entre ellos tan volátil que no había superado una corta separación?

—Querida —canturreó la anciana, que parecía cansada de hablar sola—. ¿En qué piensas?

—En la fugacidad del amor —contestó Caitlin casi sin pensar, y se arrepintió de inmediato.

—¿Por qué dices eso? —inquirió la anciana, feliz al fin de tener un tema que debatir—. ¿Te refieres a Judith y a Oswyn? ¿Es eso? No dejes que el pesimismo te venza, cielo. Aunque la pasión sea fugaz, el cariño y el mutuo entendimiento permanecen. Aunque hayan estado separados, tu hermana y ese joven han aprendido a quererse. Se conocen desde hace muchos meses, hazme caso.

Caitlin sonrió un poco, lo que animó a la anciana a continuar.

—Aunque sea visto como un inconveniente, un noviazgo largo también tiene sus ventajas. Yo creo que es un lujo que muchas parejas no pudieron permitirse. ¿Puedes creer que el señor Herrington y yo no nos conocíamos de nada un mes antes de la boda?

Caitlin conocía la historia, pero sacudió la cabeza igualmente. Apreciaba lo mucho que la anciana se estaba esforzando para levantarle el ánimo.

—Fueron mis padres quienes le escogieron a él, no yo. Un acuerdo entre ellos y el viejo señor Herrington, que en paz descanse. Por suerte, al poco de

conocernos descubrimos que teníamos bastante en común en lo referente a nuestra forma de pensar y ver el mundo. Aquello reforzó nuestros lazos, así que, ya ves, el amor no siempre es necesario al principio. La fugacidad de la que hablas es más común de lo que piensas. ¿No opinas tú lo mismo, Derek?

El señor Mallory no apartó la mirada de la ventana.

—Ningún amor que se precie es fugaz —dijo—. A decir verdad, esos dos términos deberían ser considerados como antónimos, totalmente opuestos en su significado. El auténtico amor, incluso el no correspondido, puede contraerse o dilatarse por efecto del calor de la pasión. Aun así, nunca llega a desaparecer del todo.

—Bien dicho —afirmó la anciana, convencida de que la argumentación del caballero apoyaba su exposición de los hechos.

Caitlin observó a Derek Mallory con atención. ¿Qué había querido decir con aquel discurso espontáneo? ¿Pudiera ser que el calor del que había hablado, el mismo que le había empujado a declararse, permaneciera vivo en su interior y en constante cambio? ¿Era esa y no otra la razón por la que el caballero se empeñaba en mantenerla cerca?

—¡Sobrino! —exclamó la señora Herrington, señalando algo al otro lado del cristal—. ¿No es esa la casa?

El señor Mallory parpadeó, como saliendo de una abstracción.

—Esa es —replicó, y su voz se tiñó de una nostalgia mal disimulada—. Mallory Hall.

Caitlin se inclinó hacia adelante para asomarse a la ventana.

Campos de labranza se extendían en todas direcciones, salpicados aquí y allá con algunos pinos. Un camino serpenteaba hasta lo alto de una colina coronada con un pequeño vergel. Varias especies de árboles, entre los que sobresalían un par de palmeras, dejaban entrever el techo de una mansión.

El coche tomó un desvío y empezó a elevarse sobre las zonas de cultivos. A continuación atravesaron unos jardines exuberantes, y finalmente se hizo visible Mallory Hall. La fachada de la casa era alta y con un pórtico de columnas blancas. Caitlin, que recordaba las duras palabras de Derek sobre la propiedad, estaba asombrada por la belleza que la rodeaba.

—Tenemos una sorpresa para ti, querida —dijo la señora Herrington, antes de que el coche se detuviese—. Fue Derek quién lo preparó.

Caitlin miró al caballero con suspicacia, pero este abrió la puerta, salió y fue recibido por una mujer de mediana edad, la señora Dixon.

Una vez más, la descripción que Derek había hecho del ama de llaves era

bastante alejada de la realidad. Caitlin había esperado encontrarse a una mujer estirada e insípida, pero era menuda y con un rostro hecho para sonreír.

Después de que la señora Dixon saludase a Caitlin y a la señora Herrington, Derek llamó la atención de la joven.

—Ahí tienes tu sorpresa —dijo, cabeceando hacia la entrada de la casa—. Dos invitadas que llevan aquí un par de días.

Caitlin miró hacia la casa y vio a su hermana y a su madre en la puerta. Ahogando una exclamación de alegría, se apresuró a reunirse con ellas.

Habían tardado dos días en salir de Bath. Antes de partir, había sido necesario preparar el equipaje, alquilar un medio de transporte y concertar una última cita con el doctor Stevenson. Lo que Caitlin no sabía era que, junto con la carta que Derek le había enviado a la señora Dixon, también había mandado una invitación a la señora y a la señorita Bailey para que se trasladasen a Mallory Hall de inmediato.

Gracias a la generosidad del caballero, la madre y la hija no solo habían ganado en comodidad. También había supuesto una ayuda para sus mermados ahorros.

Tras abrazar a su hermana, Caitlin se separó sin soltarle las manos. Judith se esforzaba por sonreír, pero había perdido peso y parecía cansada. Algo parecido le pasaba a la señora Bailey.

—¿Conseguisteis ver a Oswyn? —preguntó Caitlin, después de abrazar a su madre.

Judith meneó la cabeza.

—Todavía no, pero tengo la esperanza puesta en el próximo fin de semana.

Derek, la señora Herrington y la señora Dixon se unieron a las Bailey bajo el pórtico.

—Hablares esta noche —prometió Judith, y luego miró a su madre—. Ahora nos gustaría darles las gracias al señor Mallory y a la señora Herrington por todo lo que han hecho. No tenemos palabras para agradecer su generosidad en un momento como este.

«Ni yo tampoco», pensó Caitin, mirando al caballero de reojo. «Ni yo tampoco».

## Compromiso interrumpido

Los invitados de Mallory Hall hicieron un recorrido rápido por las habitaciones de la casa y los jardines.

La propiedad era suntuosa, sin caer en la exageración. Los interiores eran ricos en mobiliario, cuadros y esculturas. Aun así, fueron los jardines lo que realmente distrajo a Caitlin. El padre de Derek había sido un amante de los árboles, y había hecho traer algunos ejemplares de lugares tan remotos como las Américas o Australia.

Cuando regresaron al interior de la casa, la señora Dixon había dado órdenes para servir la cena en el gran comedor. Una vez que todos se hubieron sentado, Judith tomó la palabra.

—En primer lugar —dijo con cortedad—, me gustaría darle las gracias otra vez al señor Mallory y a la señora Herrington. Si no me hubiesen tendido la mano, a mí y a mi familia, ahora estaría de regreso a Fenimore Hill.

Sentada entre sus dos hijas, la señora Bailey sonrió y apretó la mano de Judith entre las suyas. Derek cabeceó, sin dar muestra de enorgullecerse. Bien diferente fue la actitud de la señora Herrington.

—Bobadas, querida. ¿Qué no haría yo por la hija de mi buena amiga de la infancia?

Sería difícil describir con palabras la emoción que aquel comentario causó en la señora Bailey. De todos es sabido que para hacer feliz a una madre, basta y sobra con hacer felices a los hijos de esta.

—Recordaran que el coronel Tutton me avisó en una carta del fuerte estrés que había sufrido su sobrino tras acompañarnos a Bath. —Judith respiró hondo antes de proseguir—. Eso no era del todo cierto. Fue una exageración, y una excusa para distanciarnos. También tengo constancia de que la carta que le envié a Oswyn fue interceptada por el coronel. Oswyn nunca llegó a leerla.

El señor Mallory se inclinó hacia adelante, atrayendo la atención general.

—Disculpe la interrupción, pero ¿cómo llegó a su conocimiento todo esto? Usted misma admitió que el coronel Tutton le impidió ver a su nieto.

—Fue por la señora Green —intervino la señora Bailey—. Rose Green, el ama de llaves de Tutton Lodge. Allí, todos adoran a mi Judith, excepto el coronel.

Derek Mallory enarcó una ceja.

—¿Cuánto tiempo lleva esa señora Green trabajando en Tutton Lodge?

—Oh, desde siempre —contestó Judith.

—Cuesta creer que una criada de confianza sea capaz de revelar esas cosas a alguien ajeno a la familia —dijo la señora Herrington, pensando en voz alta.

—Soy de la misma opinión que mi tía —dijo el señor Mallory—. ¡Señora Dixon! —El caballero alzó la mirada, buscando al ama de llaves—. Acérquese. Haga el favor de sentarse con nosotros.

—Gracias, señor, pero permaneceré en pie.

—Contéstame una pregunta, Anna. —Anna era el nombre de pila de la criada. La familiaridad entre el señor de la casa y el ama de llaves intrigaba a Caitlin—. ¿Tratarías con personas ajenas a esta casa a mis espaldas, sea cual fuere el caso?

La señora Dixon escogió sus palabras con cuidado.

—¿Incluyendo el caso en que dicho trato resultase en un beneficio para usted?

El señor Mallory lanzó un bufido, apoyándose contra el respaldo de la silla.

—No contestes —dijo malhumorado, aunque Caitlin habría jurado que su indignación era fingida—. Ya no hace falta.

—Sí, señor.

Derek se volvió hacia la mayor de las hermanas Bailey.

—Le pido disculpas nuevamente. ¿Sería tan amable de continuar?

Judith asintió con gratitud.

—El asunto de las cartas interceptadas no fue lo único que me reveló la señora Green. Aún hay más.

—¿Más? —repitió la señora Herrington, mirando a la señora Bailey con incredulidad. Le costaba creer que la telaraña urdida por el coronel fuese tan grande.

A Caitlin le parecía de lo más extraño que Oswyn no hubiese tratado de ponerse en contacto con Judith por otros medios. Pensó que habría podido pasarse por Bath para pedir explicaciones por la aparente indiferencia de su prometida a escasas semanas de la boda.

—Para alejar a Oswyn de mí —continuó Judith—, el coronel podría haberle llevado a cualquier parte. Pero prefirió alquilar una casa aquí, en Bournemouth, debido a la presencia de cierta joven rica y de buena apariencia que ha enviudado de manera reciente. La hija de un oficial de la Armada que



era muy buen amigo del coronel.

—¿Quién? —preguntó la señora Herrington.

Judith agachó la cabeza, como si le avergonzase el mero hecho de pronunciar el nombre.

—Louise Kingston, o Kynaston. No recuerdo su apellido demasiado bien.

—¿Kensington? —preguntó el señor Mallory.

Todos en la mesa se giraron hacia el caballero

—¿Louise Kensington? —repitió Derek, dejando translucir una gran ansiedad.

Judith asintió, mirando a su madre para obtener una confirmación.

—Sí. Ese era el nombre —contestó la joven.

—Kensington —repitió la señora Herrington—. ¿De qué me suena a mí ese apellido?

—¿Conoce usted a esa mujer, señor Mallory? —inquirió Judith.

Derek se pasó una mano por el pelo, alterado. Sin previo aviso, el caballero se puso en pie.

—Les ruego me disculpen —dijo—. No me había percatado de lo tarde que era. Estoy cansado por el viaje y tengo que atender ciertos asuntos antes de que termine el día. Estaré en mi despacho, por si me necesitan. Anna.

—¿Señor? —dijo el ama de llaves.

—¿Serías tan amable de llevarme algo de comida al despacho? Y la correspondencia también, por favor.

—Por supuesto, señor.

Derek asintió y se dirigió hacia la puerta, pero se lo pensó mejor y dio media vuelta.

—Mañana seguiremos hablando de todo esto. Les aseguro que haré todo lo que esté en mi mano para ayudarles a resolver la situación. Buenas noches.

El resto de comensales se despidió del anfitrión. Derek se alejó cojeando, evitando cruzar su mirada con la de Caitlin. Los ojos de la joven no se apartaron de él hasta que cruzó la puerta.

Aquella noche, cuando todos se fueron a la cama, las dos hermanas compartieron sus dudas acerca de aquella misteriosa mujer.

¿Quién era Louise Kensington, cuyo recuerdo había provocado una reacción tan intensa en el señor Mallory?

## Sentimientos encontrados

Derek Mallory abandonó la casa a primera hora de la mañana. No dijo a dónde iba ni cuándo volvería. En tales circunstancias, la señora Dixon fue la encargada de disculpar la ausencia del caballero y atender a los invitados.

—Pero ¿volverá hoy? —dijo la señora Herrington, suspicaz.

—Por supuesto —dijo la Dixon, con más seguridad que la que realmente sentía. También a ella le había sorprendido la actitud del señor durante la cena del día anterior.

Cuando el ama de llaves salió del comedor, la señora Herrington siguió charlando y haciendo cábalas con su amiga, la señora Bailey. Ambas mujeres se habían levantado temprano sin otro propósito que especular y tratar de buscar soluciones a los problemas que les ocupaban.

Una hora después, Judith y Caitlin bajaron al comedor. Ambas bostezaban y se frotaban los ojos.

—¿A qué hora apagasteis las velas, señoritas? —preguntó la señora Bailey.

Las dos hermanas se miraron entre sí, cohibidas. Hasta bien entrada la noche había estado Judith hablándole a Caitlin sobre sus teorías acerca de Oswyn y el coronel. Todo eso y más lo intuyó la señora Bailey viendo el silencioso intercambio entre sus hijas.

—Judith, ya sé que tenías muchas ganas de reunirte con tu hermana. Pero te recuerdo que necesita descansar. Hace poco pasó por una enfermedad, y acaba de hacer un viaje importante.

—Oh, mamá —protestó Caitlin—. Ya me encuentro mucho mejor. —Hizo una pausa para bostezar—. Si quieres culpar a alguien, culpame a mí. Yo tuve a Judith despierta con mis teorías sobre Louise Herrington y el señor Mallory —se le escapó.

La señora Bailey miró a la señora Herrington de reojo. Enrojeciendo, Caitlin fijó la vista en el plato que le acababa de poner por delante una criada. Judith también se concentró en su desayuno, sin dejar de observar a su hermana por el rabillo del ojo; estaba segura de que su hermana menor huiría del comedor en cuanto diese cuenta de su comida.

—Saldré a dar un paseo —anunció Caitlin, y luego añadió al ver la mirada que le lanzaba su madre—: El aire fresco me vendrá bien para acabar de

despertarme. No me alejaré mucho.

La señora Bailey y la señora Herrington compartieron otra mirada mientras la joven abandonaba el comedor. Pasados unos segundos, la mayor de las hermanas también se levantó:

—Iré con ella —dijo Judith.

Quedaba una cuestión sin resolver entre las dos hermanas. Una pregunta que Caitlin se había negado a contestar durante la noche anterior. Judith dejó el comedor en pos de su hermana, decidida a obtener una respuesta.

La señora Herrington hizo una mueca de desaprobación. En el exterior, el viento ululaba y sacudía las ramas de los árboles. Algunos de los troncos más finos se doblaban como juncos.

—Salir con este tiempo —refunfuñó—. Podría caerles una rama encima o llevárselas el viento. No seré yo quien les diga lo que deben hacer; no estando su madre presente. Querida ¿estás escuchando lo que digo?

—¿Qué? —La señora Bailey sacudió la cabeza, como saliendo de una abstracción—. No te preocupes, Caitlin dijo que no se alejaría. —Se giró buscando al ama de llaves, que estaba sentada en una esquina—. Señora Dixon —llamó.

—¿Sí, señora Bailey?

—¿Conoce usted a la señora Kensington?

El ama de llaves cambió el peso de un pie a otro.

—La conocía antes de que se casase —dijo con reticencia—. Al contraer matrimonio se trasladó a Weymouth con su marido. Me enteré de que había regresado hará cosa de un mes. Ahora vive en la casa de su hermana, pero no sé nada más. Aún no ha venido a visitarnos.

—Y ¿qué relación tenía ella con el señor Mallory? —preguntó la señora Herrington—. ¿Cómo se conocieron?

—Ambos tenían por tutor a un párroco de Poole. Un hombre muy culto, el reverendo Malcolm. Gracias a él, trabaron amistad desde su juventud. Todo fue bien durante varios años, hasta que la señora Kensington, que por entonces se apellidaba Fairburn, se casó de una forma un tanto apresurada.

—¿Apresurada? —preguntó la señora Bailey.

—Por aquel entonces, todos esperábamos que el señor Mallory y ella... —La señora Dixon se mordió el labio, como si creyese que había hablado demasiado—. No me hagan caso, por favor. Es posible que solo fuesen imaginaciones mías. Si no les importa, iré a dar orden para que recojan la mesa.

Todo aquello dejó a la señora Bailey y a la señora Herrington más intrigadas que antes.

En el exterior, una capa de nubes espesa y gris ocultaba el cielo. Judith salió de casa y miró a ambos lados. Alcanzó a ver el borde de una falda revoloteando mientras su hermana giraba una esquina.

Judith persiguió a Caitlin por el paseo de losetas que rodeaba el edificio principal. Alcanzó a su hermana después de girar otra esquina, en las traseras de la propiedad.

—¡Espera! —exclamó, gritando para hacerse oír por encima del viento.

Caitlin se detuvo, pero no dio media vuelta. Tenía los puños apretados, y sus hombros subían y bajaban por la respiración agitada. Judith rodeó a su hermana para encararla.

—¿De qué estás huyendo? —le reclamó—. ¿Me contestarás ahora a la pregunta que te hice ayer noche?

Caitlin ladeó el rostro.

—Mi respuesta sigue siendo la misma: no lo sé. No sé lo que siento por Derek Mallory.

—Pues yo me hago una idea; no hay más que verte.

—Oh, por favor...

Judith cuadró la mandíbula con obstinación.

—¿Crees que no le mereces, porque tiene más dinero que tú?

Caitlin lanzó un suspiro de exasperación.

—¡Sí! —mintió para cerrar el tema—. ¿Ahora me dejarás tranquila?

—¿Y qué pasa conmigo y con Oswyn? ¿Yo tampoco lo merezco?

—Eso... ¡eso es diferente!

Un bufido escapó de los labios de Judith.

—¿Sabes lo que creo? —contraatacó—. Creo que estás asustada.

—Basta, no sigas. No sabes por lo que he pasado desde que te fuiste —se le escapó a Caitlin.

—¡Lo sabría sí me lo contases!

Caitlin huyó de nuevo. Estaba al borde de las lágrimas. Siguiendo el sendero de losetas, giró una esquina y luego otra. Así regresó a la parte frontal de la casa, y fue entonces cuando vio a los dos jinetes. Se acercaban al galope por el camino que conectaba la carretera con la propiedad.

Uno de ellos era el señor Mallory, y el que le seguía era el coronel Tutton.

—¡Caitlin! —Judith giró la esquina.

Caitlin atrapó la mano de su hermana y tiró de ella para que se ocultasen

detrás de un árbol bajo.

Separando dos ramas, las dos hermanas se asomaron a la escena que iba a tener lugar en el camino frente a la casa.

Los dos jinetes aminoraron el ritmo hasta detenerse, justo delante de donde se escondían Judith y Caitlin. Después de intercambiar unas palabras, los caballeros se despidieron y siguieron cada cual su camino. El coronel hizo girar su caballo y regresó a la carretera que llevaba a Bournemouth. Derek Mallory desmontó, le entregó el caballero a un criado y entró en la casa con una sonrisa de satisfacción.

Las hermanas se miraron con curiosidad.

¿Por qué se habría reunido el señor Mallory con el coronel?

## Juegos de manos

Caitlin y Judith entraron en la casa poco después que Derek. El caballero se había instalado en su sillón favorito, entre la señora Bailey y la señora Herrington. Cuando las hermanas entraron en el salón, Derek acababa de anunciar que tenía algo importante que comunicarles.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Judith, antes incluso de tomar asiento—. Señor Mallory, no sabíamos que había ido a reunirse con el coronel.

Derek puso cara de contrariedad; le habían estropeado el gancho con el que esperaba despertar la atención de sus oyentes.

—Mis padres, que en paz descansen, estaban muy bien relacionados aquí en Bournemouth. —El caballero hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Quizá esté mal que yo lo diga, pero sabían hacerse de querer allá a donde iban. Más que ninguna otra cosa, me habría gustado heredar eso de ellos.

Siguiendo un impulso, la señora Dixon trató de decir algo en favor de su señor. Derek se lo impidió con un gesto.

—No —dijo con sencillez—. Cuando me mudé a Londres, debería haber hecho un esfuerzo por mantener las relaciones y amistades que mis padres habían trabado. Al menos, por carta. Algo tan simple como eso me habría facilitado las cosas para concertar un encuentro con el coronel Tutton.

—Seguro que estuviste muy ocupado. —La señora Herrington también trató de defender a su sobrino.

—No lo estaba. Pero da la casualidad de que otra persona sí que estuvo muy ocupada durante mi ausencia. Anoche, cuando revisé el correo, me encontré con las notas de muchas familias del lugar que me daban las gracias por haberles enviado cartas con cestos de las mejores flores o fruta de los jardines de Mallory Hall. Usted no sabrá nada al respecto ¿verdad, señora Dixon? Usted jamás enviaría cartas y regalos en mi nombre a otras personas.

El ama de llaves puso cara de inocencia.

—¿No fue usted quién me lo ordenó, señor?

Derek rio entre dientes.

—Bendita seas, Anna. No esperaba encontrar abiertas todas las puertas de la ciudad —admitió—. Gracias a esto, no me fue difícil que me presentasen al coronel Tutton. Y les digo más: fui invitado al baile que celebrará la semana

próxima.

La noticia dejó a todos boquiabiertos. Era una oportunidad única para tratar de contactar con Oswyn Tutton. El caballero debía ser informado sobre la presencia de Judith en Bournemouth. Tenía derecho a saber que su prometida había ido a buscarle para salvar el compromiso que les unía.

—Señor Mallory. —Judith se aclaró la garganta—. Una vez más, no tengo palabras.

La señora Bailey y Caitlin asintieron, apoyando las palabras de la joven.

—Nunca podré agradecerse del todo —dijo la mayor de las hermanas—. El que se haya preocupado de concertar un encuentro con Oswyn para exponerle la situación...

Derek frunció el ceño, cambiando de postura.

—¿Quién ha dicho nada de hablar con él? Señorita Bailey, no tengo la menor intención de hablar con Oswyn Tutton sobre su compromiso. Tiene derecho a saber que rechacé la invitación del coronel Tutton por causas de fuerza mayor. No puedo ir a ningún baile, tal y como tengo la pierna. La última vez que lo intenté, el resultado fue bochornoso. Tuve que regresar a casa de mi tía mucho antes de que terminase la velada.

Miradas estupefactas volaron de un lado a otro del salón. Caitlin no podía creer lo que estaba oyendo. Llegó a sospechar que el caballero se estaba burlando de ellas; de ella, para ser exactos.

¿Habría sido capaz de orquestar aquella oportunidad inmejorable solo para echarla a perder? ¿Solo para castigar a Caitlin por lo que había sucedido durante el baile en casa de los Evans?

—Por supuesto, el coronel Tutton insistió en su invitación —dijo Derek—. No lo sabía, pero es un admirador de mis novelas. Pero yo me negué, informándole de mi situación y de que no sería justo para ninguna joven el tener que bailar conmigo.

La señora Herrington fue a decir algo, pero Caitlin tomó su mano y le apretó los dedos. Presentía que Derek no había terminado.

¿Ese era el trato?, pensaba. ¿Si aceptaba ir con él como su pareja de baile, consentiría en aceptar la invitación?

—Señor Mallory —dijo Caitlin—. Si lo que le preocupa es el baile...

—Sea tan amable de no interrumpirme, señorita Bailey. No tengo la más mínima intención de bailar de aquí a una temporada. Con nadie, en ninguna fiesta. Pero el coronel insistió, así que me vi obligado a hablarle sobre los muchos sacrificios que había hecho mi familia para que me recuperase. En

definitiva, para que me encontrase hoy aquí, con ellos, en Mallory Hall.

Derek Mallory hizo una última pausa, mirándole a todos y a cada uno de ellos, pero especialmente a Caitlin.

—Así que el coronel Tutton acabó por extender la invitación a mi enfermera, a mi querida tía y a la dama de compañía de esta, por su avanzada edad.

El silencio que siguió a aquellas palabras fue más largo e intenso que los anteriores. Derek Mallory no solo había conseguido ser invitado al baile que celebraban los Tutton. Sin saberlo, el coronel había dado su consentimiento para que Caitlin y Judith acudiesen al baile.

—Y ahora, si me disculpan —dijo Derek, reprimiendo una sonrisa de triunfo—, tengo otros asuntos que atender. Estaré en mi despacho, pero bajaré a la hora de comer.

Nadie contestó; todos estaban petrificados. En cuanto se cerró la puerta, la señora Herrington fue la primera en hablar.

—¿Avanzada edad? —dijo, repitiendo las palabras de su sobrino. A duras penas podía contener su indignación—. ¿Yo?

Judith se cubrió el rostro con las manos y empezó a llorar de alegría.

La señora Bailey se levantó para abrazar a su hija. Caitlin bullía de felicidad, pero sus pasos le condujeron fuera del salón, hasta el despacho del caballero.

—Señor Mallory. —Caitlin llamó con los nudillos antes de entrar.

—Adelante.

Derek ya se había instalado en su escritorio. Caitlin entró y dejó la puerta entornada.

—Le escucho —dijo él, sin levantar la mirada—. Y por favor, no hace falta que se disculpe. Estoy seguro de que no era su intención espiarme cuando me vieron llegar con el coronel.

Muy a su pesar, Caitlin tuvo que sonreír. Aquel hombre podía ser encantador cuando se lo proponía. Taimado, orgulloso, imposible en ocasiones, pero encantador al fin y al cabo.

—Señor Mallory, me asombra. —Caitlin se atrevió a ser osada.

—Me lo dicen a menudo —replicó él.

La joven guardó silencio, excitando de esa manera la curiosidad del caballero.

Al final, Derek Mallory alzó la mirada. Sus dedos jugueteaban con la pluma que tenía entre las manos.



—¿Podría ser más específica? —preguntó el caballero.

Caitlin reprimió una sonrisa de deleite. Podía ver que él estaba nervioso. *Ella* le había puesto nervioso, con muy poco esfuerzo y usando solo su intelecto.

—Me refería a esa habilidad suya: la de conmover a un espíritu tan inamovible como el coronel Tutton.

—Ah. —Derek Mallory sonrió de forma burlona, entrando en el juego—. Como ya le dije, el coronel y yo tenemos gustos parecidos en lo que a literatura se refiere.

Se produjo un momento de silencio embarazoso en el que ninguno de los dos supo que decir. Llamaron a la puerta entreabierta del despacho. La señora Dixon asomó la cabeza, vio a su señor reunido y se apresuró a disculparse.

—¡Pasa, Anna! —dijo Derek—. No interrumpes nada importante. La señorita Bailey y yo estábamos hablando de libros. Anda detrás de una nueva lectura, y yo le estaba hablando sobre cierto autor muy alabado entre estas paredes. ¿Crees que podrías ayudarla?

—Creo que se a lo que se refiere —dijo el ama de llaves, sonriente—. Por favor, terminen su conversación. Yo misma iré a la biblioteca y le traeré a la señorita Bailey un libro de este autor en particular.

—Te lo agradezco —replicó Derek.

El ama de llaves salió del despacho.

—¿Dónde habíamos dejado la conversación, señorita Bailey?

—No nos hemos desviado de ella —contestó Caitlin de buen humor—. Así que el coronel es un admirador de este autor en particular. ¿Por qué no me sorprende?

—Tal vez, porque finalmente ha reconocido el genio de este gran escritor.

Caitlin sonrió, menando la cabeza.

«Él y sus libros moralistas», se dijo para sus adentros. «Si fuera una pizca más apasionado».

Aquella reflexión espontánea consiguió que le ardiesen las orejas. Debió notársele, porque el caballero le preguntó:

—¿Se encuentra bien, señorita Bailey?

La puerta se abrió, dando paso nuevamente a la señora Dixon. El ama de llaves traía una sonrisa en el rostro y un libro entre las manos.

—Aquí está —dijo—. El autor más querido entre estas paredes: Richard Brooks.

Caitlin frunció el ceño, aceptando el volumen que le ofrecía el ama de

llaves. No conocía al autor. Es más: había esperado que le trajesen una de las novelas escritas por Derek.

Intrigada, se volvió hacia el señor Mallory y vio que este había palidecido.

—Anna, ese no es el autor —farfulló—. Te has equivocado por completo.

El ama de llaves miró el libro y miró a su señor.

—Entonces ¿a quién se refería? —preguntó.

—A mí. —El caballero forzó una sonrisa—. Derek Mallory. ¿No es obvio?

La señora Dixon pareció comprender.

—Pero qué torpe soy —dijo, a modo de excusa. Extendió una mano hacia Caitlin—. Por favor, señorita Bailey. Si me permite, yo misma devolveré ese libro a la biblioteca y...

Caitlin retrocedió un paso, apretando el libro contra su pecho.

—Ya iré yo —respondió. Tenía la sensación de que allí estaba sucediendo algo muy extraño—. Gracias por su tiempo, señor Mallory.

## Richard Brooks

Derek Mallory volvió a marcharse en solitario a primera hora de la mañana siguiente.

Una vez más, el caballero no dijo ni a dónde iba ni cuándo volvería. Todo aquello escamaba a Caitlin. No quería admitirlo, pero la sospecha de que Derek pudiera estar viéndose en secreto con Louise Kensington le torturaba.

Y luego estaba el asunto de aquel autor que no le sonaba de nada: Richard Brooks.

Se había producido una situación extraña cuando el caballero le había pedido a la señora Dixon que le trajese una de las novelas de “un autor muy alabado entre aquellas paredes”. Caitlin había creído que el ama de llaves regresaría con una de las novelas escritas por el propio Derek. Pero la mujer había traído una novela de un tal Richard Brooks.

Para no despertar sospechas, Caitlin había devuelto el libro a la biblioteca. Sin embargo, había estado dándole vueltas al misterio durante toda la noche. Estaba convencida de que aquel enigma era una pieza fundamental para entender mejor la personalidad de Derek Mallory.

Decidida a averiguar la verdad, Caitlin dirigió sus pasos a la biblioteca.

—Richard Brooks —susurró para ella—. Richard Brooks, Richard Brooks...

Una búsqueda rápida le reveló que había media docena de libros de aquel autor en las estanterías. Y lo que era más curioso: no se trataba en absoluto de un autor moralista. Todo lo contrario.

Picada por la curiosidad, Caitlin eligió al azar una de las novelas y se la llevó al sillón.

—Veamos —dijo, abriendo el libro.

Su intención era leer un capítulo. Uno solo, y acabó leyendo tres.

Su estilo era sencillo pero intenso; algo que a la propia Caitlin le había llevado años conseguir. A semejanza de las novelas que ella misma escribía, la historia era amena y divertida. Un par de veces, se descubrió releendo algunas líneas con una sonrisa en la boca. La pluma reunía todo lo que el señor de la casa censuraba abiertamente.

—¿Quién lo hubiese dicho? —dijo Caitlin, hablando consigo misma. Una teoría cobró fuerza en su cabeza:

En secreto, Derek Mallory era un asiduo a la novela romántica, o lo había

sido, antes de que algo o alguien le hubiesen hecho cambiar de postura.

Caitlin siguió leyendo un capítulo tras otro mientras el sol alcanzaba su cenit. Se había sumergido en la historia a través de los ojos de su protagonista.

—Mira tú con el moralista —rió quedamente.

Un carraspeo le hizo volver a la realidad y, al alzar la mirada, Caitlin vio al ama de llaves junto a la puerta.

—Señora Dixon.

—Señorita Bailey, discúlpeme si la he interrumpido. Solo quería avisarle de que dentro de poco serviremos el almuerzo.

Caitlin frunció el ceño.

—¿Qué hora es? —Sus ojos buscaron el reloj.

—Casi las doce.

—Increíble, no sabía que llevase aquí tanto tiempo.

La señora Dixon asintió con una sonrisa y dio media vuelta.

—¿Sabe? Al final seguí su recomendación. —Caitlin alzó el libro para mostrárselo al ama de llaves—. Richard Brooks.

—Ya veo... ¿Y qué le ha parecido?

—Alejado de lo que entendía eran los gustos del señor Mallory.

La señora Dixon miró al suelo con incomodidad.

—A Derek le gustaba mucho leer cuando era niño. Leía cualquier cosa que cayese en sus manos, sobre todo después de la muerte de sus padres.

Caitlin se sentó más erguida.

—¿Cómo fallecieron?

—De unas fiebres. Sin otros familiares en Bournemouth, y sin más compañía que la mía y la de los tutores que contrataba su tío de Londres, los libros se convirtieron en su mayor entretenimiento.

—¿Y Louise Kensington? —preguntó Caitlin sin poder evitarlo.

—A ella la conoció unos años después, pero sí, se hicieron grandes amigos.

La señora Dixon jugueteó con su anillo. Pareció tentada a añadir algo más, pero no lo hizo. Tras un silencio incómodo, la mujer se despidió con un cabeceo y salió de la biblioteca.

A Caitlin le caía bien el ama de llaves. Se sentía inclinada a confiar en ella y, al mismo tiempo, sabía que le estaba ocultando algo. ¿Hasta qué punto era sincera cuando afirmaba no saber nada sobre las idas y venidas del señor de la casa?

Haciendo un esfuerzo, Caitlin apartó aquel pensamiento de su mente. Ya

conocería a Louise Kensington durante el baile en casa de los Tutton. Entonces podría formarse su propia opinión sobre aquella mujer y la relación que esta mantenía con Derek.

Su estómago emitió un rugido de protesta. Mientras cerraba el libro, la visión de sus muñecas atrajo su atención. Había ganado algo de peso durante las últimas semanas.

El almuerzo transcurrió en una atmósfera distendida y agradable. Todos se mostraban optimistas ante la perspectiva de asistir al baile de los Tutton y que Judith pudiese al fin reunirse con Oswyn.

—Ojalá se arregle todo y podamos volver a casa, a la normalidad —dijo la señora Herrington—. ¡Señora Dixon, discúlpeme! No quería decir con eso que no estemos disfrutando nuestra estancia aquí, en Mallory Hall.

—No se preocupe —dijo el ama de llaves, cordial.

—Vamos a echarle mucho de menos, señora Dixon —dijo Judith—. Podría venir a visitarnos de vez en cuando, una vez que todo esto se haya resuelto. Quiero decir, si finalmente se resuelve...

—Estoy segura de que así será. El señor Mallory hará todo lo que esté en su mano.

Una vez más, Caitlin se preguntó por los motivos que habían llevado a Derek a prestarles su ayuda.

¿Se trataría de mera amabilidad? ¿Hasta tal punto había cambiado, o podría tratarse de algo más?

Tras el almuerzo, regresó a la biblioteca y tomó la novela de Richard Brooks que había empezado aquella mañana. Se entregó a la lectura con la esperanza de apartar su mente de todas aquellas cuestiones que no la dejaban tranquila.

Definir lo que sentía por Derek Mallory era tanto o más complicado que desentrañar los sentimientos del caballero. Ya en el pasado hubo momentos en que habría jurado que él todavía albergaba esperanzas de ganarse su corazón. Todo eso se había desvanecido durante el baile en casa de los Evans, después de que Derek admitiese que su única intención había sido torturarla por despecho.

Pero ¿era eso verdad?

De ser así, ¿por qué estaba ayudando a los Bailey? ¿Por qué seguía jugando a aquel juego de mostrarse frío o encantador según le parecía o convenía?

Frustrada, Caitlin se sumergió en la novela con ahínco, usando la lectura

como una válvula de escape. En la biblioteca, la luz empezó a menguar.

El libro de Richard Brooks resultó ser más corto de lo que Caitlin esperaba. Una tercera parte, la parte final, era una colección de poemas inspirados en la historia que acababa de leer. Caitlin no estaba de humor para poesía, así que se levantó y fue a buscar otra novela del mismo autor.

—¿Qué es esto?

Había una carta aplastada al fondo de la estantería, detrás de las novelas de Richard Brooks. Girando el rostro, alcanzó a leer un nombre: Fairburn. El apellido de soltera de Louise Kensington.

Caitlin lanzó una ojeada sobre su hombro. Sabía que lo que iba a hacer no estaba bien. Lo más sensato sería olvidarse de la existencia de aquella carta o entregársela a la señora Dixon, pero pudo más la curiosidad.

Todavía era pronto para reconocer aquel sentimiento como unos celos prematuros.

## 29

### Íntimos

Caitlin introdujo la carta dentro de un libro y regresó al sillón. Así, vigilando la puerta por el rabillo del ojo, ocultando las páginas dentro del volumen, empezó a leer.

Querido Derek, espero que todo vaya a las mil maravillas por Mallory Hall. ¿De qué humor se encuentra la muy distinguida señora Dixon esta semana? ¿Te trata como te mereces, o vuelve a creer que es tu madre y por ende la señora de la casa y tu vida? Me gustaría estar segura de ello, pero no lo sé porque hace siglos que no vienes a visitarme. ¿Cuándo fue la última vez, hace una semana? Languidezco de aburrimiento, ven a verme cuanto antes.

Caitlin se obligó a hacer una pausa. La indignación bullía dentro de ella, nublando su comprensión.

La familiaridad con la que aquella mujer se dirigía a Derek le parecía vergonzosa. Eso, por no hablar de su ligereza al referirse a la señora Dixon.

Y qué forma de despertar el interés del caballero; sin un mínimo de decoro. Caitlin jamás se rebajaría a semejante nivel, ni aunque existiese entre ella y la otra persona una estrecha amistad.

¿Qué había sucedido en realidad entre Derek Mallory y Louise Fairburn? ¿Hasta qué punto habían sido cercanos, y con qué fin?

La conversación con mis padres se ha vuelto cada vez más monotemática. Siempre hablando de ese señor Kensington una y otra vez, una y otra vez. ¡Qué hombre tan insoportable! No te haces a la idea del tedio que invade la casa cada vez que viene de visita. No puede compararse a ti en ningún aspecto, pero en el último mes creo que he hablado más con él que contigo. ¿No te avergüenza torturar a una señorita de esa manera, privándola del placer de tu compañía? Afectuosamente, Louise Fairburn, etc., etc.

Aquel era el final de la primera página. Caitlin pasó a la siguiente y vio que la caligrafía era distinta. El sobre no contenía una carta, sino varias, y lo que ahora tenía ante sus ojos era la respuesta de Derek Mallory.

Querida Louise, iré a verte tan pronto como me lo permitan mis nuevas obligaciones. También yo os extraño. Mi tío ha puesto en mis manos los asuntos que en nombre de mis padres llevaba por mí. Recientemente consideró que ya era apto para llevar a cabo tales menesteres, decisión que por una parte me honra, por la confianza que deposita en mí. Por otro lado, todo esto me causa el mismo tedio que a ti la presencia del señor Kensington, por apartarme de la lectura y la escritura que me son tan necesarias como conversar contigo. En unas semanas partiré hacia Londres. No será una estancia larga, pero mi tío insiste en poner a mi disposición una serie de pertenencias personales que le fueron confiadas hasta mi mayoría de edad. Afectuosamente, etc., etc.

Caitlin llevó mejor la lectura de aquella contestación. A pesar del calor de las palabras, que podía interpretarse como fraternal, Derek mantenía en todo momento un tono cortés y comedido. Y lo que era más importante: lejos de las despectivas calificaciones que la señorita Fairburn había dirigido de forma indiscriminada contra sus padres, el ama de llaves de Mallory Hall y el señor Kensington.

Siguiendo un orden lógico, la siguiente hoja era la respuesta a la contestación de Derek.

Querido Derek, todo es tan aburrido sin ti, y ¿ahora tienes que marcharte a ver a ese odioso tío tuyo y esa prima enfermiza de Londres? ¿Estás total y absolutamente seguro de que no quiere verte casado con ella? Yo creo que te equivocas con respecto a ellos, y nada le causaría más pesar a mi corazón que verte unido de por vida a esa mojigata. ¿Acaso crees que alguien como ella, sin una pizca de pasión, apreciaría como lo hago yo los sentimientos vertidos por Richard Brooks en sus escritos? ¿Cuándo vendrás a leerme más de él? ¿Cuándo volverán tus visitas a apartar al señor Kensington y su insulsa conversación? Mándame una carta cuando llegues a Londres, y otra el día antes de tu regreso. Afectuosamente, etc., etc.

Aquella era la última carta.

Caitlin fue a la estantería y, lanzando miradas sobre su hombro, introdujo la correspondencia en su escondite original.



Aquel descubrimiento solo había conseguido sumar nuevas incógnitas a las que ya tenía.

Un par de cosas le habían quedado claras, al menos. La primera, que la relación entre Derek y la señorita Louise Fairburn había sido estrecha; quizá demasiado. Caitlin jamás se habría dirigido a un caballero con tanta profusión de insinuaciones.

También sabía ahora que la afición de Derek por las novelas de Richard Brooks venía de muchos años atrás. La confirmación de aquella sospecha fue una victoria para Caitlin; pero una victoria pírrica.

Necesitaba saber más sobre lo que había sucedido entre aquellos dos. Sin duda, la relación entre ambos se había resentido después de casarse la joven. Caitlin imaginó que había sido en ese momento cuando Derek trasladó su residencia a Londres.

Otro punto importante era saber qué había sentido la señora Kensington por Derek antes de casarse. ¿Habría tenido la intención de convertirse en la señora Mallory, antes de que sus padres la convenciesen para contraer matrimonio con un partido más ventajoso? De haber sido ese el caso, ¿existía la posibilidad de que ese interés por Derek renaciese, ahora que había enviudado recientemente?

Presa de la ansiedad, Caitlin huyó de la biblioteca. Si no se marchaba ahora, volvería a releer la carta de forma compulsiva, tratando de expresar el sentido de cada frase y cada palabra.

Al pasar por el salón, su madre y la señora Herrington le pidieron que formase mesa con Judith y con ellas para jugar al *whist*.

—Eres nuestra única esperanza para hacer la tarde más llevadera —dijo la señora Herrington con su ligereza habitual.

—Subo a mi cuarto —replicó Caitlin, forzando una sonrisa—. Pero bajaré enseguida.

La intimidad del dormitorio no le trajo ningún sosiego. Todo lo contrario. Las paredes del cuarto parecían ir a desplomarse sobre ella.

Las incógnitas seguían acosándole, y las especulaciones. Si Derek había sentido algo por la señorita Fairburn, y si era esa la razón por la que había huido a Londres, cabía la posibilidad de que quisiese recuperar al amor de su juventud a través de la ahora señora Kensington.

Derrumbándose en la cama, Caitlin se cubrió el rostro con un almohadón y dejó que brotase un grito de entre sus labios. Se sintió mejor después de eso, mucho mejor, pero sabía que era solo un alivio temporal.

Unos nudillos golpearon la puerta.

—¿Sí? —preguntó, apartando el almohadón.

—Soy Judith —dijo su hermana desde el pasillo, y abrió la puerta—. ¿Qué haces tirada en la cama?

Caitlin tenía los ojos húmedos y el rostro enrojecido. Suspiró.

—¿Te encuentras mal? —Judith se sentó al pie de la cama y le tocó la frente con el dorso de la mano.

—No empieces otra vez con tus preguntas —replicó Caitlin, quizá con demasiada brusquedad—. ¿Crees que ella irá al baile de los Tutton?

—¿Ella?

—Louise Fairburn. Perdón, quería decir la señora Kensington.

Judith suspiró, acariciando el brazo de su hermana con expresión distraída. Caitlin se dio cuenta de que su hermana también tenía un montón de preguntas rondándole la cabeza.

—Creo que sí. El coronel quiere que Oswyn se fije en ella, estoy segura. Deberíamos estar preparadas para esa posibilidad. Deberíamos estar preparadas para cualquier cosa.

—¿Crees que ellos ya...?

—¿Podrían haberse prometido? No lo sé. —Judith se pasó una mano por los ojos en un gesto veloz—. Me da miedo solo de pensarlo.

Impulsivamente, Caitlin se sentó y rodeó a su hermana con sus brazos. Judith le devolvió el gesto con una fuerza nacida de la desesperación.

De una forma u otra, una de las dos saldría perjudicada de todo aquello. Si Oswyn y Louise se prometían, el corazón y las esperanzas de Judith se harían pedazos. Pero si no era así, la señora Kensington podría dirigir sus intereses hacia el señor Mallory.

Y Caitlin todavía no sabía lo que sentía por Derek.

## 30

### Anticipación

Las horas previas al baile fueron frenéticas. En Mallory Hall estaban todos muy nerviosos, y cada cual a su manera.

Las mujeres iban de aquí para allá, coordinándose para ayudarse las unas a las otras. Eso hasta bien entrada la tarde.

Derek Mallory permaneció casi todo el día sentado en su sillón, tenso y con los ojos fijos en las llamas de la chimenea. Rígido e impassible como una roca en mitad de un vendaval. Mirándole, Caitlin se percató de que el caballero había cambiado. No se trataba de nada físico, o fácilmente detectable. Aún era orgulloso, pero la vanidad tras la que solía escudarse parecía haberse transformado. La seguridad que ahora le vestía podría provenir de otra fuente muy distinta: la confianza en sí mismo. Lucía menos dominante, pero más dueño de sus impulsos.

Y al mismo tiempo parecía secretamente asustado.

Caitlin habría dado cualquier cosa con tal de averiguar lo que pasaba por la mente del caballero, Por desgracia, estaba demasiado ocupada tratando de calmar a su hermana.

Aquel día, Caitlin se lamentó por lo poco atenta que había sido con su hermana durante la semana previa al baile. Debería haber estado más encima de ella y de sus necesidades, pero se había encerrado en sí misma y en sus preocupaciones sobre Derek Mallory y la señora Kensington.

Cuando era presa de la ansiedad, Judith tenía una vena locuaz, pero solo si se le daba conversación. En caso contrario, toda aquella energía acumulada ejercía sobre ella un efecto debilitador.

Juiciosa, la señora Bailey tomó la determinación de ayudar en primer lugar a su hija mayor y luego a la señora Herrington. Cuando ambas estuvieron preparadas, las dejaron juntas en el salón para que se diesen conversación mutuamente. Hacía ya un rato que el señor Mallory había subido a prepararse.

—No puedo creerlo —dijo Caitlin, observando la escena desde lo alto de la escalera. Su hermana y la anciana parecían capaces de hablar sobre dos y tres temas al mismo tiempo.

—Estate quieta —dijo la señora Bailey, que llevaba persiguiendo a Caitlin durante una hora. El sol se había puesto y aún no había terminado de arreglarle el cabello a su hija—. Deberíais haber empezado una hora antes. Siempre digo

lo mismo, pero nadie me hace caso.

Derek cruzó el pasillo de los dormitorios, engalanado y listo para el baile. Al pasar junto a Caitlin, le lanzó una mirada apreciativa que no le pasó desapercibida ni a la madre, ni a la hija. Caitlin llevaba el vestido que él le había regalado.

—Señor. —El ama de llaves interceptó al caballero, que se encontraba al pie de la escalera—. ¿Doy orden para que preparen el coche?

—Por favor, pero que no lo saquen aún.

—¿No?

Derek meneó la cabeza.

—Esperaremos un poco más. —El caballero se giró hacia lo alto de la escalera y sonrió—. Así tendremos un poco más de tiempo para prepararnos. Además, es mejor que no estemos entre los primeros en llegar. Esperaremos a que haya un buen número de invitados, y de esa forma será más sencillo que la señorita Judith y la señorita Caitlin pasen desapercibidas.

Una hora más tarde, el coche abandonó Mallory Hall. En él iban la señora Herrington, Derek Mallory y las hermanas Bailey. La señora Bailey y la señora Dixon se despidieron de ellos en la entrada y les desearon buena suerte.

Caitlin estaba aterrorizada y ansiosa al mismo tiempo. El trayecto hasta Bournemouth se le antojo eterno. El viento soplaba con fuerza, haciendo que el vehículo se bambolease de un lado a otro.

Judith y la señora Herrington no pararon de hablar ni por un instante. Derek lucía una expresión grave y no apartaba la vista del paisaje nocturno. Su actitud enervaba a Caitlin, que estaba sentada frente al caballero.

Sin pararse a analizar las causas, la joven se descubrió añorando lo que nunca esperó echar de menos.

¿Cuánto días habían pasado desde la última vez en la que aquel hombre estúpido y caprichoso intentó robarle unos minutos de su compañía? En secreto había esperado alguno de los ardidés que tan bien tramaba; cualquier artimaña para que se sentasen uno al lado del otro, y no enfrente.

«Pero ¿por qué echo de menos algo así?», se reprendió Caitlin mentalmente.

Rodearon Bournemouth y llegaron a la mansión alquilada por el coronel, que estaba a las afueras.

—Por fin —dijo Derek con brusquedad.

El caballero abrió la puerta y bajó del vehículo de forma precipitada.

Cuando se había alejado un par de pasos, se acordó de sus modales y regresó junto al coche. En el rostro traía una expresión contrita.

—Tía —dijo, ofreciendo su mano a la anciana.

Tras la señora Herrington, Judith fue la siguiente en aceptar la ayuda del caballero para bajar del coche. El viento azotaba ahora desde todas direcciones.

Caitlin fue la última en salir, pero perdió el equilibrio cuando una ráfaga embistió el vehículo.

—¡Señorita Bailey! —exclamó Derek.

Caitlin agitó los brazos, creyendo que se iría de bruces contra él.

Un instante después, flotaba. Las manos del caballero atenazaban su cintura con suavidad. Los pies de la joven colgaban a un palmo del suelo, y un palmo era también la distancia que separaba sus respectivos rostros.

Derek Mallory carraspeó, apartando la mirada. Sus brazos se relajaron, y Caitlin fue posada en el suelo. Al tocar tierra, la joven pareció tomar conciencia de la situación.

—Gracias —murmuró, enrojeciendo. Su pecho subía y bajaba como un fuelle. Su corazón bombeaba a marchas forzadas.

El caballero farfulló algo ininteligible, retrocediendo un paso. Estaba tan alterado que dio media vuelta y se dirigió con grandes zancadas hacia la escalinata de la propiedad.

Durante todo ese tiempo, Judith y la señora Herrington habían seguido a lo suyo. Las frases saltaban entre ellas a una velocidad vertiginosa. Tan entusiasmada estaba la una, y tan aterrada la otra, que ninguna de las dos se percató de lo absurdo de la conversación que mantenían. La anciana hablaba de su marido, explicando lo mucho que lo echaba de menos, y Judith hacía conjeturas sobre el estilo arquitectónico de la casa.

—¿Sabes cuantos años llevamos casados?

—¿Desde el Barroco?

—En efecto, y todavía me parece que fue ayer.

—Pero la fachada parece reformada.

—La fachada no lo es todo, querida. A veces hay que escarbar un poco para descubrir las virtudes de un hombre. Tras casarme, no me llevó ni dos días el sospechar que mi George tenía la cabeza muy bien amueblada.

—No puedo estar más de acuerdo. Sin duda el coronel alquiló la casa por sus interiores.

Suspirando, Caitlin se adelantó y enlazó el brazo de su hermana con el de

la señora Herrington. Esa noche, Judith haría de dama de compañía de la anciana. Con un empujoncito puso a la pareja en movimiento, hacia la escalinata.

Acordándose del papel que le tocaba representar, Caitlin volvió sobre sus pasos y sacó del coche las muletas que habían traído. A punto había estado de olvidárselas. Derek ya no las necesitaba, y prueba de ello era que había subido los escalones sin ayuda.

Caitlin se puso las muletas bajo un brazo. Con la mano que tenía libre, se recogió la falda lo justo para subir los escalones con comodidad. Sin prisas.

—¿Qué sucede? —preguntó Derek con impaciencia. Judith y la señora Herrington acababan de entrar en la casa—. ¿A qué esperas? Ya llegamos tarde.

Caitlin miró al caballero con mal disimulada acritud. Antes de hablar se aseguró de que no hubiera nadie que pudiese oírles.

—Se me invitó a este baile en calidad de enfermera, señor Mallory. Pero parece que la lesión que os aquejaba se ha esfumado ante el deseo de reencontraros con un amor de la juventud.

—¿Qué? —inquirió él, perplejo.

—Louise Kensington —dijo Caitlin—. Negadlo.

Derek apretó los labios, echándose hacia atrás el pelo.

—No es lo que piensas —replicó.

—¿No?

Caitlin dio un paso en dirección a la puerta, pero un tirón detuvo su avance. El caballero sujetaba una de las muletas que la joven tenía bajo el brazo.

Cojeando de forma ostensible, Derek avanzó con pasos pequeños hasta situarse a la altura de Caitlin.

—¿Satisfecha? —rezongó entre dientes.

Caitlin enrojeció, pero una sonrisa acabó por abrirse paso en su rostro.

—Indemnizada —respondió, y trató de avanzar, pero el caballero volvió a detenerla por la muleta.

—¿Estás celosa? —Ahora era Derek el que sonreía de medio lado.

—Suelte la muleta, por favor. Estoy aquí por mi hermana, y por nadie más.

El señor Mallory la liberó de su presa. Segundos después, y sin dejar de cojear, dio alcance a la joven.

—Deberíamos hablar, en algún momento de la noche.

—¿Sabe qué? —Caitlin le encaró, sintiendo que la indignación volvía a

apoderarse de ella—. Yo también lo creo. Podría explicarme muchas cosas. Su afición por Richard Brooks, por ejemplo.

El giro de la conversación dejó a Derek estupefacto.

—¿Richard Brooks?

—Eso he dicho.

Una voz femenina interrumpió en la conversación.

—¡Derek!

Caitlin y el señor Mallory se giraron, mirando en dirección al pasillo que se alargaba más allá del hall de entrada. Por allí se acercaba una mujer muy hermosa y con grandes ojos grises que enfiló hacia Derek como si no hubiese nadie más en la casa.

Era Louise Kensington.

## Buenos amigos

Caitlin se apartó de Derek. La presencia arrolladora de Louise Kensington la empujó como un vendaval. Pronto se lamentó por aquella debilidad. Habría querido parecer más firme, pero ya era tarde para arrepentirse.

—Qué sorpresa encontrarle aquí, señor Mallory —dijo la señora Kensington, más dueña de sí misma pasado el calor de la primera impresión—. ¿Y quién le acompaña?

—La señorita Bailey, hermana de la dama de compañía de mi tía, que me acompaña en calidad de enfermera. Señorita Bailey, permítame que le presente a Louise Kensington, una buena amiga.

El término «buena amiga» hizo que la mujer enarcase una ceja y mirase al caballero con una expresión de ligero reproche. Sin perder la sonrisa, la señora Kensington saludó a Caitlin, pero no esperó a que le contestasen.

—Hace poco me enteré de que estabas en Mallory Hall —dijo la joven viuda, mirando a Derek—. De haber estado menos ocupada, habría pasado a saludaros a ti y a Anna.

El caballero se encogió de hombros.

—Tampoco yo sabía que estabas en Bournemouth. Escuché lo de tu marido. Por favor, acepta mi más sentido pésame.

Louise Kensington miró al caballero con intensidad.

—Gracias, señor Mallory. El pasado, pasado está. Pero son los buenos recuerdos los que permanecen, ¿no cree?

Caitlin apartó la mirada, incapaz de soportar aquel ir y venir de indirectas sutiles e inteligentes. Casi creía estar escuchando una de sus propias novelas y, al mismo tiempo, se veía incapaz de reconocer lo que estaba viendo.

Le parecía obvio que Louise Kensington estaba decidida a recuperar al amor de su juventud. Le había dejado escapar una vez, y era obvio que no permitiría que eso sucediese una segunda vez.

Y ¿qué pasaba con Derek? Caitlin creía saber cómo se estaría sintiendo el caballero en este momento: halagado; más que satisfecho. En el pasado, había sido rechazado por aquella mujer hermosa e inteligente, y ahora ella parecía más que deseosa de enmendar su error.

¿Qué hombre dejaría pasar la oportunidad de ver resarcido su orgullo?

—Señora Kensington, ¿sería tan amable de concederme el primer baile?



—Con mucho placer —contestó ella, feliz—. Pero tendrá que ser el segundo. Siento decirte que se te han adelantado.

Un dolor sordo se instaló en el pecho de Caitlin. Derek había declarado días antes que no bailarían con nadie en ningún baile a causa de su lesión.

La joven se arrepintió de las duras palabras que le había dedicado al caballero en la escalinata y en el hall de entrada. No debería haber sacado el asunto de las novelas de Richard Brooks con tan poco tacto.

Era cierto que Derek no había tratado de robar un poco de su compañía últimamente. Por otra parte, sus esfuerzos para ayudar a las Bailey le habían valido toda la gratitud que Caitlin fuese capaz de mostrarle. Para empeorar las cosas, ella había dejado claro en varias ocasiones que el acuerdo que le mantenía cerca de él era como un pesado yugo.

Hasta ese momento, Caitlin no se había dado cuenta de que había ido poco a poco enamorándose del nuevo Derek Mallory. El caballero que estaba a su lado ya no era el mismo que la había chantajeado cruelmente.

—Señorita Bailey, ¿qué me dice del tercer baile? —preguntó el señor Mallory—. No querría verla todo el tiempo sentada con esas muletas.

Caitlin sintió ganas de llorar. No podía creer que aquel hombre tuviese la delicadeza de hacerle semejante ofrecimiento. Lo mínimo que se merecía era que le allanase el camino.

—Gracias, señor Mallory —tartamudeó—. Se lo agradezco, pero no será necesario. Ha sido un placer conocerla, señora Kensington. —Dicho aquello, Caitlin pidió permiso para ir a ver cómo estaban su hermana y la señora Herrington, y Derek se lo concedió.

Mientras se alejaba, y haciendo uso de la fortaleza que había adquirido en las últimas semanas, Caitlin se obligó a concentrarse en el tema que les había llevado allí aquella noche: ayudar a Judith. La cortesía dictaba que el señor Mallory y la señora Herrington fuesen a saludar a los anfitriones del evento: el coronel Tutton y su nieto. Para que Judith no se quedase sola, Caitlin buscó a su hermana y se reunió con ella y con la anciana.

—Señora Herrington, creo que aún no han presentado sus saludos al coronel. Debería reunirse con su sobrino para hacerlo con la menor demora.

—Cielos, querida. Casi lo olvido. ¿Querrías quedarte con Judith?

—Para eso he venido—. Caitlin le sonrió a su hermana—. ¿Cómo te encuentras?

—Tengo la garganta seca.

A su pesar, Caitlin tuvo que sonreír. No le sorprendía en absoluto; Judith

no había parado de hablar desde primera hora de la tarde.

La tarea que tenían por delante no era sencilla. Habían acudido a la fiesta en calidad de enfermera y dama de compañía respectivamente. La idea era que pasasen desapercibidas, pero fue imposible. Los rostros de las hermanas eran desconocidos en la región. Era inevitable que dos jóvenes solas y en la flor de su juventud despertasen la curiosidad.

—Ven conmigo. —Caitlin tomó a su hermana de la mano.

Guio a Judith a través de las diferentes habitaciones de la casa. Mantenerse en movimiento ayudó a evitar proposiciones de baile; eso y que nadie las conocía. No podían ser presentadas ni abordadas sin obviar las más elementales normas de cortesía.

—¿Quiénes son ellas? ¿Las conoces?

La gente murmuraba a su paso. Las especulaciones echaban raíces antes siquiera de que se hubiesen alejado.

—Quizá sean de Dorchester —aventuraban algunos.

—Creo que llegaron con los Mallory. ¿O eran los Herrington?

—No sabría decirlo.

No pasó mucho tiempo hasta que los invitados empezaron a mirarse unos a otros con recelo.

—Serán las sobrinas de los Preston. Ya sabía yo que a esa señora no le gustaba tu hijo. Por eso no nos las han presentado.

—Yo creo que son las hijastras de Walter Donovan. Te dije que esa mujer había dado a luz a más de un hijo.

Ignorante de las pesquisas, las hermanas Bailey se dirigieron al salón principal. Allí se hicieron realidad sus peores sospechas.

Oswyn no se separaba de su abuelo; ni lo había hecho ni lo haría, a juzgar por su expresión. El coronel no le quitaba los ojos de encima a su nieto. Una mirada perentoria o un alzamiento de ceja bastaba para atarlo corto.

Louise Kensington bailó con Oswyn la primera pieza. Era obvio para todos que se esforzaba por agradar a los anfitriones del baile. Y no obstante, Caitlin detectó que la mirada de la señora Kensington buscaba una y otra vez a Derek, que permanecía sentado. Era necesario saber lo que había habido entre ellos para darse cuenta. O quizá, solo quizá, eran todo imaginaciones suyas, pensó Caitlin.

Después de bailar con Derek la segunda pieza, Louise Kensington se vio abordada por el coronel para que repitiese con Oswyn. La joven viuda aceptó, deseosa de agradar a los anfitriones, y el señor Mallory aprovechó ese

momento para reunirse con las hermanas.

—Señorita Bailey —dijo, mirando a Caitlin con seriedad.

—Señor Mallory. —La joven creyó averiguar las intenciones del caballero—. No puedo bailar con usted —declaró muy a su pesar.

—Lo sé; el coronel podría reconocerla —dijo Derek—. Antes hablé sin pensar, y no sabe cuánto lo lamento. Así y todo, me gustaría tener unas palabras a solas con usted.

Caitlin se mordió el labio y miró a su hermana. Judith sonrió con timidez, mirando de reojo al señor Mallory.

—Estaré bien —dijo—. Esperaré aquí hasta que regreséis. No parece que vaya a poder hacer mucho más.

—Eso ya lo veremos —replicó Caitlin, y luego añadió antes de seguir al caballero—. No te rindas aún. Algo se nos ocurrirá, tenlo por seguro.

## Ni disculpas, ni reproches

Caitlin y Derek salieron de la casa. La escalinata frente a la entrada estaba poco concurrida a esa hora de la noche. El frío era cortante, pero ningún otro lugar les proporcionaría un poco de intimidad.

La joven se abrazó, temblando por más de un motivo. Sabía lo que iba a pasar, y sentía un miedo atroz.

—Señorita Bailey, el motivo por el que quería...

—No es necesario —musitó Caitlin.

—¿Perdón?

No quería escuchar explicaciones de ningún tipo, ni sobre Richard Brooks; ni sobre Louise Kensington. Así se lo dijo, dejando a Derek confuso y decepcionado antes de que pudiese hablar.

—No me debe explicaciones, señor. Si siente remordimientos por todo lo que ha pasado entre nosotros, le perdono. Ha hecho usted por mí y por mi familia más de lo que me habría atrevido a soñar. Si todo va bien, mi hermana salvará su compromiso con Oswyn gracias a su intervención. No obstante, me veo obligada a pedirle un último favor.

—No quiero su perdón —replicó el caballero—. Lamento muchas cosas que hice, pero no es eso lo que...

—En primer lugar, quiero darle las gracias por lo que ha hecho. —Caitlin no podía dejar de hablar. Jamás le había pasado algo semejante. Las palabras nacían de su corazón, imposibles de contener—. Tal vez no lo planeó, pero mi carácter ha salido fortalecido de nuestro *acuerdo*. Esto es la despedida, y me gustaría que no hubiese disculpas, reproches o acusaciones de ningún tipo. Dentro de poco, usted rehará su vida, y yo reharé la mía como mejor sepa. Tengo el convencimiento de que no me delatará sí yo...

—¿A dónde quiere llegar?

Caitlin se pasó una mano por los ojos. Las lágrimas amenazaban con brotar.

¿Por qué tiene que hacerlo todo tan difícil? ¿Por qué tiene que ser tan imposible?

—Por favor, diga abiertamente lo que quiere de mí —le pidió el caballero. Caitlin cerró los párpados con fuerza.

—No creo que le suponga mucha molestia volver a bailar con la señora

Kensington. Pero antes, haga el favor de decirle a Oswyn que se reúna con mi hermana aquí, en la escalinata. Yo hablaré con la señora Herrington para que distraiga al coronel. No se me ocurre otra cosa para lograr que Judith y Oswyn puedan hablar con un mínimo de intimidad.

Impulsivamente, Derek Mallory avanzó un paso; pero retrocedió. Recuperó la compostura con demasiada rapidez, en opinión de la joven.

—¿Eso es todo? —preguntó Derek—. ¿No me pedirá nada más? ¿No escuchará más?

Caitlin se mordió el labio con fuerza.

—Usted me conoce —dijo con voz quebrada—. Creo que ha llegado a conocerme más de lo que yo me conocía a mí misma. Por favor, no me lo ponga más difícil. Solo haga lo que le he pedido.

Derek asintió con la cabeza, apretando los puños contra las caderas.

—Esta conversación no ha terminado.

—No...

El caballero le dio la espalda y regresó a la casa con paso firme. Cuando desapareció, Caitlin contuvo un sollozo y miró a su alrededor. Hacía frío, pero mucho más ahora que él se había marchado para siempre de su vida.

Si Judith y Oswyn salvaban su compromiso, lo más probable era que nunca volviese a encontrarse con Derek Mallory en semejantes términos. De algún modo, Caitlin tenía la certeza de que el caballero jamás cumpliría su amenaza de airear el secreto del seudónimo.

Inspirando hondo, también ella regresó al interior de la casa.

Encontró a la señora Herrington en el saloncito del piano. La anciana se mostró encantada cuando le pidieron ayuda. Estaba segura de poder distraer al coronel con su «sagaz conversación».

—Déjame a mí, querida. El señor Herrington tiene muchos amigos en la Armada. Recuerdo cierta historia sobre el heroísmo de un joven soldado que se topó con el frente enemigo cuando estos trataban de emboscarles. Le hirieron de gravedad, pero logró regresar y un oficial médico muy talentoso logró salvarle la vida antes de que...

—Gracias, señora Herrington —dijo Caitlin, apretándole la mano—. Se lo agradezco de todo corazón.

La anciana sonrió de oreja a oreja y se dirigió hacia el salón.

Caitlin esperó unos segundos y luego se asomó al salón. En silencio rogaba para que todo saliese según lo que habían hablado.

La señora Herrington había interceptado al coronel Tutton con éxito. Derek

aprovechó ese momento para acercarse a Oswyn y comentarle algo en voz baja. Acto seguido, los dos caballeros partieron en direcciones diferentes.

La orquesta empezó a tocar una nueva pieza.

Derek sacó a Louise Kensington a bailar. Por su parte, Oswyn se abrió paso hasta el hall de entrada, donde se topó con Caitlin.

—¿Dónde está? —exclamó el caballero. Caitlin se lo perdonó todo al verle tan preocupado y a la vez tan lleno de júbilo—. ¿Está fuera?

Caitlin asintió, y el caballero salió disparado hacia la puerta.

Suspirado, la joven apoyó la espalda en la pared.

Pasaron varios minutos antes de que Oswyn reapareciese, y Caitlin se asustó al ver que regresaba en solitario. El caballero estaba lívido de ira cuando pasó por su lado sin detenerse. Una muda indignación contraía sus facciones, por lo general tranquilas y distendidas.

Confusa, Caitlin se asomó al salón y se puso de puntillas, tratando de localizar al prometido de su hermana.

Oswyn Tutton se acercó a su abuelo y le pidió permiso para hablar con él en privado. El coronel se alegró de tener una excusa para quitarse a la señora Herrington de encima, pero solo hasta que vio la cara que traía su nieto.

—Hablaremos en otro momento, muchacho —dijo—. ¿Por qué no bailas de nuevo con la señora Kensington?

—Insisto en hablar con usted, señor —contestó Oswyn—. E insistió en que sea ahora.

No le quedó más remedio al coronel que pedir disculpas a sus invitados. Abuelo y nieto se encerraron en el despacho de la casa durante lo que prometieron serían cinco cortos minutos.

Cuando pasaban diez minutos, y viendo que los anfitriones no regresaban, Caitlin salió a buscar a su hermana.

Judith lloraba desconsoladamente, sentada en un lateral de la escalinata. No hubo forma de sacarle una palabra sobre lo que había sucedido entre ella y Oswyn. Estaba demasiado alterada.

—Yo solo quiero que sea feliz —La joven no sabía repetir otra cosa—. Solo quiero que sea feliz.

Acongojada, e incapaz de hacer reaccionar a su hermana, Caitlin fue en busca de la señora Herrington y del señor Mallory.

El regreso a Mallory Hall fue tenso y confuso. Una hora más tarde, después de que Judith cayese en un estado de sopor fruto del agotamiento, la señora Bailey salió del dormitorio de su hija.

Derek, Caitlin y la señora Herrington estaban reunidos en el salón. Ninguno de ellos quería irse a dormir antes de tener una pista sobre lo sucedido.

—Oswyn no sabía nada —dijo la señora Bailey, tomando asiento. El cansancio y la desesperación dominaban todos y cada uno de sus movimientos. Su rostro parecía haber envejecido en el transcurso de unos minutos—. Le pidió a mi hija que se fugase con él, convencido de que el coronel no daría su visto bueno para que se celebrase el enlace entre ellos.

—Pero Judith... —murmuró la señora Herrington.

Derek y Caitlin compartieron una mirada de consternación; ya habían adivinado la respuesta.

—Judith dijo que no, por supuesto.

## Luz en la oscuridad

Tras lo sucedido durante el baile, amaneció en Mallory Hall un día que prometía ser gris y deprimente. Cuando llegó el cartero, entrado el mediodía, la casa estaba silenciosa y casi todos sus moradores dormidos. La señora Dixon recogió la carta, que provenía de Bath y era para la señora Herrington, y dio orden de empezar a preparar el almuerzo.

Tal y como esperaba el ama de llaves, los invitados empezaron a levantarse uno tras otro. El ruido de la puerta y el succulento aroma les fue atrayendo hacia el comedor.

Todos tenían un aspecto ojeroso y cansado. Ninguno había dormido adecuadamente esa noche. Judith ni siquiera pronunció palabra, y las palabras y muestras de afecto o consuelo que recibió resbalaron sobre ella como gotas de lluvia.

La señora Herrington fue la última en levantarse, así que el contenido de la carta permaneció envuelto en misterio hasta que todas las sillas de la mesa estuvieron ocupadas.

—Querida esposa... —La anciana empezó a leer en voz alta, pero se le escapó un grito de sorpresa—. ¡Cielos! ¡Oh, cielos!

—Por el amor de dios, tía —imploró Derek—. Haga el favor de seguir leyendo.

A la señora Herrington se le saltaron las lágrimas. Se aclaró la garganta antes de continuar; el contenido del mensaje no podía ser más dichoso.

Querida esposa, tantas semanas de esfuerzo han dado finalmente sus frutos. Me gustaría decir que todo el mérito es mío, aunque no es así. El rastro que había estado siguiendo desde hacía varios días me condujo nuevamente a Londres, pero fue nuestra hija la que se decidió a buscarme. En estos instantes, mientras escribo, me invade un alivio tal que no quiero hacer juicios prematuros. Nuestra pequeña está aquí, conmigo, y de su cómplice no hay señales de vida. Quizá sea mejor así. Nada irreparable ha sucedido durante su ausencia. Es lo que ella afirma, y por el momento me siento tentado a confiar en su palabra. Nada más merece ser comentado hasta que volvamos a reunirnos. Con ese objetivo me despido, pues partiremos hacia Bath inmediatamente después de



poner esta carta en camino. Afectuosamente, etc., etc.

La noticia del regreso de Linda fue como un bálsamo reparador. Una buena nueva como aquella no podía ser más bienvenida, dada la atmósfera de desilusión. De haberse solucionado el asunto del compromiso de Judith, la felicidad habría sido completa en Mallory Hall.

—Iré ahora mismo a preparar el equipaje —anunció la señora Herrington, poniéndose en pie—. ¡Caitlin, querida...! —La anciana se lo pensó dos veces antes de continuar. Miró a su protegida, miró a la señora Bailey y a Judith y replanteó lo que iba a decir y en qué forma lo iba a decir—. Linda estará deseando veros a todos. Estoy segura de que le hará mucho bien estar rodeada de su familia y sus seres queridos. Todos estáis invitados a venir a Queen Square, y si no podéis, ya iremos nosotros a visitaros cuando todo se haya calmado.

Derek también se levantó.

—Contrataré un coche que lleve a mi tía de regreso a Bath. —Antes de salir, miró a la señora Bailey y a sus hijas—. Por favor, siéntase como en casa. No tardaré en regresar.

Caitlin sintió una enorme gratitud hacia el caballero. Con aquellas palabras, Derek parecía querer decirles que no había ninguna prisa porque regresasen a Fenimore Hill.

La marcha de la señora Herrington dejaba cojo al grupo. Ella había sido el nexo de unión entre ambas familias. Sin ella en Mallory Hall, y después de lo que había pasado en el baile, lo más sensato sería que cada cual regresase a su hogar.

—También nosotros deberíamos hacer el equipaje —afirmó la señora Bailey, como si le hubiese leído el pensamiento a su hija—. Caitlin, si quieres ir a Bath...

—No. —Caitlin alargó un brazo sobre la mesa y tomó la mano de su hermana—. Es en casa donde quiero estar.

Judith esbozó una sonrisa, devolviéndole el apretón a su hermana, y la señora Bailey se sintió aliviada y orgullosa al mismo tiempo. Las hermanas parecían haber madurado mucho a raíz de los últimos acontecimientos.

Tratando de mostrarse optimista, Caitlin fantaseó con el momento en que volvería a reunirse con Linda. Ardía en deseos de ver a la que seguía siendo su mejor amiga. La abrazaría una y mil veces, y ya habría tiempo para los reproches más tarde.

—Mallory Hall va a quedarse muy solo sin ustedes —dijo la señora Dixon de forma espontánea.

Más sorprendente fue la respuesta que obtuvo.

—Creo que la casa no permanecerá vacía por mucho tiempo —dijo Caitlin sin poder evitarlo.

Todos se volvieron para mirar a la joven. Judith y la señora Bailey parecían confusas, pero la señora Dixon se mostró esperanzada.

—¿Usted cree? —dijo—. ¿Lo cree realmente?

Caitlin bajó la mirada, abochornada; había hablado sin pensar. Se refería a Louise Kensington, pero el ama de llaves lo había interpretado de otra manera. La señora Dixon había creído que se refería a ella misma y al señor Mallory.

—Estaré en el salón —anunció Caitlin, levantándose de la mesa—. Me gustaría escribir una carta para Linda y dársela a la señora Herrington antes de que se vaya.

La señora Bailey observó a Caitlin mientras esta salía del comedor. Durante los próximos meses, los esfuerzos y el afecto de la familia habrían de volcarse en Judith. El tiempo haría el resto, pero la señora Bailey se preguntó si no sería mejor enviar a su hija mayor a Bath, para que olvidase a Oswyn Tutton, y mantener a la menor en casa durante una temporada. No le había pasado desapercibido la forma en que Caitlin miraba al señor Mallory, un caballero muy superior a ella en fortuna y posición.

—Vamos, Judith —dijo la señora Bailey—. Iremos a hacer las maletas y de paso hablaremos con la señora Herrington sobre una cosa.

La joven se levantó y siguió a su madre con movimientos mecánicos, como si careciese de voluntad propia.

Pasados unos minutos, alguien llamó a la puerta principal. Caitlin, que estaba redactando la carta, alzó la pluma y esperó a que hiciesen pasar al visitante. En vez de eso, el criado fue a buscar a la señora Dixon y juntos regresaron al vestíbulo.

Caitlin aguzó el oído, tratando de escuchar la conversación que tenía lugar en la puerta de entrada.

—El señor no está en casa —dijo la señora Dixon, dubitativa.

—Por favor, Anna. —Caitlin adivinó un mohín encantador detrás de aquella voz. Se trataba de Louise Kensington—. Ni que fuera una desconocida. Esperaré a que regrese Derek, sino te importa. Por otra parte, ayer tuve el placer de conocer a una de sus invitadas, la señorita Bailey. Estaría encantada de charlar con ella y así conocernos mejor.

Caitlin dejó la pluma en el tintero y se levantó. Una parte de ella deseaba correr escaleras arriba y esconderse, pero no quería parecer una cobarde delante de aquella mujer.

—¡Buenos días, señorita Bailey! —saludó la señora Kensington, entrando en el salón—. Nada más lejos de mi intención que interrumpirla en sus quehaceres. Continúe lo que estaba haciendo, por favor. Yo me sentaré aquí y esperaré a que Derek regrese.

Caitlin sonrió con desgana. La audacia de aquella mujer no parecía conocer límites; una determinación a la que solo parecían superar su elegancia y naturalidad a la hora de perseguir cuales fueran sus objetivos.

Y Caitlin estaba muy segura acerca de qué era lo que había traído a Louise Kensington hasta Mallory Hall.

Lo que no entendía era que papel jugaba ella en los planes de la joven viuda.

## Segundas oportunidades

Louise Kensington tomó asiento en el sillón favorito de Derek. Caitlin no supo cómo interpretar aquel gesto. Tampoco sabía si seguir redactando la carta o darle conversación a la recién llegada.

—Segundas oportunidades —dijo la viuda.

—¿Perdón?

—¿Qué opina de ellas?

Caitlin frunció el ceño. Empezó a sospechar que Louise Kensington había averiguado sus sentimientos por Derek. Lo sabía y quería demostrarle de una forma sutil que no tenía nada que hacer contra ella. De eso iba todo aquel tema de segundas oportunidades. El destino había vuelto a unirles a Derek y a ella, y eso era algo contra lo que Caitlin no podría luchar.

—No tiene por qué ser tan reservada conmigo —dijo la señora Kensington, tratando de mostrarse amistosa—. Solo estamos charlando. Se trata de un tema como cualquier otro, y quería conocer su opinión. Algo tendremos que hacer para entretenernos hasta que llegue el señor Mallory.

—Literatura —dijo Caitlin, cambiando de tema.

—¿Disculpe?

—Usted dijo que habíamos de hablar de un tema cualquiera para entretenernos. ¿Le gusta leer?

Ahora fue la viuda la que meditó su respuesta. El giro en la conversación la había tomado a contra pie. Louise Kensington estaba preguntándose si todo aquello era o no premeditado.

¿Estaba frente a una joven tímida y apocada, o ante una adversaria en el campo del ingenio y los juegos de palabras?

—Depende del autor —dijo Louise Kensington, midiendo sus palabras.

Caitlin improvisaba sobre la marcha. Se estaba dejando llevar por la amargura y los celos a sabiendas de que Derek estaba ya lejos de su alcance. Ya le había rechazado en dos ocasiones, primero de forma directa, durante la declaración, y más tarde acusándole de haberla obligado a permanecer a su lado por el mero placer de torturarla. Derek la había dejado que creyera aquella teoría. Su orgullo herido le había impedido confesarle que por aquel entonces aún conservaba esperanzas de ganarse su corazón. Caitlin se daba cuenta de todo ahora, cuando ya era demasiado tarde. Sentía deseos de echarse

a llorar, pero no lo haría delante de aquella mujer.

—Muy bien. —Caitlin miró a su alrededor, como si estuviese buscando la inspiración—. Pensemos en un autor que podamos tener en común. El señor Mallory dijo que usted era una buena amiga, así que conocerá los autores que más abundan en su biblioteca. Richard Brooks, por ejemplo. ¿Qué me dice de él?

Louise Kensington frunció el ceño.

Caitlin sonrió interiormente con tristeza. Puede que hubiera perdido a Derek, pero le demostraría a Louise Kensington que ella, Caitlin Bailey, había llegado a rozar el corazón del caballero. De no haber sido tan inconsciente e inexperta, si su conocimiento sobre los entresijos del corazón no hubieran sido meramente teóricos...

—Así que conoce a Richard Brooks —dijo Louise Kensington—. Es un autor con múltiples lecturas.

—No puedo estar más de acuerdo con usted —replicó Caitlin—. Leer a determinados escritores con distintos estados de ánimo puede conducir a interpretaciones diferentes de una misma obra. Un corazón abierto y confiando debería ser capaz de disfrutar con historias como las de Richard Brooks. Pero un moralista, alguien con el corazón cerrado a causa de un desengaño, sería incapaz de apreciar una obra sencilla pero cargada de sentimiento. ¿No opina lo mismo, señora Kensington?

De esa manera, Caitlin pretendía demostrarle que conocía la naturaleza que se ocultaba en el alma de Derek. El caballero había gozado con las lecturas de Richard Brooks antes de enamorarse de su amiga de la infancia. Más tarde, el desengaño que había sufrido a causa de aquella mujer, más interesada en escalar socialmente que en seguir los dictados de su corazón, había hecho de él un hombre diferente.

—Ya veo —dijo la viuda—. Creo que nos entendemos a la perfección, señorita Bailey.

Caitlin parpadeó para reprimir lágrimas de impotencia. Ahora se daba cuenta de que las cosas podrían haber sido muy distintas entre ella y Derek si sus corazones no hubiesen estado tan cerrados. Él no debería haberse mostrado como lo había hecho, cruel y despiadado a raíz de las experiencias que había sufrido en el amor. Y Caitlin, que en aquel tiempo se ocultaba detrás de varios caparzones, el seudónimo entre estos, debería haber sido más valiente.

La timidez no había sido su único problema. También lo fue el hecho de

haber antepuesto siempre la felicidad de otros a la suya propia.

—Señorita Bailey, voy a ser todo lo clara que me permiten las actuales circunstancias —declaró Louise Kensington—. Desconozco si ha tenido el placer de recibir la declaración de más de un caballero. En mi caso, puedo afirmar que así ha sido. En determinados momentos de la vida, uno debe escoger entre seguir los dictados del corazón o de la razón. Cuando la necesidad de una estabilidad es grande, generalmente impera la razón. Por suerte para mí, el destino me ha concedido la posibilidad no de enmendar mis decisiones pasadas, pues creo que fueron acertadas. Me está concediendo la posibilidad de tenerlo todo, ¿entiende lo que quiero decir?

—Por supuesto —respondió Caitlin, tratando de no flaquear. A cada segundo que pasaba, estaba más convencida de aquella mujer no se merecía a alguien como Derek. Esa certeza no hacía sino acrecentar el dolor que ya sentía por la inminente separación.

Cuando Louise Kensington se convirtiese en Louise Mallory, Caitlin ya nunca volvería a ver a Derek.

La viuda sonrió, vistiéndose una vez más de su falsa amabilidad.

—Sería muy necio por mi parte dejar pasar una oportunidad como esta —afirmó—. Esta mañana, cuando venía de camino, estaba segura de tener todo a mi favor. Pero me he dado cuenta de que algo podría interponerse.

—No veo el qué —replicó Caitlin con voz ahogada. Estaba haciendo auténticos esfuerzos para no echarse a llorar delante de aquella mujer.

—Permítame que sea *aún* más clara —dijo la señora Kensington—. Si algún obstáculo se interpusiese en el camino de mi felicidad, es posible que tuviese que depositar mis esperanzas en otro lugar. Bournemouth ha vuelto a acogerme con los brazos abiertos, pero no hay fronteras cuando uno persigue sus sueños con ahínco. Mi futuro podría arraigar aquí, o podría hacerlo muy lejos, incluso en Fenimore Hill. ¿Me sigue, señorita Bailey?

Caitlin se encogió, pero no desvió la mirada. Aunque no estaba en su mano el decidir, pues era ya demasiado tarde, el dilema que le planteaba aquella mujer era horrible. En el pasado, una encrucijada semejante la habría hecho huir. Incluso podría haber enfermado, tal y como le había sucedido después del terrible encuentro con Derek Mallory y la noticia de la desaparición de Linda.

—¿Está usted pidiéndome que elija entre mi propia felicidad y la felicidad de mi hermana? —dijo, dominando su voz a duras penas.

La puerta del salón se abrió sin ruido. Había estado entornada hasta ese

momento, pero más importante era el hecho de que una persona llevaba varios minutos escuchando desde el otro lado.

—No, no lo está haciendo —sentenció Derek Mallory.

## 35

### La verdad

Caitlin dio un respingo al ver aparecer a Derek Mallory, y lo mismo le pasó a Louise Kensington. Ambas se levantaron para recibirle, pero él al lado de Caitlin, encarando al que fuera el amor de su juventud.

—No saben cuánto lamento el haberme ausentado. Debería haber previsto que podría pasarse a visitarnos, señora Kensington. Pero sobre todo debería haber previsto que usted y la señorita Bailey no tenían ningún tema en común del que hablar.

—Derek... —Louise Kensington trató de intervenir, pero el caballero siguió hablando con un tono cortés y desapasionado.

—Les pido disculpas a ambas. Durante el baile de ayer, debería haberles presentado mejor. Debería haber sido más concienzudo y atento para que ahora pudiesen escoger mejor sus temas de conversación.

Derek Mallory hizo una pausa para tomar aire.

—Les aseguré que enmendaré este error la próxima vez que volvamos a encontrarnos, señora Kensington. Por desgracia, nos disponíamos a regresar a Bath hoy mismo. Esta mañana hemos recibido buenas nuevas acerca de mi prima Linda, cuya ausencia hemos lamentado durante demasiado tiempo.

La viuda palideció.

—¿Insinúas que sea yo y no ella la que...? —balbució Louise Kensington.

—Si por mí fuera, ella no se marcharía nunca.

Aquella declaración dejó a ambas mujeres boquiabiertas. No era lo que había dicho, sino la pasión que había puesto en las palabras y en su voz.

Caitlin se sentó y se cubrió el rostro con las manos. Louise Kensington asintió con la cabeza, haciendo gala de toda la dignidad que fue capaz de reunir.

—Lamento haber venido en un momento tan inapropiado —dijo—. Solo me queda pues, señor Mallory, el desearle un feliz reencuentro con su familia de Bath.

—Se lo agradezco, señora Kensington.

La señora Dixon, tan oportuna como siempre, entró en el salón.

—Acompañaré a la señora a la puerta.

—No se preocupe. Conozco el camino.

—Insisto. —Se adivinaba el inicio de una sonrisa en la comisura de los



labios del ama de llaves.

Derek siguió a ambas mujeres al vestíbulo; quería estar seguro de que la visita era despedida con toda la cortesía que merecía. Segundos después, encontró a Caitlin llorando. La joven se levantó cuando el caballero se plantó ante ella. Caitlin quería hablar, dar rienda suelta a sus sentimientos, pero se le doblaron las piernas en el momento en que él se arrodilló a sus pies.

—Me temo que he sido un necio —dijo Derek—. Por favor, no diga nada todavía. Le ruego que me deje hablar, pues llevó varias noches en vela tratando de encontrar la forma de disculparme adecuadamente por todo el dolor que le causé. Como escritor, estoy avergonzado por no haber sido capaz de hilar dos frases seguidas, así que tomé prestadas las palabras de un autor al que admiró.

Derek Mallory le entregó a la joven un sobre en blanco. Caitlin lo abrió, tratando de controlar el temblor de sus manos, y desdobló una carta que empezaba así:

Estimado señor Mallory. Detestado señor Mallory. Egocéntrico señor Mallory. Cretino. Mojigato. Escritor de media tinta. Ayer tuve el peor día de mi vida.

Caitlin se tapó la boca, reprimiendo unos sollozos desgarradores. Derek Mallory también tenía los ojos brillantes.

—Ayer, usted dijo que no quería escuchar nada de mí. Ni disculpas ni explicaciones. Creo que fue en ese momento cuando lo entendí todo. En ese momento comprendí que, antes de decir nada, usted debía ser libre para hablar. Y yo debía ser merecedor de volver a formular la pregunta que ya le hice una vez. Creo haber sido transparente con mis sentimientos, a pesar de mis torpes esfuerzos por disimularlo...

—Sí —murmuró Caitlin, asintiendo con emoción.

Derek Mallory se mordió el labio. A pesar de que había hablado con calor, con toda la pasión de un hombre perdidamente enamorado, volvía a dejar entrever aquella faceta vulnerable que Caitlin tanto adoraba.

—¿Sí, he sido un torpe con mis esfuerzos, o sí, querréis casaros conmigo?

—Sí —repitió Caitlin, riendo y llorando al mismo tiempo—. En ambos casos, la respuesta es sí.

Derek sonrió, pero un pensamiento nubló su expresión.

—Hay algo más, me temo. A partir de ahora, no quiero que haya secretos

entre nosotros. Tienes que saber que Richard Brooks es un seudónimo.

La sonrisa de Caitlin se ensanchó.

—¿Sabes qué? Creo que lo sospeché desde el primer momento.

## 36

### Tres familias

Derek y Caitlin tomaron la decisión de ocultar su compromiso durante un tiempo. El justo y suficiente para que sanase la herida aún abierta de Judith.

El caballero, no obstante, le advirtió a su prometida que quería leer una nueva novela de la Condesa de Clare antes de la boda. Algo a lo que ella accedió, pero solo a condición de que Richard Brooks comenzase a escribir una nueva historia.

Después de hacer el equipaje para regresar a Somerset, paseando por los jardines de Mallory Hall, Derek le confesó a Caitlin que, en secreto, había sido un asiduo seguidor de sus novelas. Por eso conocía de memoria algunas partes de las historias que había escrito ella.

—¿Sabes que es lo más irónico? —dijo Derek—. Que yo ni siquiera me gustaba a mí mismo. Después de trasladarme a Londres, huyendo del desengaño que me había supuesto la boda de Louise, me convertí en otra persona por despecho. Me convencí de que la pasión era un veneno para el alma.

—Y fue entonces cuando dejaste de escribir como Richard Brooks —dijo Caitlin.

—En efecto. Años más tarde, mientras escribía libros sobre la austeridad moral, cayó en mis manos una novela de la Condesa de Clare. Su forma de escribir y de ver el mundo me recordaron a los de Richard Brooks. Hasta ese momento, creo que no era consciente de cuanto había cambiado. Después de eso me volví intratable, debido a esa lucha interior. Leí más libros de esa autora, y luego la conocí a usted, o creía conocerla. —Derek hizo una pausa, sonriendo al recordar.

Caitlin le miró con curiosidad.

—¿Qué?

El caballero rio entre dientes.

—He recordado algo que dijiste en aquella carta, la que me enviaste por error. Fue algo así como «si llegase a descubrir la verdad, la expresión de su rostro sería algo digno de ver».

Las mejillas de Caitlin se encendieron.

—Debería quemar esa carta —murmuró, y Derek se adelantó para cerrarle el paso.

—No lo hagas. —Su mirada era intensa—. Una vez me olvidé de quién había sido, y me convertí en una persona horrible. Me gusta pensar en esa carta como en un boceto de nuestra historia. A veces, es interesante releer cosas antiguas para darnos cuenta de lo mucho que hemos aprendido por el camino.

La joven sonrió, pues también a ella le embargaban los recuerdos.

—Yo no me he olvidado de lo que te gustaba sacarme de mis casillas. Lo hacías una y otra vez, obligándome a salir del mutismo que me impedía enfrentar los obstáculos. —Caitlin, entrelazó los dedos a la espalda mientras caminaba, mirando al caballero de reajo—. ¿Fue esa tu intención desde el principio?

Ahora fue Derek el que enrojeció.

—Me gustaría decir que sí; pero no sería verdad. Me habías rechazado, y mi orgullo, mi exacerbado orgullo, pedía una compensación. Más tarde me di cuenta de que solo bajo presión te mostrabas como realmente eras en tu interior, y yo deseaba conocerte. Alguien que ponía tanto ímpetu y pasión en sus novelas no podía ser tan frío e introvertido.

—¿Sabes qué? Linda se expresó de forma parecida en una de las cartas que me envió. Tengo muchas ganas de hablar con ella.

—Yo solo te proporcioné una vía de escape —dijo Derek—. El resto lo hiciste tú; estaba todo dentro de ti. Con respecto a Linda, yo también tengo ganas de verla. También a ella he de pedirle disculpas por tantos malos ratos que le hice pasar.

Cuando los prometidos regresaron al interior de la casa, todos los demás ya habían terminado de preparar sus equipajes. A la mañana siguiente partirían de regreso a Somerset.

Parecía que el día había terminado, pero una visita más estaba al caer.

—El coronel Tutton está aquí —anunció el ama de llaves, entrando en el salón.

Se levantaron todos para recibir al viejo oficial.

—Coronel —dijo Derek, adelantándose para recibir al recién llegado—. Qué sorpresa.

—¿Debería poner un cubierto más, señor Mallory? —preguntó la señora Dixon.

El coronel sacudió la cabeza. Su expresión era grave, pero no parecía molesto tras haber descubierto la estratagema de Derek para introducir a las Bailey en el baile de la pasada noche.

Tras efectuar los saludos de rigor, el viejo oficial formuló su petición.

—Me gustaría hablar con la señorita Judith. Por supuesto, no tengo ningún inconveniente para que la señora Bailey esté presente.

Nadie se opuso. Caitlin, Derek y la señora Herrington abandonaron el salón.

Cuando el ama de llaves cerró la puerta, el coronel se sentó en el sillón. Judith y la señora Bailey le imitaron, ocupando el diván.

—¿Qué puedo hacer por usted? —dijo la joven, retorciéndose las manos.

El coronel no contestó inmediatamente. Sus ojos, duros y calculadores, parecían evaluar cada gesto y cada palabra de la joven.

—Espero que Oswyn se encuentre bien —aventuró Judith ante el silencio de su interlocutor.

—¿Es cierto que mi nieto le ofreció fugarse con él?

Judith enrojeció.

—Por favor. No sea demasiado duro con él.

El ceño del coronel se frunció.

—¿Qué no sea duro con él? —farfulló—. ¿Es lo único que le preocupa?

Judith apretó los labios, no sabiendo muy bien qué decir o qué hacer. El coronel Tutton estaba perdiendo la compostura rápidamente.

—¿Por qué? —preguntó el anciano—. No lo entiendo. ¿Por qué no escapó con él?

Judith parpadeó, reprimiendo las lágrimas.

—Oswyn estaba seguro de que usted no daría su brazo a torcer.

—Entonces ¿era la posición que le ofrecía mi nieto lo que perseguía?

Judith se levantó, apretando los puños. La señora Bailey pareció ir a intervenir, pero su hija se acordó de la educación que había recibido.

—Yo quiero que sea feliz, señor —dijo Judith con mesura—. Usted ha sido como un padre para él. Oswyn puede encontrar otras esposas, pero no encontrará otra familia.

El coronel abrió mucho los ojos.

—Es todo —gruñó, levantándose.

El viejo oficial abandonó el salón sin despedirse. Cuando llegó al vestíbulo, se disculpó con el señor Mallory por haber aparecido sin avisar.

—Puede venir siempre que quiera —dijo Derek, conciliador. En un día como aquel, sentía que podía mostrarse magnánimo incluso con aquel anciano tiránico e insoportable.

Aquella misma noche, durante la cena, todos especularon acerca de los

motivos que habían impulsado al coronel a dejarse caer por allí. Lo más probable, decidieron, era que le preocupase la reputación de su familia. El episodio durante el baile daría para hablar largo y tendido, desde Bournemouth hasta Bath, e incluso en Fenimore Hill, donde rara vez llegaban los rumores.

A la mañana siguiente, Derek, la señora Herrington y las Bailey se despidieron de la señora Dixon. Antes de subir al coche, el señor de la casa se acercó al ama de llaves y susurró algo en su oído.

Ni que decir tiene que la señora Dixon se mostró perpleja, en primer lugar, y luego dichosa. Sus ojos buscaron a Caitlin, y la joven le sonrió con cortedad desde el interior del coche.

El señor Mallory había decidido que vendería la casa de Londres y compraría otra en Bath. De esa manera, el matrimonio dividiría su tiempo entre Somerset y Dorset.

Cuando las Bailey llegaron a Fenimore Hill, el reencuentro de la familia al completo fue muy emotivo. El señor y la señora Bailey no sabían lo que les depararía el futuro a partir de ese momento en adelante, pero lo afrontarían juntos. En cierto modo, todos habían salido fortalecidos tras los sucesos que habían tenido lugar a caballo entre Bath y Bournemouth.

Cuál no sería sorpresa de la familia cuando, una semana después, se presentó en casa de los Bailey el señor Oswyn Tutton en compañía de su abuelo.

En contra de lo que todos esperaban, el coronel se hallaba más que dispuesto a aceptar a Judith como su futura yerna otra vez y para siempre.

Afirmaba el viejo soldado que nunca antes había visto a su nieto tan firme a la hora de hacer cumplir sus intenciones. Por un lado, eso era lo que le había obligado a replantearse la opinión que tenía acerca de los sentimientos de Oswyn por la señorita Bailey. Pero fue el rechazo de Judith a fugarse lo que había acabado por convencerle.

Dos semanas después, se celebró el enlace entre Oswyn y Judith. Al fin. Durante ese día jubiloso, la felicidad de Caitlin Bailey fue casi completa.

En primer lugar, porque vio a su hermana casada y dichosa, con un gozoso futuro por delante. En segundo lugar, porque se reunió con su mejor amiga, Linda, a la que no veía desde hacía meses. La joven estaba muy arrepentida, y confesó haberlo fraguado todo para llamar la atención de sus padres. Ni que decir tiene que el señor y la señora Herrington la perdonaron, y aprendieron a valorar a su hija en la medida que esta se merecía, con todos sus defectos y

todas sus virtudes.

Al final de la boda, cuando las tres familias creían que no podían ser más felices, Derek y Caitlin hicieron público su compromiso. ¿Qué más se podía pedir?

FIN

---

[\[1\]](#) Enchiridion Ethicum, Oswyn More (1668).



# Table of Contents

[\[1\]](#)